

Jugadas Prohibidas

Ángel Jurí



Jugadas prohibidas

Autor: Angel Jurí

I

El coche atravesaba la ciudad bajo una intensa llovizna invernal. Bancos de niebla cubrían por momentos nuestra acelerada trayectoria por una alocada y peligrosa autopista. No era un paseo por la urbe ni un simple viaje; era quizás el final de una historia. Quedarán las imágenes, las sensaciones, las emociones, los festejos, en ese archivo único y milagroso que es la memoria, en hinchas fanáticos y también en todos aquellos que aman el fútbol. A mi lado iba el protagonista, su ídolo, encogido en la butaca, mirando con sus ojos negros bien abiertos la cinta asfáltica mojada, ajeno por completo a todo lo que sucedía a su alrededor. No es fácil estar junto a un ídolo; no es fácil descubrir sus pensamientos o sus miserias, aunque se lo haya visto nacer a la fama pero, también, muy cerca el umbral de su ocaso.

Entramos al aeropuerto internacional en silencio, como si éste fuese el único argumento de sosiego para una rápida despedida. El fuerte sonido de un

boeing que acababa de despegar, lo sobresaltó, y luego sonrió haciendo una mueca, mientras miraba con atención, a través de los cristales polarizados, el avión que desaparecería de su vista en un par de segundos, tras las oscuras y amenazantes nubes.

Después de un prolongado tiempo de trámites, caminamos hacia la escalera del preembarque. De pronto, se detuvo, me abrazó y con los ojos brillosos manifestó:

—Jamás voy a olvidar tu sincera amistad... Por favor, cuidá de Érika.

Asentí con la cabeza.

—Estefanía siente un verdadero aprecio hacia ella y mientras estemos en Buenos Aires no nos olvidaremos de Érika —dije para tranquilizarlo—. Cuidate, pronto tendrás noticias mías desde Europa.

—Ah —dijo después de una pausa—. Sería bueno tenerte como entrenador —agregó con una tenue sonrisa.

—Sería lo ideal porque a pesar de que me siento muy cómodo en este club que un día me abrió las puertas, estoy estudiando con mi representante algunas propuestas importantes de Europa. No está precisamente el club que te contrató, pero sería muy bueno volvernos a encontrar —le confesé, cuando se alejaba.

Lo vi subir por la escalera mecánica y perderse en ese mundo de

controles. Para qué hablar más, siento que me invade el llanto, quizás soy un idiota al sentir que estoy perdiendo algo de mí, un amigo, o quizás un hijo, que se alejaba y me destrozaba de a poco el corazón. Tengo frío en el cuerpo y más frío en el alma. Pero me consuelo al recordar los momentos felices que pasé junto a él.

Hice tiempo para ver el despegue. Apuré mi segundo coñac, y luego me acerqué hacia la salida, cuando, de repente, cientos de personas entraron presurosas al hall del aeropuerto, coreando su nombre, llevando banderas y pancartas. “¡Bobby! ¡Bobby! ¡No te vayas, campeón!”, gritaban. Corrí tras ellos y me sumé a la muchedumbre como un fan más. Era su pueblo, su hinchada, el que fue a despedirlo. Levanté la cabeza y vi, a través de la manga de la nave, su figura borrosa, que se pegaba contra el acrílico. Algunos fanáticos intentaron saltar las rejas que separaban la pista, pero la guardia de seguridad se los impidió. Entonces, recuerdo, sí..., recuerdo...

II

No es fácil para un director técnico de fútbol dirigir un club grande en Argentina, y además, mantenerse por mucho tiempo ¿Soy un privilegiado o

simplemente tuve la suerte de que me contratara el Atlas United?

—Como presidente de nuestro club le doy la bienvenida, Alberto Nievas, y le deseo la mejor de las suertes. Sabemos que no le va ser fácil la tarea de dirigir en estos momentos a la primera división. El fútbol argentino profesional está pasando uno de los peores momentos. De los semilleros de las inferiores no salen, como en épocas pasadas, grandes jugadores. El fútbol que se practica en las canchas es mediocre. Los estadios están semivacíos y muchas veces la policía se siente desbordada por barrabravas, drogados, alcoholizados y ladrones que ahuyentan a la gente. Es lamentable decirlo, pero en algunos casos estos indeseables personajes son amparados por malos gobernantes. El fútbol argentino se convirtió en un gran negocio para los representantes y algunos malos dirigentes, que prometen pagar cifras enormes y hacen contratos millonarios, que en su mayoría no pueden cumplir. Muchos periodistas disfrazan la verdad y engañan a los fanáticos, mostrando un fútbol que solamente ellos ven de acuerdo a sus intereses personales —señaló el presidente, exhalando un suspiro—. Esta es la cruda realidad de lo que está pasando en nuestro fútbol. Quizás usted, que viene de Europa, de un fútbol competitivo y bien organizado, tiene un panorama distinto.

—Sé perfectamente lo que sucede en la Argentina y créame que lo entiendo. Espero que en este ciclo que se inicia tengamos la suerte necesaria para formar un gran equipo. Si bien la hinchada quiere ganar siempre, muchas

veces también exige calidad, y a eso apuntaré —aclaré.

Me encaminé hacia las canchas auxiliares, estaban jugando las divisiones menores. Los observé uno por uno, pensando en su futuro y, por qué no, en el mío. Cuando, de repente, una mano se posó en mi hombro.

—Alto, de excelente físico, ojos verdes y con canas precoces. Así era el mariscal de área que un día conocí —dijo una voz masculina.

Di media vuelta y, al verlo, una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en mi rostro.

—¡Qué inmensa alegría volver a verte! Con muchas canas y algunos kilos de más, pero siempre igual —le dije a mi viejo y querido amigo Anselmi, abrazándolo.

—Y también universitario. ¿Qué jugador de nuestra época iba a la Universidad? —y me señaló con el dedo.

—Es verdad, me costó mucho sacrificio llegar a la Universidad. Mi familia era humilde y no había plata extra en esos tiempos. Pero yo estaba empeinado en la carrera de Filosofía y Letras. Mi temprano pase a un club europeo terminó con mis sueños —le confesé.

—No te imaginás el placer que me da volver a verte, y más si vamos a trabajar juntos. Manejo las inferiores —dijo mirando hacia la cancha—. Estoy muy contento con los chicos y, además, aquí en estas divisiones se trabaja

tranquilo, nadie te presiona, no te insultan, salvo algún padre desbocado, o algún representante molesto que anda en busca de una figura —señaló mi amigo.

—Y, sí... Los representantes los quieren cada día más jóvenes.

—La primera división está a la deriva, cambian constantemente a los directores técnicos pero el equipo no encuentra su rumbo —me advirtió.

—Comprendo, será una tarea difícil, es mi prueba de fuego y mi gran oportunidad. En Europa me recibí de técnico, no me fue tan mal, aunque siempre dirigí equipos de segunda categoría, hasta que me salió esta oportunidad, y creeme que no la voy a desaprovechar. Además, quería volver al país, Buenos Aires siempre tira.

—Al Atlas United le falta algo, yo diría que le falta un ídolo, un ídolo de verdad, no fabricado por la prensa amarilla con la complicidad de los dirigentes. Uno de verdad creo que le haría bien al club y al fútbol en general, pero lamentablemente por el momento no lo tenemos —se resignó Anselmi, moviendo la cabeza.

—No todos los días surgen ídolos en el fútbol y menos si son auténticos —dije con preocupación.

—Ah —dijo después de una pausa—. Te cuento algo que te puede llegar a interesar. Días pasados, cuando llevé a mi hijo a Ciudad Universitaria,

observé a cierta distancia a un grupo de estudiantes que estaban jugando un partido informal. No pude con mi genio y acerqué mi automóvil hacia la cancha. Vi a un joven muy bien dotado físicamente que jugaba con la pelota atada a los pies, metafóricamente hablando. Cuando se elevaba para cabecear, daba la sensación de quedar suspendido en el aire. Si ese chico no era un profesional, tenía ante mis ojos la perfección del fútbol. Le pregunté a una persona de maestranza si lo conocía, y me dijo que era de la alta sociedad, hijo de un poderoso empresario del acero.

—¿Cómo se llama ese joven? —pregunté ansioso.

—Le dicen Bobby —respondió mi amigo.

—¿De la alta sociedad? Siempre creí que los buenos jugadores, los más exitosos, salían de los potreros, de las divisiones inferiores, de clubes de barrio, o de pueblos lejanos. De cualquier manera te agradezco que me lo hayas contado, tengo todavía dos largos meses hasta que comience el campeonato y no descarto la posibilidad de comprar algunos jugadores —dije, mientras lo saludaba y subía a mi automóvil.

—Te aconsejo que no se te ocurra ir a buscarlo, es perder el tiempo; yo ya lo intenté, pero el maleducado me puso en ridículo delante de sus amigos —me advirtió Anselmi, cuando me alejaba.

“De la alta sociedad... Anselmi cree que voy a ir a buscar a un nene de

mamá, por más buen jugador que sea, ¡por favor!, de la alta sociedad”, me dije, riendo. Pero cuando abandoné el club, sin querer, dirigí mi coche hacia Ciudad Universitaria. Qué podía perder, estaba cerca del lugar, además, Estefanía, mi pareja, podía esperar, hace tanto tiempo que espera y me aguanta... Creo que ya está resignada a su suerte.

—Sí, conozco a Bobby —me dijo un cuidador— ¡Quién no lo conoce aquí! Es un mago con la pelota. Hoy tiene suerte, amigo, lo va a encontrar. Si dobla a su izquierda, verá la cancha donde juegan los muchachos, ahí están todos, hoy no faltó ninguno y...

No le di tiempo al hombre para que terminara de hablar, puse primera y, con un saludo informal, me dirigí hacia donde me había llevado la curiosidad.

Jamás imaginé ver aquel espectáculo en ese lugar. Tantos jóvenes de ambos sexos, con banderas y pancartas, coreando el nombre de su equipo favorito. Según me enteré después, se iba a jugar la final más importante del año y, claro, allí se arriesgaban muchas cosas, entre ellas el honor.

No me costó mucho reconocerlo; Anselmi no se había equivocado. El muchacho jugaba con la soltura y la seguridad de un verdadero profesional. La pelota lo seguía como si tuviera un imán en los pies. De cutis blanco, cabello oscuro, corto, y cara aniñada, 1,75 metro de estatura y una contextura física nada común. ”Seguramente hace pesas”, pensé. Poco le costó desnivelar el resultado que a la postre sería el triunfo de su equipo. Dejé que pasara la

euforia y cuando observé que se había separado del grupo, salí a su encuentro.

—¿Usted es Bobby? —pregunté, con gesto amable.

Arrugó ligeramente su frente, luego me clavó sus ojos oscuros.

—Sí, soy Bobby, ¿por qué?

Le tendí mi mano, pero quedó suspendida en el aire.

—Mi nombre es Alberto Nieves, el nuevo director técnico del Atlas United. Lo estuve observando y lo tengo que felicitar.

—¿Por qué? —dijo molesto, moviendo la cabeza.

—Es usted un fenómeno con la pelota y...

—Lo que usted me va a decir no me interesa. El otro día me vio jugar un viejo loco y creo que me habló del mismo club. Yo juego por deporte, no me interesa ser un profesional —dijo ofuscado, intentando alejarse.

—Espere, por favor, tome mi tarjeta, por si algún día cambia de opinión —dije presuroso.

Me dio la espalda y se fue caminado. A los pocos metros, dio media vuelta. No sé qué lo hizo detener.

—De acuerdo, si eso lo hace feliz, la guardaré.

—Gracias, muchacho. —Volví a estirar la mano para saludarlo y, esta

vez, respondió.

Me encaminé hacia mi coche con cierta amargura e impotencia. “Es un soberbio”, pensé, con bronca. Escuché murmullos lejanos, seguramente sus compañeros le preguntaron respecto a la conversación que había mantenido conmigo; no oí los que les dijo, pero me lo imaginé. Todos rieron.

III

En una elegante mansión, un moreno, peinado hacia atrás, de cuerpo robusto, vestido con traje y con zapatos negros acharolados, abrió presuroso el pesado portón de hierro, y un coche de alta gama de origen Europeo entró haciendo chirriar sus neumáticos.

—Hola, Domínguez, ¿alguna novedad? —preguntó Bobby, bajando de su automóvil, mientras arrojaba sus gafas sobre el asiento.

—Buenas tardes, joven, su padre está en la biblioteca. Su hermana Constanza acaba de llegar —respondió el moreno.

Subió velozmente las escaleras hasta una sala de estar, donde una voz lo detuvo.

—Bienvenido, hermanito, me asombra tu regreso temprano al hogar. ¿Acaso estás huyendo de algún padre celoso porque enamoraste a su hija, o

simplemente tratás de evitar a tu adorable hermana? —señaló Constanza, un año mayor que él. Lo abrazó, y luego lo besó en los labios.

Bobby suspiró, le sacó los lentes y le acarició la cara. Miró sus ojos, sus enormes ojos verdes, su cabello oscuro, de rizos alborotados. Su rostro era de una belleza nada vulgar. Constanza vestía ropa deportiva y tenía una vincha roja sobre la mitad de la frente; su expresión y su tono de voz eran agradables.

—Sos hermosa —le dijo él, y luego se dejó caer en un sofá.

—Lo decís porque me querés demasiado —le respondió, mientras se sentaba en el brazo del sofá, hundiendo la cabeza en el hombro de su hermano.

—Sabés que digo la verdad, cualquier hombre moriría por vos.

—¿Vos no, verdad? —le dijo ella apretándole la mano.

—Si no fueses mi hermana, seguramente me rendiría a tus pies.

—No lo sé —le contestó Constanza, con una nota de frustración en la voz.

Él la miró con gesto pensativo por encima del hombro, durante unos segundos, antes de responder.

—Hay cosas que tenemos que cambiar, Constanza, más allá de nuestro amor de hermanos —le sugirió, apartándola de su lado.

Constanza tardó en contestar; luego, clavándole los ojos y endureciendo el tono de su voz, respondió:

—Lo nuestro no es una situación prohibida ni nada que se le parezca, es el puro amor de hermanos que quizás en algún momento toca las fronteras de lo que no parece normal. No preguntes por qué, porque no lo sé. Muchas veces me lo he preguntado, pero no encuentro la respuesta. Seguramente hay barreras que no tenemos que transgredir, pero nada hemos hecho para avergonzarnos. En una sociedad plagada de aberraciones, ¿quién puede determinar lo que está bien o lo que está mal y cuestionar mi amor hacia vos?

—No me avergüenzo —se confesó él—. Sabés que te adoro, que quiero lo mejor para vos, más allá de los celos que tengo cuando alguien se te acerca. Pero no quiero hacerte daño ni hacérmelo a mí mismo. Quizás la muerte temprana de mamá nos llevó a unirnos demasiado y eso ahora no es lo mejor, como no lo fue el acto que cometimos cuando éramos adolescentes.

—Fue solamente un juego de niños, solamente eso, no te culpes de algo que ambos deseábamos. Y con respecto a los celos, sabés muy bien que soy terriblemente celosa, pero es normal que eso suceda entre hermanos que se quieren, por supuesto, siempre que no exceda los límites —respondió ella, simulando un disgusto.

—Ya llegará el amor de tu vida, y seguramente muchas cosas cambiarán —dijo Bobby, después de unos segundos—. Tenés todo para ser feliz, ya

encontrarás alguien que te quiera de verdad.

—No me interesa por ahora tener una pareja, soy demasiado joven. Mi vida pasa por el estudio, el arte y el deporte. A veces pienso que no voy a encontrar a la persona que me quiera por lo que soy y no por mi posición social y económica —se sinceró.

—Si pensás así, jamás encontrarás tu príncipe azul. Recordá que sos una Achával Méndez.

Constanza se encogió ligeramente de hombros y no le contestó.

—¿Papá está muy ocupado? —quiso saber él.

—Creo que lo mejor es que no lo veas, hoy está con todos los grados —le advirtió.

Bobby hizo muecas—. Justo hoy que le quería pedir un adelanto de dinero. Lo que me deposita su secretaria cada mes se me esfumó en un par de días, y esta noche precisamente tengo una reunión de amigos. Ganamos el campeonato de fútbol de la Universidad y lo queremos celebrar a lo grande —dijo, cerrado los puños.

—¿Festejar? ¿Es lo único que se te ocurre? Terminar una carrera universitaria, eso no cuenta hoy para vos —le reprochó ella, alzando la voz.

—Bien dicho, Constanza, dijiste las palabras justas para este cretino —

exclamó Julián, su padre, dueño de una potente voz, mientras bajaba una escalera de mármol de Carrara. Estaba excedido en algunos kilos, su espalda era ancha y tenía cabello blanco y abundante; vestía una impecable bata color crema, que terminó de atar al bajar.

—Hola, viejo, no te oí llegar. Le decía a Constanza que...

—Ya escuché lo que le decías a tu hermana, querido hijo, ¡por favor, no lo repitas! —dijo, fastidiado.

—Lo que sucede, papá, es que este mes tuve un par de compromisos en los que gasté por completo tu mensualidad y...

—Ya estoy harto de tus excusas, de tus despilfarros, de no verte en el hogar cuando corresponde. ¿No creés que ya es hora de andar por el buen camino? A esta altura del mes me conformaría con que no me pidieras adelantos de dinero, pero veo que eso es imposible —señaló, dejándose caer en un sillón. Y luego de una pausa, continuó, ahora con tono calmo y reflexivo, observando un enorme retrato de su esposa que colgaba en una de las paredes—. Sé que cuando murió tu madre se les hizo muy difícil, pero ya pasó demasiado tiempo desde aquella irreparable pérdida; creo que ha llegado la hora de que me des una satisfacción en la vida, solamente recibo de vos quejas y más quejas.

—No son tantas papá, lo que sucede es que no me dejás pasar ninguna.

—Tus tarjetas de crédito siempre están excedidas, la cuenta mensual de tus celulares triplica la de nuestro teléfono familiar; sin contar las multas por mal estacionamiento, las luces rojas que no respetás, y no quiero imaginar los desastres que harás los viernes por la noche corriendo picadas por toda la ciudad —le reprochó su padre.

—Pero, papá, me estás dando con todo, ni que fuera un vulgar delincuente —contestó el muchacho, poniendo cara de sorprendido.

—Bobby tiene muy buenos sentimientos, seguramente pronto va a cambiar —dijo Constanza, tratando de defender a su hermano.

El padre suspiró—. Los buenos sentimientos no siempre alcanzan para cumplir con las metas en la vida, hija.

—Estás equivocado, hoy me quisieron contratar para uno de los clubes más importantes del país.

Julián frunció el ceño, y luego le preguntó, con ironía.

—¿Club de bochas?

Bobby simuló un gesto de fastidio—. De fútbol, papá, de fútbol. En primera división se gana mucho dinero.

—¿Fútbol? Lo único que te faltaba. Un Achával Méndez jugando al fútbol... Pensándolo bien, eso no me importaría tanto si supiera, al menos, que el fútbol servirá para hacerte un hombre de bien. Pero si pienso lo del año

pasado, cuando te creías un campeón de esquí y casi te matás contra un árbol... Lo mejor que puedo hacer es callarme, de lo contrario me va a subir la presión —dijo el padre, levantándose del sillón, dispuesto a dejar el lugar.

Bobby masculló entre dientes—. Llegará el día que no te pediré un peso más —dijo con bronca, agitando una mano.

—No te preocupes, yo te presto el dinero que necesitás. Papá es un ser humano muy generoso, solamente hay que entenderlo. Se sintió muy molesto cuando le ocultaste el accidente que tuviste con el cero kilómetro. El auto quedó completamente destruido, y vos, gracias al *airbag*, te salvaste de casualidad, pero no siempre va a ser así —le advirtió Constanza.

—En ese momento pensé que lo mejor era que papá no lo supiera, pero creo que me equivoqué —se confesó, con un dejo de culpa en la voz.

—¿Por qué no tratás de cambiar? Quizás el fútbol te haga bien —sugirió Constanza.

—¡Esas son tonterías! El fútbol profesional no me interesa, no lo podría soportar un minuto. Solamente lo dije para demostrarle a papá que sirvo para algo. Me voy a duchar porque se me hace tarde —dijo, mientras subía rápidamente las escaleras, rumbo a su cuarto.

—Escuchame, no te olvides que el próximo martes tenemos una reunión

en la residencia de los Aguirre Montalbán, y si le fallás a papá, seguramente no te lo va a perdonar —le advirtió su hermana.

—Ah, bueno... —dijo después de una pausa—, ¡lo que me faltaba! Voy a tener que aguantar la persecución del plomo de Agustina, la hija del gran Montalbán. Sabés muy bien que no la aguanto.

—Agustina no será linda, pero tiene sus encantos. Además, estoy convencida de que jamás salió con alguien, excepto con vos —dijo Constanza sin ocultar su bronca.

—Bueno, sí, es verdad —dijo molesto—. Me tenía hartado con eso de querer salir conmigo, aunque debo reconocer que tiene un físico aceptable.

—Agustina estuvo contando que te había gustado todo lo que había hecho ella esa noche...

—Ella te cuenta lo que le conviene. Una noche se fue de mambo con el alcohol y algo más, y terminó divirtiendo a mis amigos.

—No lo creo —dijo ella realmente sorprendida.

—Creelo —dijo Bobby, riendo, mientras se alejaba del lugar.

IV

El selecto barrio de La Recoleta es uno de los lugares más frecuentados por los chicos de la alta sociedad. Allí está Niné, un boliche de onda donde Bobby solía reunirse con sus amigos.

—¿Así que te quieren contratar en el Atlas United? —preguntó, con cierto tono de ironía, Eduardo, un joven rubio, de pelo corto y con gafas oscuras.

Bobby se encogió de hombros y no le contestó.

—¿Qué me decís, viejo? —insistió Eduardo—. Creeme que no te veo haciendo gimnasia todos los días de la semana. ¿Qué opinión les merece este futuro ídolo, chicos? —preguntó riendo y levantando su copa.

—¿Bobby haciendo una vida sana? No lo veo. Tragos, chicas bonitas y alguna mesa de póquer son sus debilidades —señaló el gordo Quiki, de cara redonda, llena de pecas, pelo enrulado, y contextura de un guerrero.

Bobby tomó un largo trago de su copa y lanzó una mirada desafiante a sus amigos.

—¿Ustedes piensan con esas huecas cabezotas que no soy capaz? Les apuesto de diez mil dólares a que aguanto tres meses.

Un coro de risas y un estruendoso aplauso siguieron a sus palabras. Bobby levantó su copa ya vacía y exclamó:

—¡Bobby es capaz de eso y mucho más! Si aceptan la apuesta le hablo a

ese incauto que me vino a ver.

—¡Por supuesto que la aceptamos! Seguramente no vas aguantar una semana de entrenamiento y luego tendrás dificultades con el contrato —le señaló Alejandro, un muchacho de contextura minúscula y de pelo lacio rubio que le llegaba hasta los hombros.

Bobby frunció el ceño.

—¿Qué contrato? Yo me voy cuando se me dé la gana.

—Cuidado, Bobby. Si te hacen firmar un contrato, lo tenés que respetar —advirtió Marian, de cabeza rapada, delgado, de 1,90 metro de estatura.

—¡Al diablo con el contrato! —respondió con soberbia.

—¡Hurra por Bobby, el nuevo ídolo del fútbol! —gritaron sus amigos y lo levantaron en andas.

—Te alentaremos, y seguramente iremos a los partidos que juegues —dijo Malala, tomándolo de la cintura, mientras los demás seguían gritando su nombre sin dejar de beber. Malala era una muchacha de ojos verde esmeralda, de corta melena castaño claro, con un cuerpo de modelo y un bello rostro seductor.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Venus, una joven de exuberantes pechos, ojos negros extrañamente redondos y abundante cabello oscuro con bucles.

—Buena pregunta —dijo Bobby y vació su copa—. La noche está en pañales; comamos algo y después quiero la revancha.

—¿Cuál revancha? —preguntó Marian arrugando la frente.

—La del viernes pasado —dijo, alzando los ojos—. Me pasaron como poste cuando tuve que eludir a un par de ciclistas que se me cruzaron en la avenida.

—No es excusa. Perdiste. Reconocerlo es de buen perdedor —le recriminó Eduardo.

—Andate al diablo —le espetó Bobby, dándole la espalda.

Malala lo tomó de la cara y, dándole un beso, le preguntó:

—¿A qué velocidad va a llegar hoy tu *súper sport*, cariño?

—A lo que dé —dijo, riendo.

—Entonces voy con vos. Sabés que me apasiona superar los límites.

Malala era su amiga desde el jardín de infantes, juntos terminaron la primaria y parte de la secundaria, pero se separaron cuando el padre de ella, un poderoso empresario dedicado al petróleo, se radicó unos años en Francia. Ya en Buenos Aires, no le perdía pisada a Bobby, desconfiaba de sus intenciones porque sabía que era muy difícil para cualquier muchacha lograr que Bobby asumiera algún tipo de compromiso formal.

V

Creí que estaba soñando cuando se dio a conocer por teléfono. Me senté en la cama y esperé que hablara. Había algo extraño en su voz porque, aunque era firme, no daba la sensación de credibilidad.

—Seguro que mi llamada le extrañará. —Hizo una pausa—. Estuve pensando en su propuesta para jugar en su club, y tal vez lleguemos a un acuerdo.

—Seguramente que sí —me apresuré a decir—. Pero hay instancias que hay que pasar: algunos aspectos de la contratación no dependen de mí.

—Ese trámite es irrelevante para mí. He decidido jugar en su club y usted buscará los medios necesarios para agilizar el contrato —contestó.

—Por supuesto que sí, ese es mi deseo también. Además, cuando lo vean jugar, no dudo que lo contratarán —afirmé con entusiasmo. En ese momento yo estaba muy ilusionado.

Concertamos un encuentro en una confitería que solía frecuentar. Cuando colgué el teléfono, recuerdo que me restregué las manos pensando que esa maravilla de jugador podría estar entre los once de mi equipo titular.

Nunca me duché tan rápido, ni cuando estaba haciendo el servicio

militar. Estaba muy ansioso por llegar a la cita, pero un caos de tránsito hizo que el camino se hiciera interminable. Tuve que esperar media hora, y cuando encendí mi tercer cigarrillo, lo vi llegar. Se sentó casi sin saludarme. Llamó al mozo y pidió una bebida con alto contenido alcohólico.

—Soy todo suyo —dijo después de una pausa, y mientras encendía un cigarrillo, sonó su celular. Me hizo una seña con la mano y empezó a discutir con su interlocutor, luego cerró el aparato abruptamente, y lo arrojó sobre la mesa—. Era la secretaria de papá —dijo, tomando un sorbo de la copa que tenía frente a él—. Dice que me llegó una citación por pasar tres semáforos en rojo, a alta velocidad, y por desacato a la policía. —De pronto, empezó a reír desaforadamente—. La verdad, no me acuerdo de nada —dijo, negando con la cabeza. Siguió riendo, pero ahora me miraba. Yo le sostuve la mirada y, entonces, dejó de reír.

No me gustó para nada su actitud. Si se hubiera tratado de otra persona, me habría levantado de la mesa, pero yo estaba convencido de que ese irrespetuoso y soberbio joven era, sin lugar a dudas, el mecías del fútbol que todos estábamos esperando.

—Lo presentaré a la brevedad al presidente del club. Se le tomará una prueba. Como ya le expliqué en nuestro encuentro anterior, hay cosas que no dependen de mí. Sé perfectamente las condiciones que usted posee, pero lo tienen que ver jugar para que la comisión directiva avale su pase. Muchas

veces el director técnico pide por un determinado jugador, pero no se le toma una prueba porque se conocen sus condiciones. Su caso es atípico: como no pertenece a ningún club de liga, para la comisión directiva es, simplemente, un desconocido —le aclaré.

—De acuerdo, aceptaré todo lo que se me imponga —contestó, con buena dosis de ironía.

—¿Qué lo indujo a aceptar mi propuesta? —pregunté por preguntar, llevado por una bronca contenida.

Lanzó un suspiro—. ¡El dinero!, ese vil metal. Mi padre ya no me banca más. Por lo que sé, a los jugadores de primera les hacen un buen contrato en dólares, esa fue la razón por lo que decidí aceptar.

Meneé la cabeza, y se me escapó un gesto de fastidio, no me gustó la forma en que lo dijo, pero igual le respondí.

—De acuerdo. Lo espero en el club el próximo miércoles a las nueve de la mañana. Pregunte por mí y no va a tener problemas para ingresar.

—Allá estaré —dijo, mientras se levantaba y recogía su celular. Luego, se alejó sin saludar.

Le proferí un par de palabrotas entre dientes, a sabiendas de que como conocedor del fútbol había tratado a un ser iluminado con la pelota, un jugador difícil de superar.

VI

Una limusina negra estacionó en los jardines de la residencia. El chofer bajó presuroso y abrió unas de las puertas para que descendieran sus ocupantes, mientras que los anfitriones esperaban para saludarlos.

Alta, de cara rosada y redonda, de alegres ojos negros, con peinado afro y con un físico de más atrayente, Agustina Montalbán, besó a Constanza, y luego, incapaz de controlar su emoción, extendió los brazos hacia Bobby.

—Yo siempre digo que si Bobby no está en una fiesta, la reunión no es divertida. ¿No te parece, Constanza? —dijo Agustina, tomándole la mano a Bobby, quien miró el cielo y suspiró.

—Creo que exagerás un poco. Mi hermanito es divertido, pero sin él también hay reuniones alegres.

Bobby frunció el ceño, y se sirvió un trago largo que le ofreció un mozo elegantemente vestido. De repente, escuchó una melodía, y buscó la mirada de Agustina.

—¿Quién está tocando el piano?

Agustina lo miró sorprendida.

—¿Qué piano?

—El que esta sonando, nena —contestó él, con incomodidad.

—Ah, sí —dijo después de una pausa—. Creo que la contrató mamá. Es una chica que nos recomendaron para esta clase de reuniones y...

Bobby no dejó que Agostina terminara la frase y se encaminó hacia el lugar de donde venían los acordes de la suave melodía.

—*Para Elisa* —dijo Bobby.

La pianista, inclinada sobre el teclado, lo miró con expresión perpleja y tardó en responder; cuando lo hizo, su voz sonó dulce y melancólica.

—Sí, señor, *Para Elisa*, de Beethoven —dijo, a la vez que sacudía su melena rubia hasta los hombros. La muchacha tenía ojos azules y vestía ropa informal.

—Mi madre solía tocar esta pieza cuando yo era pequeño. Desde que ella murió, nadie más la tocó para mí. La escuché muchas veces, pero nunca como la ejecutaba ella. Por eso, cuando la escuché, creí por un momento que había vuelto a mi infancia —le confesó él.

La joven sonrió a medias y, mirando el teclado, respondió:

—También es mi melodía favorita y, si querés, esta noche la volveré a tocar.

Él asintió con la cabeza. Estaba como clavado en el piso, fascinado por

volver a escuchar esa melodía, y por esos serenos ojos azules que no dejaban de observarlo. Reaccionó cuando escuchó los tibios aplausos y la voz de su hermana.

—Hay recuerdos que matan. Yo también la recordé. Aunque hayan pasado varios años, nunca la podremos olvidar. Mamá era única. *Para Elisa* era su melodía preferida y también la tuya.

—Me encantó tu interpretación. ¿Por qué no venís a tomar un trago con nosotros y así descansas? —le sugirió Constanza.

Ella dudó. Agustina la tomó de un brazo—. Coni tiene razón, dejá por un momento de tocar el piano y sumate al grupo.

—¿Cómo te llamás? —le pregunto él.

—Danna —le respondió, levantándose.

—“Danna”. Jamás había escuchado ese nombre, pero no deja de ser hermoso.

—Es verdad, no es un nombre común. Tengo ascendencia polaca y en Polonia es un nombre más. Además, mi abuela también se llamaba Danna —contestó, ahora con una sonrisa cristalina.

Bobby se sentía cómodo junto a ella; Constanza lo advirtió y simuló un gesto de fastidio, no así Agustina, que se preocupó de ser el centro de la reunión, narrando con lujo de detalles su último safari al África.

Bobby trató de aislarse del grupo, tomó dos copas de champán y le ofreció una a la joven.

—Una copa de champaña siempre es buena en estas ocasiones.

—Bueno, gracias —dijo después de una pausa—. No estoy acostumbrada a beber alcohol, señor, y menos cuando estoy trabajando. Pero creo que un poco de champán no me vendrá mal —respondió, y bebió un pequeño sorbo.

—Primero me tuteás y ahora me llamas “señor”. Mi nombre es Bobby —le señaló, tocando su copa con la suya.

—Seguramente son los nervios que me traicionan, pero trataré de tutearte —contestó, abriendo bien los ojos.

—¿Siempre tocás el piano?

—Cuando me contratan. Lo hago porque lo necesito para vivir. Donde trabajo no gano un gran sueldo, y este dinero extra me viene muy bien —respondió la joven, y bebió otro sorbo.

A Bobby le costaba sacar una conversación. Acostumbrado a llevar la delantera con cuanta muchacha se le cruzaba en el camino, no entendía cómo aquella joven, de ojos excesivamente claros y una cálida sonrisa, lo tenía casi sin hilvanar palabra. Pero lo que Bobby no sabía era que esa timidez momentánea lo convertía en un joven amable y educado, que dejaba fascinada

a Danna cada vez que él le hablaba.

—Y vos, ¿qué hacés de tu vida? ¿Estudiás, trabajás, o simplemente te dedicás a escuchar música? —preguntó ella.

—Estudio, pero últimamente no me va muy bien. Ahora me voy a dedicar al deporte, más precisamente, al fútbol. Es un buen trabajo y se gana dinero, no es mi pasión, pero las circunstancias obligan —se confesó, moviendo la cabeza.

—No creo que por la posición social que seguramente tenés, te veas obligado a trabajar, si no estudiás. De todas maneras, tengo que admitir que el fútbol es muy apasionante. Jamás fui a una cancha, pero me gusta verlo cuando lo pasan por televisión.

Bobby se olvidó de la apuesta que había hecho con sus amigos y, muy convencido, comentó:

—Mañana me van a tomar una prueba en el Atlas United, y, si me aceptan, seguro que voy a jugar en primera división.

—¡Sería buenísimo! —dijo ella sonriendo—. Soy simpatizante del Atlas United, a pesar de que, últimamente, no lo veo ganar con frecuencia. Te deseo mucha suerte y espero que algún día pueda verte por televisión.

—¿Por qué “algún día” y “por televisión”? Mañana voy a la prueba y después te llamo para salir. Conozco un lugar íntimo donde podremos tomar

unos tragos —le sugirió, volviendo a la normalidad de sus caprichos.

—Lo siento, mañana tengo cosas más importantes que hacer

—le contestó ella, con cierta incomodidad.

Él comprendió que se había extralimitado. Danna, seguramente, no era una joven como las que él estaba acostumbrado a tratar. Trató de justificarse, pero ella no lo dejó hablar.

—Voy a seguir con lo mío. Gracias por la copa —le dijo, y le dio la espalda.

Bobby se mordió el labio inferior con bronca. Había sido rechazado y él no estaba acostumbrado a perder. Terminó de beber abruptamente el poco champán que le quedaba, cuando Agostina se le acercó y lo tomó de un brazo.

—Nos dejaste abandonados. ¿O acaso esta noche no estás de humor? Vamos a ver los videos de mi viaje al África.

—De acuerdo, vamos que esto se está poniendo muy monótono —contestó él, alzando la voz. Danna, sin mirarlo, se dispuso a seguir tocando el piano.

Lo dijo por decir algo. Ya no quería estar con nadie. Quería pensar, quería recordar lo que le había sucedido con esa joven que se atrevió a rechazarlo. Simulando saludar a un conocido, se dio vuelta para volver a

verla, mientras ella, de espaldas, comenzó a tocar una nueva melodía.

Si le hubiesen preguntado qué había visto en el DVD, o cuáles fueron los comentarios que se hicieron, seguramente, no habría podido responder. Solo le importaba regresar al salón para volver a ver a la pianista, pero le era imposible romper el círculo que habían formado, en torno a él, Agustina y sus amigos. Además, la proximidad de Constanza también lo perturbaba. Por eso se alegró cuando oyó la voz de Domínguez, el chofer, que había venido a buscar a él y a su hermana, por orden de su padre.

Cuando salió, buscó la figura de Danna. El piano permanecía en silencio y la butaca, vacía. “Se fue y seguramente no la volveré a ver”, pensó ofuscado.

En el camino de regreso, mientras el padre dormitaba, Constanza le susurró.

—Estás muy pensativo, hermanito. Parece que la pianista te dejó trastornado. Te vi muy a gusto con ella. En verdad es muy mona, pero me da la sensación de que no es la clase de chica con la que estás acostumbrado a salir. ¡Cuidado, Bobby! No juegues que te podés enamorar _ le dijo, medio en broma, medio en serio.

—¿Acaso eso te molesta? —Bobby esperó la respuesta de su hermana, con la mirada fija en sus ojos.

—Para nada —le contestó Constanza, encogiéndose de hombros.

—Es muy bonita, toca muy bien el piano, y no es para nada tímida. Me mandó a pasear cuando la invité a salir. Me da mucha bronca que me haya rechazado ¿Quién se cree que es? —dijo, desviando la mirada.

—Una joven decente no acepta la invitación de un desconocido en el primer encuentro. Te falló la táctica. A una chica como esa, seguramente no le interesa tu posición social. Es posible que haya gustado de vos, pero eso no te puede llevar a pensar que se va a inclinar a tus pies; y tengo que reconocer que eso, en el fondo, me alegra. ¡Por fin alguien te cortó el rostro! Esto te va a servir para que aprendas a perder alguna vez —le recriminó Constanza.

—Estoy convencido de que mañana me olvidaré de este episodio —concluyó Bobby. Luego, dándole la espalda, se recostó en el asiento.

Constanza suspiró, y dijo para sí misma—: Espero que así sea.

VII

Esa mañana Bobby bajó de su automóvil maldiciendo haber aceptado la apuesta. De no haberlo hecho, en estos momentos estaría durmiendo plácidamente. Pero allí estaba, parado en la entrada del estadio, indeciso.

Recordó a sus amigos y también recordó que no podía fallar.

Un hombre robusto, pelado, que llevaba un traje oscuro y gafas, lo interceptó cuando se disponía a entrar.

—Su carnet de socio —le dijo secamente.

Bobby lo miró sorprendido, pero inmediatamente cambió de actitud y respondió:

—No tengo carnet porque simplemente no soy socio, me está esperando el señor Nievas, tengo una cita con él.

—En estos momentos, el señor Nievas está dirigiendo el plantel profesional. No creo que te pueda atender. ¡Aire, aire! —le espetó el hombre, con tono brusco.

—Mirá, gordo disfrazado, a mí háblame bien, porque...

—¿Qué sucede ahí? ¿Qué son esos gritos? —exclamó un hombre muy bien vestido que salió rápidamente del estadio y se interpuso entre ambos.

—El señor Nievas me está esperando —le señaló Bobby, mientras miraba con gesto amenazante al portero.

—¿Usted es Roberto Achával Méndez? —le preguntó el recién llegado.

—Sí, estoy seguro de que soy yo —respondió con ironía.

—Calma, muchacho. Casualmente me mandó Nievas para ver si habías

llegado. Perdoná el malentendido, el personal de seguridad tiene órdenes estrictas de no dejar pasar a extraños al estadio —dijo el enviado.

Bobby se encogió de hombros y no le contestó, cuando pasó frente al hombre que le impidió el acceso, lo maldijo entre dientes.

Entraron por un largo pasillo, atravesaron una estrecha galería, pasaron por una escalera que daba al subsuelo, y llegaron a los vestuarios. Al entrar, Bobby observó que el lugar estaba lleno de jóvenes, algunos semidesnudos, otros vestidos, sentados con sus bolsos en las manos.

Cuando lo vi llegar, no lo podía creer. Recuerdo que esboqué una sonrisa y, acercándome, le manifesté:

—Buenos días Achával, veo que ha cumplido su promesa, más allá del retraso con el horario pactado.

Me miró, y no me dijo nada. Tragué saliva y guardé la bronca para otro momento.

—El utilero le dará la ropa necesaria. Vamos a hacer dos tiempos de veinte minutos. Hay muchos jugadores que se están probando. Juegue suelto, como lo hace habitualmente, y no va a tener problemas. El presidente del club, a pedido mío, lo va a estar observando —le manifesté.

—De acuerdo —dijo haciendo muecas—. Espero que mi desempeño lo convenza.

Bobby se cambió en silencio, sin prestar atención a los jugadores que estaban a su lado; algunos estaban muy nerviosos por lo que representaba para su futuro firmar un contrato con uno de los clubes más grandes. Sabían que los elegidos serían muy pocos, y que la mayoría regresaría a sus hogares con sus sueños rotos. Bobby no entendía, no sabía de los sacrificios, de las contrariedades y de los sinsabores que es necesario atravesar para llegar a una meta.

VIII

Rumbo a la cancha, me encontré con mi amigo Anselmi, el técnico de las inferiores.

—Lo lograste, sabía que lo harías. Me comentó el presidente que ibas a probar a un fenómeno con dos apellidos, y no tuve dudas de quién se trataba —dijo mi amigo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Te quería dar una sorpresa, este chico es todo un personaje, aunque me da la impresión de que vino a disgusto. Espero que todo resulte bien —le dije, no muy convencido.

—Resultará, Alberto, resultará, el pibe es un fenómeno con la pelota.

Vas a ver que no nos equivocamos —me contestó, mientras me palmeaba la espalda.

Cuando salimos al campo de juego, en un costado de la cancha se encontraba el presidente del club, acompañado por dos personas de la comisión directiva.

—Veo que ha cumplido su palabra, señor presidente, de observar a mi preferido y también a algunos otros jugadores.

—Así es, Nievas. Hoy tengo mucho trabajo, pero decidí dejarlo para más tarde. Pienso que aquí se está jugando algo muy importante para nuestro club. De estos jóvenes que hoy se prueban pueden surgir un par de buenos jugadores y, por supuesto, en la lista también está su recomendado —señaló el presidente.

Me dirigí a los jugadores que aguardaban expectantes el comienzo de la práctica.

—Olvídense que los están observando, pongan lo mejor que tienen, y buena suerte para todos — dije, mientras Bobby, con los brazos en jarras, masticaba un chicle.

En los primeros cinco minutos, Bobby no tocó una sola pelota. Nervioso, me paré y encendí un cigarrillo. Un rechazo del arquero rival le permitió, por primera vez, tomar contacto con el balón. Con un juego de

cintura dejó a dos jugadores contrarios en el camino. El cigarrillo se me resbaló de las manos. Amagó tirar un centro y lo quiso cubrir el defensor, pero con la tranquilidad propia de un profesional le hizo un perfecto túnel, se la pasó entre las piernas y quedó solo frente al arquero, que también intentó detenerlo. Bobby, con otro juego de cintura, pero esta vez hacia la izquierda, lo dejó desparramado en el césped, y con el arco a su disposición, concretó el gol ¡Qué digo, Dios Santo! ¡Golazo! Miré hacia donde estaba el presidente, y vi que levantó su pulgar. Después siguió un “monólogo” de Bobby quien, sin correr demasiado, consiguió otro gol. Ya no quedaban dudas. Era un fuera de serie. Un talentoso del fútbol. “Un exquisito”, diría la tribuna.

Es muy duro dar explicaciones a los jugadores que les toca irse, pero tantos años en el fútbol me enseñaron a superar estos difíciles y amargos momentos.

Bobby, ya duchado, poniéndose una remera, se me acercó.

—¿Conforme con mi actuación?

—Más que conforme, me hizo quedar muy bien, aunque conociendo sus aptitudes, no esperaba menos de usted. El presidente del club quiere contratarlo. Sin lugar a dudas, será el titular en el puesto de volante ofensivo. Sé que le falta estado atlético, pero lo más importante ya lo tiene. Con el transcurso de las prácticas en doble turno, llegará a tener el ritmo de primera para cuando comience el campeonato —le informé.

Recuerdo las palabras de elogio que tuvo el presidente para los jugadores elegidos. Sé que la mayoría de esas palabras iban dirigidas a Bobby, quien hacía muecas y, seguramente, no les daba la menor trascendencia.

Aceptó la propuesta del contrato sin objeción alguna. Después me tocó hablar a mí. Les di las directivas que debían seguir y les hice conocer el reglamento. Sabía que con los elegidos tenía que ser muy severo, dada la poca experiencia y preparación física que tenían para militar en primera división. El tiempo que me quedaba para adaptarlos al plantel era muy corto, ya que dentro de cuarenta y cinco días comenzaría el campeonato. Miré a Bobby, noté un gesto de desagrado por mis palabras, pero no hizo ningún comentario. Yo, en cambio, estaba muy satisfecho por tenerlo en el plantel e hice caso omiso a sus expresiones.

IX

De camino a su hogar, Bobby volvió a maldecir haberse metido en semejante compromiso, ya que sólo tendría un día libre en la semana. Tuvo la loca idea de no presentarse al entrenamiento del día siguiente. Pero ¿qué les

diría a sus amigos que esperaban con ansiedad los acontecimientos? Apretó a fondo el acelerador de su automóvil, cuando el recuerdo de Danna volvió a su mente.

—¿Cómo hacer para volver a verla? —se preguntó.

Al entrar a su residencia se le ocurrió ir a ver a su hermana. Fue directamente a la biblioteca, pensando que Constanza estaría estudiando. No se equivocó.

—Hola, Constanza —le dijo, sonriente, mientras la besaba.

Constanza apenas reparó en él y, sin dejar de leer el libro que tenía entre las manos, le manifestó:

—Me imagino a qué vienen los mimos ¿Necesitás dinero, verdad?

Bobby hizo un gesto de desagrado, se sentó en un sillón y, cambiando su expresión, le respondió:

—En realidad, ése no es el tema por ahora.

—Ah, bueno —dijo ella después de una pausa—. ¿Entonces, cuál es?

—Necesito que hables con la madre de Agustina para que te dé el número de teléfono de la joven que tocaba el piano en su residencia. Por supuesto, le decís que la querés contratar para una próxima reunión.

—No juegues con esa joven —le advirtió Constanza con tono imperativo, y cerró el libro abruptamente.

—No estoy jugando —dijo moviendo la cabeza—. Quiero disculparme con ella, solamente eso, y además, le prometí que volvería a verla para contarle lo sucedido esta mañana.

Constanza arrugó la frente ligeramente y preguntó con curiosidad:

—¿Qué te sucedió esta mañana?

—Bueno, cosas que pasan.

—No me mientas.

Bobby le contó a Constanza la aventura vivida en el Atlas United, pero no le dijo que fue una apuesta con sus amigos lo que lo llevó a presentarse. Sí habló con la verdad cuando se refirió a Danna.

Constanza tardó en contestar, observó cierta expresión en el rostro de su hermano que la convenció de su sinceridad y, más allá de sus celos, manifestó:

—Está bien. Me comunicaré con los Aguirre Montalbán, no quiero que pienses que te quiero tener solamente para mí.

No le costó mucho a Constanza conseguir lo que Bobby pretendía. Cuando colgó el teléfono, le dio los datos que él tanto estaba esperando.

—Ella trabaja en una casa de antigüedades, en la calle Piedras al 900. Tengo el número de teléfono del negocio. Hay algo más: hoy habló Agustina, te manda un beso y espera tu llamado.

—Para Navidad, seguramente la llamaré —le dijo, y salió apurado de la biblioteca, besando el papel con la dirección de Danna.

Rumbo a su automóvil, concentrado en leer el papel con la dirección que le había pasado su hermana, Bobby se llevó por delante a Domínguez. El negro lo observó mientras se tomaba la cabeza. Lo conocía desde muy pequeño. Sabía que cuando el joven salía a toda prisa era porque estaba escapando de los sermones del padre, o porque había recordado, a último momento, que tenía una importante cita.

Bobby llegó al barrio de San Telmo, atravesó estrechas calles empedradas, y notó que las luces de las vidrieras de los negocios y las del alumbrado eran más tenues que las de cualquier otra calle comercial. A pesar de vivir en la misma ciudad, jamás había frecuentado ese barrio, y le pareció estar en otro mundo. Por un momento creyó que se había perdido, pero al llegar a una esquina dio con la calle Piedras, buscó la numeración indicada y se encontró con un negocio tan antiguo como la calle. Ingresó al local y golpeó sobre un viejo mostrador, anunciando su llegada. La voz que vino desde la trastienda no le resultó desconocida.

—Un momento, por favor, ya lo atiendo —dijo una joven, mientras entraba apresuradamente.

—¿En qué puedo servirle, señor?

Bobby estaba de espaldas y simulaba observar una estatuilla. De repente, dio media vuelta y, con una sonrisa, le contestó:

—Hola, Danna, nos volvemos a ver.

—¿Pero... vos..., usted...?, ¿qué hacés aquí?

—Vengo a comprar, ¿es un negocio, no? —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, claro —dijo la joven, todavía sorprendida.

A Danna le costó coordinar las palabras, lo observó temerosa, como si tuviera ante sus ojos algo mágico a punto de desaparecer.

—Te sorprende verme aquí, ¿verdad? Te debía una explicación y quizás una disculpa, pensé que lo mejor era buscarte.

Bobby siguió hablando, esperaba que Danna le dijera algo, pero ella permaneció muda, con los ojos bien abiertos. Su silencio lo irritó, y volvió a la normalidad de sus gestos y a su habitual vocabulario.

—De acuerdo, ya te dije lo que tenía que decir. Ahora pensá lo que se te ocurra, yo me voy. —Maldijo haber ido a verla y se encaminó con grandes zancadas hacía la salida, pero la voz de ella lo detuvo.

—¿No te olvidás de algo?

La miró por encima del hombro y preguntó, irritado:

—¿De qué me olvido? Nunca en mi vida dije discurso semejante, soy un

idiota, y encima me tomás el pelo.

—No me estoy burlando de vos. ¿Acaso no me vas a decir cómo te fue hoy en el Atlas United?

Bobby suspiró y volvió sobre sus pasos.

—No me olvidé, solamente pensé que no te interesaba. Me aceptaron, ya firmé el contrato con el club.

—¡Qué bueno! Tenía la esperanza de que te iba a ir bien. Estuve pensando mucho esta mañana en la prueba que te iban a tomar —confesó.

—¿Lo decís en serio? Entonces todo está bien entre nosotros. ¿No te quedó ningún resentimiento? —le preguntó, acercándose.

—Por supuesto que no. No sé cómo me encontraste, pero me alegro mucho de que así sea —le dijo sonriendo.

—Creeme que vine con buenas intenciones. Si querés, podemos ser amigos, tomar un café —le dijo tomándole la mano.

—De acuerdo. Tomaremos un café, pero yo tengo que cumplir con mi horario de trabajo, salgo a las 19. A dos cuadras de aquí, yendo hacia el centro, hay un viejo café en la esquina.

—¿Por qué no ahora? — insistió.

Ella negó con la cabeza—. Estoy trabajando. ¿Acaso no lo entendés?

—Sí, sí, por supuesto, es tu trabajo —dijo, en tono de disculpa.

Danna siguió hablándole, pero él ya no la escuchaba, solamente observaba esos ojos excesivamente azules y redondos que lo atrapaban. No se percató que, en ese momento, una persona entraba al negocio, y recién reaccionó cuando Danna, queriendo disimular la situación, le habló como a un cliente más, sobre una pieza de colección que supuestamente él había ido a buscar.

—La casa hará todo lo posible para localizarla, señor —le dijo con una sonrisa.

—Sí, de acuerdo, cuando la consigan, la vendré a buscar. Es una pieza muy importante para mí, por eso vine de lejos y no la quiero perder —le manifestó cuando se retiraba.

Debían pasar tres largas horas para que Bobby volviera a ver a Danna. Estaba ansioso y pensó que el centro estaba cerca y que podía aprovechar el tiempo para comprar algún CD para escuchar en su lujoso automóvil, pero su mente giraba permanentemente en torno a la imagen de Danna. No podía entender lo que le estaba sucediendo. ¿Por qué la figura de esa hermosa joven era una constante en su mente? ¿Por qué esos ojos claros penetraban su cerebro? ¿Por qué su figura angelical lo sumergió en un mundo que no era precisamente el suyo?

Qué largo se hizo el tiempo, cuántas vueltas tuvo que dar en su automóvil para quemar los minutos que faltaban para encontrarse en el viejo

bar señalado para la cita. Qué distinto era todo dentro del café; el piso de madera, tan viejo como las paredes, las mesas y sillas rústicas y desgastadas, hablaban por sí solas, y seguramente habían sido testigos ocasionales y silenciosos de muchas historias de amores lejanos y de miserias vividas. La sonrisa sincera del mozo y la calidez del ambiente lo hicieron sentirse bien. Observó tras el ventanal la fina llovizna que empezó caer sobre el empedrado. Hasta que, de repente, apareció la figura de Danna, que cruzaba la calle.

—He cumplido con la cita. Ahora te toca a vos invitarme con un café — le dijo mientras se sentaba frente a él.

Bobby suspiró—: Sos hermosa.

Ella se sonrojó y dejó que sus manos se entrelazaran con las suyas.

—¿Qué querés de mí? ¿Qué te puede interesar a vos una simple chica de barrio? —señaló ella, con un dejo de duda en la voz.

—Te soy sincero: desde que te vi por primera vez, no te pude sacar de mi mente. Antes, todo era fácil para mí, más si se trataba de alguna conquista. Y sin embargo, hoy, cuando te volví a ver, sentí temor a que me rechazaras. No lo entiendo... —dijo, moviendo la cabeza.

Danna tardó un par de segundos para responder, cuando por fin lo hizo, le confesó:

—Mi vida es muy simple. Este es mi barrio, aquí nací y me críe. Vivo

con mi madre en un departamento antiguo de la calle Defensa, y creeme que con lo poco que tengo soy feliz, a pesar de que perdí a mi padre cuando era muy pequeña. Don Miguel, el dueño de la casa de antigüedades, era muy amigo de mi padre, nos ayudó mucho en los momentos más difíciles e hizo que me recibiera de profesora de piano. Algunos sábados me contratan para tocar en alguna iglesia de la ciudad, en una boda, o en reuniones familiares, como donde te conocí. —Luego de una pausa, agregó—: Ya te conté mi pequeña historia, ¿cuál es la tuya? Supongo que estás esperando con ansiedad tu oportunidad de jugar en primera, ¿no?

—Bueno, sí —dijo dubitativo—, pero es tan duro entrenar que se me ponen los pelos de punta al pensar que tengo que levantarme temprano y sacrificar mi físico toda la semana. Si a eso le sumo mi carrera universitaria y los compromisos con mis amigos, no sé hasta cuándo resistiré.

—¿Qué clase de compromisos? —quiso saber ella, arqueando una ceja.

—Digamos, organizar alguna picada los viernes por la noche con veloces automóviles, pasar toda la noche sin dormir en algún boliche de onda, jugar alguna partida de póker, también ir a esquiar, siempre que el lugar esté de moda, por supuesto...

—Una vida muy sacrificada la tuya —respondió ella irónicamente.

—No me castigues. Soy consciente de que nací en un ambiente lleno de

privilegios, muy diferente al de muchos. No es mi culpa. Sé que tengo que replantearme muchas cosas en mi vida, pero, llegado el momento, seguramente me costará hacerlo. Soy muy joven todavía para tomarme algunas cosas en serio.

—Me parece que lo más importante es que lo reconozcas, eso vale. La vida está llena de sacrificios, más cuando se busca llegar alguna meta. Creo que ésta es tu gran oportunidad y no la tenés que dejar pasar. ¡Dios santo! ¿Es muy tarde? —preguntó en voz alta, al tiempo que miraba el viejo reloj de la pared—. Seguramente mi madre estará preocupada por mi tardanza.

—No te preocupes, te llevo en mi auto —le sugirió él, y luego llamó al mozo para abonar lo consumido.

Sin embargo, Danna prefirió caminar por los viejos adoquines que brillaban bajo una débil llovizna, las pocas cuadras que la separaban de su casa. Se sentía segura junto a él, como si lo conociera de toda la vida, y una felicidad inmensa recorrió su cuerpo. Bobby sintió también la misma emoción cuando tomó su mano, como si sus vidas fuesen iguales y no los separaran las crueles barreras que impone, algunas veces, la sociedad.

—¿Tenés novio? —preguntó él tragando saliva.

—¿Creés que si tuviese novio estaría ahora contigo? ¿Y vos tenés novia? —dijo ella, apretándole la mano.

—De tenerla, ya la hubiese dejado cuando te conocí —le contestó, y luego la besó suavemente en los labios. Ella no se resistió, solamente lo miró, y prosiguieron la marcha.

—Cuando te conocí, creí que tu hermana era tu novia, no se separaba un instante de vos. Te debe celar mucho, ¿verdad?

Bobby simuló un gesto de fastidio, pero se apresuro a contestar.

—Sí, es muy celosa, pero es algo normal entre hermanos que se quieren. Yo también lo soy.

—Es muy bonita y, además, tiene figura de modelo —comentó ella.

—Un empresario le sugirió modelar y posar para una revista muy importante, pero ella prefiere estar ligada a todo lo concerniente al arte; es una gran lectora y le gusta escribir.

—Según cómo se mire, modelar también es un arte —dijo ella.

—Bueno, sí, tal vez no me expresé correctamente —se disculpó.

—¿Tiene novio? —quiso saber Danna.

Lo directo de la pregunta lo incomodó, pero igual respondió.

—No, no tiene novio ¿Por qué?

Danna sintió que la respuesta de Bobby había quedado incompleta, pero no insistió. Lo más importante en ese momento para ella era estar junto a él. Se sentía inmensamente feliz, y se lo demostró en el beso de despedida.

X

Danna vivía en un viejo edificio color arena, de cuatro plantas, con ventanas con persianas de madera y escaleras de mármol blanco manchado por el tiempo; no había ascensor y los pasillos tenían una luz tenue por falta de lámparas. Danna subió al segundo piso saltando los escalones, como cuando está feliz. Su madre, impaciente, siempre la esperaba en la puerta del departamento. Érika era tan hermosa como su hija, pero en su rostro tenía huellas de años no tan felices, y también había algunas canas en su abundante cabellera rubia.

—¡Mamá, mamá, vino! ¡Creí que estaba soñando cuando lo vi, pero estaba bien despierta! —le dijo, emocionada, a su madre, mientras la abrazaba.

—Por Dios, hija, ¿quién vino? Ya me estaba preocupando por tu tardanza.

—¡Vino Bobby, mamá! —insistió.

Llevó a su madre hacía el sofá y le contó, apresurada, el encuentro con Bobby. Érika frunció el ceño sin llegar a comprender. Danna movió la cabeza

y suspiró, luego, más serena, le relató el encuentro con lujo de detalles.

—Fue tan amable, mamá, que le acepté un café, ¿hice bien? —preguntó, abriendo los ojos.

—Por supuesto que sí, hija. Pero tené cuidado, no lo digo solamente porque sea de una clase social diferente a la nuestra, también hay personas a nuestro alrededor que buscan diversión con jóvenes hermosas como vos, y quizás hagan más daño. Vos sos lo único que tengo en la vida y no quisiera verte sufrir. Te lo digo por tu bien —insistió la madre.

—Sí, lo sé, pero me siento segura a su lado, a pesar de que solamente pasaron horas de nuestro primer encuentro. Desde que lo conocí, su imagen no se borró de mi mente. No lo podía entender, estaba frente a mí. Fue algo mágico y por momentos sentí deseos enormes de tomarlo entre mis brazos para que no se esfumara.

Su madre la vio tan emocionada con su primera cita, que trató de no contradecirla a pesar de sus miedos.

—Tu felicidad es la mía. Nunca pusiste los ojos en ningún muchacho, nunca te vi tan feliz, espero que ese joven sea el príncipe azul que estabas esperando —agregó y abrazó a su hija.

—Lo es, seguro que lo es, mamá —dijo emocionada.

A la mañana siguiente la lluvia había cesado, pero la cancha estaba

barrosa. En esas circunstancias, al preparador físico le toca la peor parte: poner a punto a un plantel de profesionales.

Cuando los jugadores pasaban trotando a mi lado, Bobby iba último. Volvían a pasar y seguía último, como si las piernas le pesaran toneladas, por momentos las arrastraba, y a los pocos metros se dejaba caer, estirando piernas y brazos. Me acerqué y le pregunté:

—¿Cómo se siente? Supongo que un poco fuera de estado, ¿verdad?

Me clavó los ojos negros, grandes y profundos, y luego, desviando la vista hacia el piso, me contestó con tono fatigado.

—Está loco. Este preparador físico me quiere matar. Hace una hora que nos tiene corriendo alrededor de la cancha, ¡no aguanto más! —dijo mientras se pasaba la mano por la frente.

—Lo que sucede, Achával, es que usted está fuera de la alta competencia. Aunque las comparaciones siempre son odiosas, creo que luego de un par de semanas de entrenamiento, en doble turno, estará a la altura de sus compañeros.

No me contestó. Se levantó como pudo y caminó hacia donde estaban sus compañeros, que ya habían dejaron de trotar.

Más tarde en una practica liviana de fútbol, me regocijé viendo a Bobby

que, a pesar de su cansancio, demostró con la pelota toda la magia creadora que Dios le dio.

En un descanso del plantel, Bobby se acercó a un compañero y le pidió un cigarrillo.

—No fumo, además, si nos ve fumar, el profe nos mata —le respondió.

Bobby suspiró y se dejó caer en el césped, ante la mirada de desconcierto de su colega.

—¿Estás bien? —le preguntó su compañero.

—Estoy muerto —dijo moviendo la cabeza—. ¿Cuál es tu nombre?

—Sebastián Ruiz Moreno, soy uruguayo.

—Jugás muy bien, tu función de lateral es fundamental para llegar bien arriba —le señaló.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del joven.

—Gracias. En mi país no pensaban lo mismo, me rechazaron porque decían que soy bajo de estatura y podía fallar en los centros. Aquí pasé la prueba y estoy más que contento de tener esta oportunidad.

—Y la vas a tener, estoy seguro —le contestó Bobby, tomándose los tobillos con gestos de dolor.

El diálogo se interrumpió cuando el entrenador anunció que la práctica

del día había finalizado. Bobby suspiró y miró el cielo y, por lo bajo, insultó al preparador físico.

Cuando Bobby salió del estadio en su automóvil, observó que en su misma dirección, y caminando con un bolso en la espalda, iba Ruiz Moreno; cuando lo alcanzó, frenó bruscamente.

—¿Este es tu coche? —preguntó el uruguayo, sorprendido.

Bobby sonrió, se sacó las gafas de sol, y respondió:

—No lo robé, por ahora es mío. Subí que te acerco, ¿donde vivís?

—En una pensión, a diez cuadras de aquí.

Cuando emprendieron la marcha, el compañero lo observó durante unos segundos, y luego le señaló:

—De la manera que estás vestido, y además, con este coche importado que debe valer una fortuna, no puedo entender qué hacés jugando al fútbol. No me parece que lo hagas por dinero...

—Creo que solamente Dios sabe por qué estoy aquí, pero dejémoslo ahí. Quizás algún día te lo cuente —le dijo y puso un CD.

—¡Qué hermoso coche! —. Los ojos de Ruiz Moreno miraban a todas partes al mismo tiempo.

—Si te hacen un buen contrato, en algún momento, podrás tener uno igual.

—Tendría que ser un grande de verdad para darme estos lujos —dijo el uruguayo, lanzando un suspiro.

De regreso a su mansión, se recostó en su cama totalmente vestido y, exhalando un suspiró, pensó que sería bueno descansar un poco. Las piernas se le fueron adormeciendo y el cansancio lo estaba por vencer; pero mientras maldecía al preparador físico, recibió un mensaje en su celular: sus amigos reclamaban su presencia. “Sería bueno tomarme unos tragos con ellos”, pensó. Pero la imagen de Danna lo hizo reaccionar, tenía una cita y no la dejaría por nada en el mundo.

Sin embargo, los nervios lo traicionaban. Ya no quería dar más vueltas alrededor de la cancha auxiliar, no quería que lo dirigieran, que controlaran todos sus pasos. No le interesaba todo ese proceso. Pensaba que lo que estaba haciendo era un sacrificio inútil. “¡Basta con esta absurda apuesta!”, se dijo con firmeza. Se paró en el medio del entrenamiento, se sacó la camiseta y la arrojó al césped, mientras sus compañeros y el cuerpo técnico intercambiábamos una mirada de desconcierto. Me acerqué y le reproché su actitud.

—¿Se ha vuelto usted loco? ¿Qué es lo que pretende?

—No seguir, estoy hartó de todo esto. Me voy, esto no es para mí —me espetó, irritado.

—Firmó un contrato y lo tiene que respetar. Además, sabe que tiene el puesto asegurado en primera y que pronto empezará el campeonato —le señalé, sin poder disimular mi fastidio.

—¡Al diablo con la primera! ¡El contrato terminó aquí! —me dijo a los gritos.

Sin que lo pudiera evitar, se encaminó hacia el túnel, cuando uno de los jugadores, el corpulento Besossi, se dirigió a mí, alzando la voz.

—Déjelo que se vaya, señor, ¿no ve que es un nene de mamá? El fútbol es para los hombres.

Bobby se detuvo y volvió por el camino que había andado. Ante el silencio de los demás, se paró frente a su compañero y le dijo con tono irónico:

—¿Qué te pasa, “ropero”?

—¿Te referís a mí, nene? —le contestó riendo.

—Además de cómico, sos un idiota y alcahuete.

Antes que nadie pudiese intervenir, se tomaron a golpes de puño y rodaron por el suelo. Con gran esfuerzo varios de sus compañeros los separaron y mi indignación hacia él estalló.

—¡Retírese inmediatamente del club! ¡No lo quiero ver más por aquí, me ha defraudado! —le dije con toda la bronca.

Recuerdo que me clavó los ojos y tardó en contestar, pensé que se había arrepentido, pero no fue así.

—Fui un inconsciente al aceptar este juego pero, por suerte, todo terminó —se confesó.

Mis manos se crisparon cuando lo vi alejarse en silencio. Se me hizo un nudo en la garganta. Le hubiese rogado para que volviera, pero sabía que eso era imposible. Todo había terminado. En pocos segundos, el sueño de verlo en una cancha de fútbol se rompió en mil pedazos. Saqué fuerzas de flaquezas, y sin mirar a los jugadores, les hablé:

—Bien, muchachos, aquí no pasó nada; a trabajar, que estamos atrasados.

Hice un esfuerzo descomunal hasta que di por terminada la práctica. Sabía que tenía que confeccionar un informe de lo sucedido, pero ese día no tuve ganas de hacerlo.

Cuando llegué a mi departamento, me reconfortó ver a Estefanía. Esa mujer agradable, de esbelta figura, de alegres ojos negros, de cabello largo y renegrado, siempre estaba a mi lado. Ella sabía de mis sueños y de la ilusión que tenía depositadas en Bobby.

—Miles de jugadores quisieran estar en su lugar —dijo Estefanía—. Es una gran pena que se haya ido. Sé muy bien las esperanzas cifradas que tenías

en ese joven. Siempre me pregunté, sabiendo de dónde viene, qué lo había impulsado a venir a jugar. No lo comprendo, creeme, es muy difícil entenderlo —me señaló.

—El día que me llamó, me dijo que lo hacía solamente por dinero. Que el padre no lo bancaba más. A mí me quedó la duda, pero lo importante era tenerlo en el equipo. Tiene todas las condiciones para ser un *crack*, y convertirse en poco tiempo en un verdadero ídolo. Jamás vi un jugador con sus características. Tiene un estilo tan especial para tratar la pelota que asombra. Perderlo, es una verdadera lástima para el fútbol. —Al terminar de decir esto, me dejé caer en un sillón.

—¿Y ahora, con estas perspectivas, cuáles son tus planes para el equipo? —preguntó Estefanía, sentándose junto a mí.

—Es muy difícil predecirlo, pero no creo que el equipo tenga alguna posibilidad de ganar el campeonato. Y si en un club como el Atlas United no ganás nada durante el año, simplemente te tenés que ir.

—¿Aunque el equipo juegue bien? —dijo ella, confusa.

—Sí —dije, suspirando—. Para los equipos grandes argentinos los segundos puestos no sirven, y ni hablar de la mitad de la tabla.

XI

Bobby estaba convencido de que su decisión de dejar el Atlas United era lo mejor que le pudo haber sucedido, pero lo invadió un gran nerviosismo durante el día. Esperó con ansias la hora de encontrarse con Danna. Eludió ir a su casa, o al encuentro de algún amigo. No estaba de humor para hablar con nadie y menos con su padre que, seguramente, le iba a salir con alguna queja o algún sermón, y mejor no pensar en Constanza. Dio mil vueltas en su automóvil, fumó un cigarrillo tras otro, mientras el CD, a todo volumen, se repetía hasta el hartazgo. Luego, se detuvo en la costanera y pudo pensar con más calma.

Danna llegó como todos los días: presurosa, pero feliz. Descubrió una rosa roja en la mesa, sonrió, tomó la flor y lo besó suavemente en los labios.

—Hoy no me llamaste por teléfono, intenté comunicarme con tu celular pero estaba apagado. Estoy muy triste— le advirtió, mientras lo tomaba de las manos.

—Sí, tenés razón. No es que me olvidé de llamarte, lo que sucede es...

—¿Qué te sucede, mi amor, acaso te lesionaste en la práctica? —

preguntó ella, preocupada.

—No es eso —le contestó, desviando la mirada.

—¿A qué te referís? —dijo ella, con un tono más que de interrogación.

Bobby lanzó un suspiro—. Dejé el fútbol.

—¿Cómo que dejaste el fútbol? Seguramente se trata de una broma.

—No es una broma, me sentía muy cansado y, además, presionado. Creo que el fútbol no es para mí.

La expresión de Danna seguía siendo de duda.

—Lamento desilusionarte, pero esa es la realidad —le confesó él.

Danna miró su semblante y se convenció de que no era una broma; al mismo tiempo, una rabia sorda comenzaba apoderarse de ella.

—¿Y qué es lo verdadero para vos? —quiso saber, clavándole los ojos.

Bobby se encogió de hombros y no le contestó.

—¿No te das cuenta de que por primera vez en tu vida podés demostrar, con tu sacrificio y el don que Dios te dio, que sos capaz de hacer algo bueno por vos mismo? ¿No pensaste que era nuestra ilusión, nuestro sueño? Si en verdad creés que voy a compartir tus caprichos, te equivocás —le señaló con

lágrimas en los ojos, mientras se levantaba de la mesa.

Bobby se conmovió al ver su reacción y la tomó de un brazo—. No sólo en el fútbol puedo demostrar que soy capaz de hacer algo por mí mismo, tengo varios proyectos con las empresas de papá.

Danna lo observó un par de segundos en silencio, luego se sentó bruscamente.

—Sabés muy bien que no hay ningún proyecto en tu mente, porque simplemente no querés responsabilidades. Vivís en un mundo al que yo no podré cambiar. Creí ciegamente en vos, pero me equivoqué.

—No es cierto. Yo no quiero hacerte sufrir, paremos esto y hablemos bien —dijo, ahora angustiado.

Danna se levantó y salió rumbo a la calle. Bobby recogió la rosa de la mesa y salió tras ella. Pero fue inútil. La vio alejarse, la vio cuando se perdía en una esquina y no atinó a seguirla. Estrujó la rosa con bronca y se maldijo entre dientes. Pensó ir a buscarla, pero su orgullo pesó más que su deseo. Deambuló por la ciudad con su automóvil y, sin quererlo, llegó al *pub* donde sus amigos, seguramente, lo estarían esperando. Y no se equivocó.

—¡Pero miren quién llegó!, ¡el *play boy* mayor de Buenos Aires! Esta noche hay fiesta, y de la buena —exclamó Eduardo, eufórico.

“Están todos”, pensó Bobby y, acercándose a la barra, pidió un Cuba

Libre y lo bebió de un solo trago.

—Me ganaron la apuesta: hoy abandoné los entrenamientos, el Atlas United no es para mí —se confesó.

Sus amigos se miraron desconcertados, y luego, explotaron en una carcajada al unísono. Malala lo tomó de la cintura y, dándole un beso en el cuello, le señaló:

—Sos un divino. Perdiste la apuesta, pero yo gané, ahora estarás más tiempo conmigo. Se me hacían largas las horas mientras esos tontos te hacían correr en una cancha de fútbol.

—Cortala, nena, él sólo cayó en la trampa, perdió una apuesta de diez mil dólares y ahora tiene que pagarla —le recordó Eduardo.

—Eso es lo de menos para él, lo principal es que lo tengo otra vez para mí —contestó Malala, abrazándolo y besándolo en la boca, mientras Bobby pedía otra copa, tratando de liberarse de la muchacha.

Las burlas continuaron, y Bobby se quedó observando a sus amigos. Qué distintos los veía, qué distintos eran a sus compañeros del Atlas United, qué distinta era Malala de Danna, qué frío le parecía todo a su alrededor. El *pub* no tenía el calor de un café de barrio, con mesas viejas y rústicas. Tal vez sin proponérselo, se enfrentó a ellos y les habló.

—De acuerdo, perdí. Trataré de conseguir los diez mil dólares, pero les

aseguro que volveré a jugar en El Atlas United. Ya no habrá más apuestas, ahora va en serio. Voy a demostrar lo que valgo —dijo muy convencido.

—¿Estás de remate? Esta broma que nos mandamos fue solo para divertirnos unos días, la apuesta terminó y a otra cosa ¿Querés volver?, ¿o solamente es otro de tus inventos para hacernos caer? —le preguntó el gordo Quiki, tomándolo de un brazo.

Negó con la cabeza—. No, no estoy loco, digo la verdad. No puedo explicarles lo que siento en estos momentos porque simplemente no lo entenderían; quizás yo tampoco lo entiendo —respondió, caminando hacia la salida.

—Que se vaya, ya volverá. Él siempre vuelve, que se lleve sus locuras a otra parte —advirtió otro amigo, mientras Malala intentaba retenerlo en vano.

Cuando Bobby salió del *pub*, se sintió otra persona. Lo invadió un gran alivio, y cuando en su mente aparecieron las imágenes de Danna y de sus compañeros del Atlas United, volvió a sonreír.

Constanza llegó a su casa pasada la media noche, después de visitar una exposición donde exhibía sus obras un gran escultor inglés.

Recordó que su padre estaría como todos los martes con su pareja y que,

a esas horas, el personal de servicio ya se había retirado a descansar. Buscó a su hermano, pero éste no había llegado. “No tengo sueño. No me vendría mal hacer unos largos en la pileta climatizada”, pensó, camino a su habitación en busca de su malla.

Después de un par minutos en el agua, practicó el subacuático; cuando emergió, descubrió que Bobby la estaba observando desde el borde de la pileta. Sus ojos se ancharon de alegría.

—Hola hermanito. Andá a buscar la malla que el agua está súper buena —le sugirió.

—Bueno, te acompaño —dijo, desvistiéndose y tirándose en slip.

—Si papá te ve en calzoncillos, te mata —advirtió ella, abrazándolo.

—Sí —admitió avergonzado—, pero él no está, y tengo pereza de ir por mi malla. ¿Jugamos al subacuático, a ver quién llega primero al fondo?

—Como en los viejos tiempos; cuando éramos adolescentes siempre te ganaba —le contestó ella, zambulléndose.

Una vez que tocaron el fondo de la pileta ella se acercó y lo tomó de las manos, rozó su nariz con la de él y con un gesto lo invitó hacer otra zambullida. Cuando emergieron, él la tomó de un pie y le hizo perder el equilibrio, así logró zambullirse primero. Constanza siempre había sido más rápida y lo alcanzó antes que tocara el fondo. Después lo tomó de la cintura y

lo besó en la boca. Bobby abrió bien los ojos e hizo un gesto de fastidio, pero ella insistió. Cuando salieron a la superficie él observó que uno de los senos de Constanza se le había escapado de la malla, y ella no hizo nada para ocultarlo. Bobby se acercó, la miró durante un par segundos y, de repente, la besó; ella le contestó con sus labios fogosos, abrazándolo.

En esos momentos, Constanza sintió que Bobby ya no la soltaría, y se dejó llevar hasta el borde de la pileta. Él bajó las manos por debajo de la cintura, le sacó la malla, y apretó con los dedos bien abiertos esos glúteos, duros y redondos, mientras mordía sus senos turgentes.

—Sos mío, solamente mío —dijo ella, mientras lo besaba, en una repentina agitación de deseo.

De repente, Constanza despertó y se sentó en la cama—. ¡Fue un sueño! ¡Un sueño! —Hundió las manos en la cara y recordó la última escena. Luego, respiró profundo y abrazó la almohada—. En verdad fue un hermoso sueño.

Así se lo confesó a su amiga Brenda, una pelirroja de unos treinta y tantos años, de ojos negros y de abundante pelo ondulado, mientras tomaban un café. La había conocido en el exclusivo Buenos Aires Lawn Tennis, cuando tomaba clases con un profesor de barriga pronunciada y semi calvo, al que le interesaba más observar la belleza de sus alumnas que en enseñar ese deporte. A partir de ese momento, Brenda Starkie se hizo confidente de Constanza, aunque no integraba su grupo de amigas más cercanas, no por que la

rechazaran, sino por la diferencia de edad que había entre ellas y algunas cosas más que a Brenda le molestaban. Constanza era diferente, a pesar de su juventud, poseía un alto grado de cultura, era leal y, además, jamás hacía alarde de su posición social.

—Vos lo dijiste, fue solamente un sueño, aunque hay sueños que nosotros mismos inventamos. Sé cuanto querés a Bobby, pero te recuerdo que no estás confinada de por vida en una isla solitaria con él como único hombre, fuera de toda regla que impone la sociedad —le advirtió Brenda.

—¡Me importa un bledo la sociedad! Soy yo la que tengo que cambiar, pero me es muy difícil salir de esta devoción, aunque este sentimiento sea puro de verdad.

—No es puro, es enfermizo, y vos lo sabés. Vas a salir si te lo proponés y si dejás de recordar el pasado; creo que por ahí pasa el problema. Tuviste una relación con él cuando ambos eran adolescentes y esos momentos aún no se borraron de tu mente ¿Por qué, si según tu relato fue un juego de niños?

Constanza tardó en contestar, pero al final lo hizo.

—¡¡No lo fue!!

—¿No lo fue...? ¿Y qué fue? —quiso saber Brenda, arrugando ligeramente la frente.

—Cuando Bobby me lo reprocha, trato de minimizar esos momentos. Es

verdad que ambos lo consentimos, seguramente fue un error, pero fue una noche maravillosa que jamás voy a dejar de recordar.

—Esos errores no son inocentes —le respondió Brenda.

Constanza frunció el ceño.

—Lo dijo Freud —le recordó su amiga, abriendo bien los ojos—. Y, además, ¿quieres que se repita, verdad?

Constanza se encogió de hombros, y luego desvió la mirada, sin contestar.

—Hay diferencias entre desear y actuar —le reprochó su amiga.

—Sí, por supuesto —dijo después de una pausa, suspirando y alzando los ojos.

—¿Se repitió en tu adolescencia?

—No, porque fue tan perfecto y con tanto amor que quise quedarme con ese recuerdo y no con algo traumático que me podría haber sucedido si lo volvíamos hacer.

—¿Y Bobby qué piensa de esta situación? Más allá de que no lo ignora...

—Él sabe que lo amo y trata de eludirme. Sus sentimientos hacía mí son los de un verdadero hermano, pero también me cela, y estoy segura de que en el fondo de su corazón me desea tanto como yo, pero no puede superar la

barrera de la fraternidad.

—No estaría tan segura. Las razones de la razón importan nada frente a la potencia de ese deseo, cuando eso sucede y supera lo moral es excesivamente peligroso y terriblemente doloroso —le señaló Brenda, mientras terminaba su café.

—Tal vez fue un sueño muy convincente que me hizo confundir la realidad —le contestó Constanza.

Brenda meneó la cabeza y prefirió no contestar. Cuando lo hizo fue directo a la pregunta.

—¿Te drogás?

—Para nada, no lo necesito —contestó afirmativamente—. Solamente fumé algunos porros en la secundaria, con mis compañeras de curso. Ahí termino todo.

La respuesta tranquilizó a Brenda—. Sos hermosa, Coni, y también millonaria, podés elegir enamorarte del hombre que se te antoje. Tal vez suene exagerado, pero tu belleza está hecha a la perfección de Dios.

—Me estás seduciendo —dijo Constanza, entornando los ojos.

—Para nada. Digo lo que siento, pero sé de muchas mujeres que, fascinadas por tu belleza, te propondrían, o ya te han propuesto, tener una relación íntima.

—¿Te referís a Delfina Moya, mi compañera de tenis? —interrumpió.

—Sí —asintió Brenda—. Una es ella.

—¡Mirá qué cosa! —dijo con una sonrisa—. A pesar de que se me insinúan más mujeres que hombres, no sabía que tenía más postulantes oficiales.

—No deja de sorprenderme —dijo Brenda, haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—Delfina me lo propuso abiertamente: “Es solo una fantasía que algún día quisiera hacer realidad. No soy lesbiana, pero me muero por acostarme con vos”, me confesó.

—¿Y vos qué le respondiste?

—Que no me interesaba para nada esa clase de experiencias, y si en verdad me apreciaba como amiga, prefería que no tocáramos más el tema, aunque “nunca digas nunca”. Por supuesto, esto último no se lo dije...

—Muy buen razonamiento, pero te enamorás de la única persona en el mundo de la que no te tenés que enamorar; de tu propio hermano. Además, lo celás demasiado y te las ingeniás para que no tenga una relación seria con alguien, salvo con Agostina, porque sabés perfectamente que Bobby jamás llegaría a enamorarse de ella.

—Pero se acostó con ella —dijo irritada.

—Según tus dichos, ella lo perseguía hasta debajo de la cama. ¿Y Malala? , siempre esta con Bobby —añadió Brenda rápidamente.

—Sí, pero es un caso diferente. Malala es amiga de Bobby desde el jardín de infantes, y te puede llegar despedazar si te metés con ella.

—Ella no piensa lo mismo, por lo que dicen —le recordó Brenda.

Constanza hizo un gesto de fastidio—. Conoció una chica muy mona y está saliendo. Creeme que no me molestó.

—Además de ser tu amiga, soy psicóloga, no me podés engañar, seguramente estás convencida de que esa relación no va a perdurar.

Constanza sonrió a medias y arrugó la nariz, luego le manifestó, tomándola del brazo:

—Gracias por escucharme. Soy consciente de mis errores u horrores que pueda llegar a cometer, pero pienso que huir del problema es una forma difícil de vivir.

—Es bueno que lo digas. En el fondo buscás ayuda y eso es lo más importante. Necesitás un psicólogo.

—Vos sos psicóloga, ¿creés que podés ayudarme?

—¡No!

—¿Por qué?

—Porque sos mi amiga y no puedo ser tu terapeuta.

Constanza Inspiró hondo—. Sabés que no iré a ningún psicólogo. Vos sos la única persona que conoce mi secreto.

Brenda negó con la cabeza.

— Ayúdame — imploró.

—No lo sé, pero podría ser.

Constanza la miró sin entender. Brenda lanzó un suspiro, luego le tomó la mano y asintió varias veces—. De acuerdo, haré todo lo posible para ayudarte... siempre que me digas la verdad —le advirtió.

—¿Creés que te miento?

—No, para nada, pero si no hablamos más seguido del tema, mi ayuda puede llegar demasiado tarde.

XII

Esa mañana, cuando estábamos a punto de salir a la cancha auxiliar para la práctica, se percibía entre los jugadores un sentimiento de tristeza y de desazón, porque Bobby, a pesar de su temperamento, se había hecho querer. Además, sus compañeros lo admiraban por su increíble talento y sabían que él era una pieza vital para el funcionamiento de nuestro equipo.

De repente, la puerta del vestuario se abrió y, para asombro de todos, apareció Bobby, calmo y reflexivo; al cabo de un par de segundos, dijo:

—No quiero quedar al margen del campeonato. Quiero pedir perdón al cuerpo técnico y a mis compañeros por el acto irresponsable que protagonicé—. Suspiró—. Necesito una nueva oportunidad.

Todas las miradas se dirigieron a mí, caminé lentamente hacia él y, tomándolo del hombro, le señalé:

—Más allá de su indisciplina, ansiaba su regreso, y creo que todo el plantel también lo estaba esperando. Bienvenido al Atlas United nuevamente, Achával Méndez.

Un coro de vivas se escuchó detrás de mí. Todos sus compañeros se apresuraron para saludarlo; solamente Besossi se quedó en un rincón, calzándose los botines. Bobby lo observó y se encaminó hacia él.

—Ésta es mi mano, y sin rencores. ¿Amigos? —dijo ante el silencio del vestuario.

Besossi movió la cabeza y le golpeó la palma de la mano.

—Más que amigos, “nene de mamá” —le dijo riendo y lo abrazó.

Alguien gritó: “¡Que aguante Bobby, que aguante el “Tanque” Besossi, y que viva el Atlas United!”

Me sentí muy feliz de tenerlo de nuevo con nosotros. Ya estábamos todos, y sé por experiencia que es la unión de todo un grupo lo que lleva a los equipos a conseguir grandes logros deportivos y a atenuar los sinsabores que

generan las derrotas.

Con la aprobación del preparador físico cambié mi táctica de entrenamiento. Las prácticas se harían en doble turno, y los jugadores almorzarían en el club; de esa manera podíamos controlar su dieta. Bobby ya no era el último de la fila cuando trotaba, sino que estaba entre los primeros del grupo, y tenía el mismo afán de sus compañeros en ponerse a punto física y mentalmente para la gran competencia.

XIII

Danna llegó a su departamento y subió las escaleras de mármol pausadamente. Tenía la vaga esperanza de que Bobby la estaría esperando a la salida de su trabajo, o que lo vería pasar junto al ventanal del bar, pero nada de eso sucedió. Después de saludar a su madre, fue a su habitación, y se recostó en su cama, vestida como estaba y con los zapatos puestos. Érika, que se imaginó lo que habría sucedido, prefirió callar y siguió preparando la cena.

Había transcurrido media hora de la llegada de Danna, cuando Bobby se paró frente al número 700 de la calle Defensa. Buscó el número de departamento en el portero eléctrico que encontró en la húmeda pared al

costado de la fachada, pero se dio cuenta de que no funcionaba. Con los brazos en la cintura, alzó los ojos buscando ayuda, pero no había nadie a quien preguntar. La salida de un adolescente le franqueó la puerta. Buscó un ascensor que no existía y, al igual que Danna, subió lentamente los dos pisos por la escalera.

A Érika la sorprendió el llamado, abrió la puerta y se encontró con un joven apuesto que la miró sonriendo, y no dudó un instante de quién se trataba. Bobby entró a la vivienda y observó que estaba todo muy ordenado, el mobiliario no era de calidad y contrastaba con un pequeño piano color caoba, que se apoyaba en una alfombra roja.

Al oír voces, Danna salió de su dormitorio. El corazón le dio un salto, no podía creer lo que estaba viendo. Tuvo ansias de correr y abrazar al muchacho, pero se contuvo y se limitó a escucharlo.

—Sé que es imprudente de mi parte molestar a la hora de la cena. Pero creeme que se me hizo tarde y no pude llegar al café antes de que salieras de tu trabajo —explicó Bobby.

Érika, que estaba observando la escena, trató de ocultar su alegría, e intervino para cortar el hielo entre ellos.

—Bien chicos, hablen todo lo que quieran, pero, por favor, no se peleen, los dejo solos para que arreglen sus diferencias —dijo, y se encaminó hacia la

cocina.

Bobby se acercó a Danna, mientras ella lo observaba inmóvil.

—Hoy por la mañana volví a los entrenamientos en el Atlas United, y esta vez va en serio. Sé que me equivoqué al tomar una decisión apresurada, y lo admito. Abrí los ojos por primera vez en la vida y te vi, los volví a cerrar y también te vi. Te amo Danna, te juro que te amo —le confesó, conmovido.

—¿Por qué tardaste tanto en venir? —contestó ella, con lágrimas en los ojos, abrazándolo.

Érika, desde la cocina, no quería escuchar, pero escuchó, y no tuvo la menor duda de que Bobby hablaba con sinceridad, y eso la emocionó. Luego se dirigió a la sala llevando una fuente con comida.

—La comida se enfría y la mesa está servida, solamente falta un plato —señaló.

—Yo no sé si puedo —dijo ruborizado.

—Vos sos nuestro invitado —dijo Danna, riendo.

Cenaron muy juntos, tomados de la mano. Bobby se sintió feliz esa noche y cómodo en esa cálida casa. También Érika fue feliz al observarlos con los ojos radiantes y llenos de amor.

Un suave y largo beso fue la despedida en esa noche fantástica. Bobby se durmió recordando su melodía preferida, que Danna le tocó en su piano.

Ella soñó con una pequeña casa blanca en un verde valle y rodeada de cientos de rosas. Vio a Bobby cortar una flor, hacer una exagerada reverencia, para luego levantarla y hacerla girar mil veces; pero, súbitamente, una nube blanca cubrió la casa y el jardín de rosas. Cuando la nubosidad se disipó, Bobby ya no estaba, la casa ya no era blanca y las rosas se habían marchitado.

XIV

Los días pasaron y también las semanas. Ya era una realidad que Bobby sería uno de los grandes animadores del campeonato. En los últimos días de entrenamiento, los simpatizantes del Atlas United concurren masivamente a ver a su equipo y en especial a Bobby. Periodistas de distintos medios comenzaron a hablar de él. Lo acosaban permanentemente para hacerle entrevistas, pero él los rechazaba, no le interesaban los reportajes y menos la fama. Solamente le interesaba cumplir a fondo todo lo que le exigíamos para ponerlo en buen estado físico. Los fanáticos empezaron a hablar de su nuevo ídolo. Todavía no se había iniciado el campeonato y ya se tejían versiones: “Es tan bueno que, seguramente, después de un par de partidos en primera, lo venden al extranjero. Da la sensación de que la pelota la tiene atada a los pies, porque no la pierde nunca”, dijo, eufórico, un hincha del Atlas United a un medio de prensa. Los amistosos que disputamos para poner a punto al equipo

tuvieron tanta prensa y concurrencia de público como los partidos oficiales de campeonato. La figura de Bobby siguió agigantándose cada día, a tal extremo que las últimas prácticas las hicimos a puertas cerradas, por el acoso permanente de los hinchas y de los medios de prensa.

Una tarde, en el club, conocí a Danna, me impresionó su belleza, pero más su humildad. También la conoció Estefanía, y tuvo la misma impresión.

—Por lo que observo, me doy cuenta de que no sos libre ni en la cancha ni en lo personal —recuerdo que le dije a Bobby, mirando a Danna.

—Prefiero estas cadenas que toda la libertad junta —respondió Bobby, mientras abrazaba y besaba a Danna.

—Las buenas palabras dichas con mucho criterio enorgullecen a cualquier mujer —le señalo Estefanía.

—Gracias —dijo él con una sonrisa.

—A usted, señor, —dijo Danna dirigiéndose a mí— le debemos parte de estas cadenas, más aún, creo que forman parte de nuestro destino.

—No es tan así, pero, por favor, llamame Alberto.

Ella asintió.

—Para sellar esta amistad, nada mejor que una buena cena. ¿Me aceptan la invitación? —sugerí ceremonioso.

—Me parece estupenda tu propuesta, pero veamos qué dicen los chicos

—se apresuró a decir Estefanía.

Danna y Bobby se miraron y aprobaron la invitación—. Seguramente, hoy podré comer a gusto; el director técnico no va a llamarme la atención — comentó sonriendo.

—Moderado, Bobby, nosotros tres podremos repetir —dije seriamente, medio en broma, medio en serio.

Recuerdo con mucha nostalgia esa noche. Estefanía y Danna se hicieron buenas amigas, y planearon ver juntas los partidos que jugaría el Atlas United. En algún momento los observé, y me sentí muy feliz. Nunca borraré de mi mente la alegría de los chicos, jamás olvidaré la sonrisa pura de Danna, las bromas de Bobby y los alegres ojos negros y radiantes de mi Estefanía.

XV

Bobby regresó tarde a su casa y le extrañó encontrar luz en la sala de estar, pero más extraño le resultó encontrar a su padre sentado en un sillón, fumando un puro y hojeando un libro. No dudó un instante de que era a él a quien estaba esperando. “En qué lío me habré metido”, pensó y, acelerando el paso rumbo a su cuarto, le dijo al pasar:

—Hola, papá, por lo que veo, no tenés sueño. Hasta mañana.

—Sí que lo tengo, pero necesitaba hablar con con vos —contestó su padre, con un bostezo.

Bobby se dejó caer en un sillón y dijo resignado.

—Si me vas a sermonear, te pido que seas breve, yo también me estoy muriendo de sueño.

—Te equivocás si creés que estoy aquí para darte un sermón. Solamente creí necesario que supieras lo que estoy pensando estos días sobre vos —dijo su padre, cerrando el libro y parándose—. Constanza me contó todo lo relacionado con tu nuevo capricho, el fútbol. Sabés muy bien que no es de mi agrado ese deporte, y menos si es mi propio hijo el que está metido en una cancha. Siempre tuve la esperanza de tenerte junto a mí para administrar nuestros bienes. La industria del acero creciendo en todo mundo y, por suerte, estamos exportando muy bien a los países de Medio Oriente. Nuestra empresa está en alza y mi ilusión era que vos asumieras la presidencia cuando yo me retirara; pero, seguramente, ese sueño no se hará realidad. También quise que terminaras una carrera universitaria, pero veo que tampoco eso es posible por ahora.

—Ya habrá tiempo para todo, soy demasiado joven para pensar en tamaña responsabilidad.

—¿Estudiar es mucha responsabilidad para vos? —le reprochó el padre, abriendo bien los ojos.

—No, me refería a la empresa —dijo tratando de evadir el tema del estudio—. ¿Algo más?

—Tu hermana me comentó también que estás saliendo con una hermosa joven, pero que no es de nuestra posición social.

Bobby le clavó los ojos—. No, no lo es ¿Acaso es tan importante esa condición social para vos?

—Depende del punto de vista que se mire —le observó.

Bobby simuló un gesto de fastidio—. Además, creo tener la edad suficiente para responder por mis actos.

—Por supuesto, pero no se trata de eso, sino que simplemente muchas veces no es precisamente amor lo que buscan esas jóvenes: les interesa más el dinero.

—Danna no es esa clase de chica. Yo la fui a buscar y te puedo asegurar que valió la pena encontrarla.

El padre frunció el entrecejo.

—¿Qué, no me creés? —dijo a disgusto Bobby.

—Si es verdad, me alegro por vos —dijo en un tono irónico, pero después levantó la mano—. Perdón, no quise burlarme de tus sentimientos.

Bobby se encogió de hombros—. Tendrías que conocerla para juzgarla, ella es una chica de origen humilde que se enamoró de mí, no de nuestro dinero.

—Me alegraría mucho que si así fuera, como en el caso de tu madre. Ella era de una familia de clase media, pero eso a mis padres no les alcanzaba. Luché contra todos los obstáculos que me pusieron en el camino para que la dejara de ver. “Cambiá tus pensamientos, hijo, y cambiarás tu mundo”, me dijo mi madre. Me enfrenté a ellos, y cuando la conocieron cambiaron abruptamente de parecer y la aceptaron. Sabés muy bien cuánto amaba a tu madre y lo felices que fuimos. Ella dejó un gran vacío el día que murió y una gran soledad en mi corazón. —Su voz sonaba casi triste.

A Bobby se le nublaron los ojos y creyó que se iba a quebrar, trató de salir del tema—. Dicen que juego bien al fútbol, que voy a llegar a ser un *crack*, pero lo más importante es probarme a mí mismo y demostrar que puedo hacer algo bueno por mí.

Julián observó el rostro de su hijo y no tuvo la menor duda de que ahora hablaba con sinceridad. Lo vio como siempre lo quiso ver y, dejando de lado todo su orgullo, todo su carácter de hombre fuerte, lo abrazó como cuando era un niño. Bobby sintió ese afecto y se estremeció.

—Gracias, hijo, ¡y que Dios te ilumine! Y no pelees con tu hermana por lo que me confesó, sabés muy bien lo mucho que te quiere y siempre desea lo

mejor para vos —concluyó su padre, alejándose.

—Sí, ya lo creo que me quiere —le dijo, y por lo bajo murmuró—, más de lo que tu mente puede imaginar.

A la mañana siguiente, ofuscado por su actitud desleal, increpó a su hermana:

—Ya que le fuiste con el cuento a papá, por lo menos me hubieses avisado que me iba a estar esperando —le espetó.

Constanza se encogió ligeramente de hombros—. Me estás juzgando mal, no hice nada para perjudicarte, solamente me adelante a los hechos. Sabés bien que papá siempre se entera de todo, y más si se trata de nosotros.

—¿Seguro que sabe todo? —dijo él, arqueando una ceja.

—Bueno, casi todo —dijo ella, con incomodidad.

—Dejalo ahí. Yo había resuelto hablar con él y contarle todo lo que últimamente me está sucediendo, pero a mi manera —le recriminó.

—Te dolió que papá haya hecho un comentario sobre tu nueva conquista —preguntó Constanza, con cierto tono de ironía.

—Sabés muy bien que me molestó porque Danna no es la persona que se vende por dinero, es un ser maravilloso que tuve la suerte de conocer.

—Me alegro por vos, hermanito. En verdad es muy bonita y, si te interesa, te diré que no tengo celos de ella, porque sé cómo va a terminar este romance —le confesó ella, levantando bruscamente la cabeza.

—Es mi problema y dejá de inmiscuirte en lo que no te corresponde —respondió él, levantando el tono de voz.

Constanza se mordió el labio inferior—. ¿Acaso ya no me querés más?

El suspiró—. Mi amor de hermano es más grande de lo que puedo expresar; lo sabés muy bien, pero hay amores que matan y vos parece que no los podés controlar. ¿En qué te querés convertir, en mi carcelero, en mi novia, o simplemente en mi amante? Creeme que hay veces que me asusto —le confesó.

—Lo que decís es bastante profundo, aunque probablemente estés equivocado —respondió ella, suavizando la voz.

—No lo es, y eso es lo preocupante —gritó él.

Bobby tenía la incómoda sensación que esa discusión iba a terminar con frases que él no quería escuchar. Por eso no discutió más y se alejó hacia la puerta, pero el sollozo de su hermana lo hizo detener.

Sus ojos, excesivamente verdes, llenos de lágrimas, lo hicieron cambiar de actitud. La abrazó como lo hace siempre, con ese amor de hermano que

nunca ocultó, y secándole las lágrimas con un dedo, señaló:

—No fue mi intención herirte, seguramente hay cosas que por el momento no podemos cambiar. Hagamos una tregua, ¡por favor! — imploró.

—¿Una tregua, qué clase tregua?

—En pocas horas tengo mi primer partido como profesional y deseo estar lo mejor posible, quizás en este encuentro me juegue más de lo que realmente creas.

Constanza se quedó sin saber qué responder, mientras le sostenía la mirada. Luego, más calmada y reflexiva, contestó:

—No voy a ser yo precisamente la que te vaya a perjudicar. Te prometo no tocar temas que te incomodan y apoyarte en todo lo que realmente necesites. Soy consciente de que mi amor hacia vos, muchas veces, ciega mi mente y no me deja ver la realidad.

Bobby sintió que hablaba con sinceridad, y se emocionó cuando, al despedirse, le deseó toda la suerte del mundo.

Hacía cuarenta y ocho horas que tenía al equipo concentrado. Sin bien la mayoría de los jugadores había militado en la primera división, los grandes también sienten el nerviosismo de los principiantes. A Bobby eso no le afectó, pasó gran parte del encierro jugando a la *Play Station*, o hablando por su celular. Se alegró cuando vio que su padre le había dejado un mensaje deseándole suerte, y también su hermana Constanza. Compartió la habitación con su compañero, el uruguayo Ruiz Moreno, que vivía pendiente de las aventuras que le contaba Bobby, cuando los viernes por la noche, realizaba grandes picadas por las calles de la ciudad junto a sus amigos.

En el sorteo de la primera fecha nos tocó uno de los equipos más grandes y de mayor convocatoria: el Deportivo América. El Atlas United no era precisamente, en esos momentos, el gran equipo. Si hacía un balance con la mente fría, llegaba a la conclusión que era un equipo para estar en la mitad de la tabla, no más. Pero tenía una carta bajo la manga: Bobby, y a él apostaba todo lo que tenía. Sé que un solo jugador no gana campeonatos, pero influye, da otra clase de motivaciones y con ese singular jugador me ilusioné.

El gran día llegó. El fútbol grande de los domingos. La pasión que hace que miles de simpatizantes recorran cientos de kilómetros para ver a su equipo favorito. En las adyacencias del estadio se jugaba otro partido: las parrillas humeantes, llenas de choripanes y hamburguesas, los vendedores ambulantes, que vendían camisetas, gorros y banderines. La policía montada y los carros de asalto controlaban la seguridad del espectáculo. Mientras, dentro del estadio, retumbaban los gritos de los tempraneros hinchas de ambas parcialidades.

Cuando bajamos de la concentración y nos dirigimos a los vestuarios, la cancha ya era un hervidero humano.

Para Danna fue emocionante el espectáculo que ofrecían las tribunas. Los cantos de la gente, su colorido y la ansiedad por ver a “su” Bobby en ese verde césped, la hacía saltar constantemente de su butaca, acompañando los cantos de la hinchada.

Después de la charla técnica, saludé a los jugadores, y les aconsejé:

—Jueguen como saben hacerlo, respeten al árbitro y no se dejen traicionar por los nervios.

Cuando Bobby pasó a mi lado, antes de entrar a la manga que comunica al campo de juego, me confesó:

—En qué lío me metí. Trataré de no defraudarte.

Asentí riendo, y lo despedí con una palmada.

Pantalón negro, camiseta y medias color naranja, con la marca de algunos *sponsors*: así vestía nuestro equipo. Más de medio estadio se inflamó de emoción, el Atlas United estaba en la cancha. Con los puños cerrados y los brazos al cielo, los jugadores saludaron en el círculo central.

Bobby miró las tribunas y le sorprendió el espectáculo. Buscó a Danna; le resultó imposible ubicarla, pero sabía que estaba allí, observándolo, y eso lo alegraba. Un mundo de reporteros se abalanzó sobre él, pero los fue eludiendo uno a uno. El canal de televisión que emitía el partido sugirió a los veintidós protagonistas formarse en hilera para su presentación oficial ante las cámaras. El reportero, micrófono en mano, empezó su recorrida nombrando a los jugadores; cuando estuvo frente a Bobby, preguntó con una leve sonrisa:

—¿Su nombre, por favor?

Bobby lo miró masticando un chicle, luego le espetó:

—¡¡Bobby!!

—¿Solamente Bobby? —replicó el periodista.

—Sí, ese es mi nombre —le respondió, haciendo un globo con la goma de mascar.

El periodista trató de disimular su fastidio y, cuando le iba a responder,

el juez del encuentro ordenó que toda persona ajena al espectáculo hiciera abandonar el campo de juego.

Bobby tenía el número dieciocho en la camiseta. Una explosión de miles de gargantas anunció que el partido había comenzado, pero Bobby se movió displicente, haciendo caso omiso a la gritería de las tribunas.

Encendí un cigarrillo, aunque estaba prohibido, y me senté en el banco de los suplentes. No les costó mucho a nuestros adversarios tomar la iniciativa del encuentro; eran jugadores de primer nivel, muchos de ellos de gran jerarquía internacional, y el comienzo del campeonato no era un problema para ellos. Américo Desalvo, nuestro joven arquero, tuvo que esforzarse para sacar el primer remate hacia el córner. Otro pelotazo dio en el travesaño, cuando nuestro arquero ya estaba vencido. En diez minutos de juego, el Atlas United no había conseguido pasar la mitad de la cancha. Nuestra hinchada se quedó en silencio, se veía venir el gol contrario, mientras que los gritos de la hinchada rival copaban el estadio. Nuestro arquero volvió a salvar nuevamente al Atlas con una atajada espectacular. Bobby deambulaba por la cancha sin haber podido entrar en juego. Hasta que, de pronto, paró una pelota que venía de un rechazo de nuestra defensa. La bajó con el pecho en la mitad de la cancha, amagó hacer el pase a un compañero; así se lo creyó su rival, que estiró la pierna derecha para impedirlo, pero Bobby corrió por la izquierda a toda velocidad, eludiendo a un segundo jugador adversario.

Enmudeció la tribuna visitante, y la nuestra se paró de sus butacas. Cuando le salió otro defensor con intenciones de pararlo, Bobby le pasó la pelota sobre la cabeza y, sin dejarla picar, sacó un pelotazo impresionante que se incrustó en el ángulo superior derecho del arco contrario. “¡Gool ¡Gool del Atlas United!”, gritaron eufóricos y delirantes miles de simpatizantes, mientras yo cerraba los ojos, como si pudiera grabar la escena del gol con el reverso de mis párpados.

Bobby levantó el brazo derecho y fue a abrazarse con sus compañeros. Recuerdo que pegué un salto tan grande que mi cabeza fue a dar en el techo de acrílico del banco de suplentes. Sabía que docenas de cámaras de televisión me estaban filmando y debía guardar medida, pero no pude evitarlo. Danna también saltó de su butaca y abrazó a Estefanía. La gente de la platea hablaba de la maravilla del nuevo jugador, mientras en la cancha los jugadores del Atlas United se tiraban sobre él.

Con el gol a favor, se tranquilizó nuestra defensa. La figura de Bobby se fue agigantando, y el Atlas United, por momentos, arrolló a ese adversario tan temido.

Un pase de treinta metros que recibió Besossi hizo que uno de los defensores rivales lo derribara en la puerta del área. Se formó un cerco de seis hombres, mientras el goleador se paró frente a la pelota. Y cuando el juez dio la orden, sin tomar carrera, le pegó suave al balón que pasó la barrera,

pero antes de llegar al arco, la pelota hizo una rara comba y se introdujo en el otro poste de la valla, dejó parado al arquero, ante el asombro y la desazón de los rivales, y la algarabía desmedida de los nuestros.

Si bien sabía que esto podía suceder, que él era diferente al resto de sus compañeros, que habíamos descubierto a un iluminado, que rara vez aparece en el fútbol mundial, también, me emocioné y grité ese gol, quizás, con más fuerzas que el primero.

En el entretiempo Bobby minimizó su actuación.

—Creo que jugué aceptablemente, el triunfo parcial es del equipo, todos pusimos en el momento en que se nos venía la noche —señaló con signos de agotamiento.

Traté de ser imparcial cuando di mi opinión sobre el funcionamiento del equipo: “Después del primer gol nos tranquilizamos y el mérito fue de todos”, subrayé.

El segundo tiempo fue un monólogo del Atlas United. El deportivo América, al ver que pasaban los minutos y no podía lograr el descuento, se desordenó. Otra gran jugada de Bobby, que dejó a cuatro rivales en el camino, hizo parar nuevamente a la platea. La gran jugada sirvió para que el “Tanque” Besossi concretara el tercer tanto que, a la postre, fue el definitivo.

Un centenar de reporteros corrieron en busca de la figura de la tarde.

Bobby se limitó únicamente a festejar el triunfo con sus compañeros, y cuando la tribuna local volvió corear su nombre, agachó la cabeza y levantó tímidamente el brazo derecho.

Permití solamente el acceso a camarines a la eufórica comisión directiva; afuera esperaba su turno un mundo de periodistas.

Después de ducharse, recuerdo que Bobby se me acercó, y me confesó:

—No me interesan las notas periodísticas, deseo estar con Danna. ¿Cómo diablos hago para encontrarla?

—No te preocupes, Estefanía se va a encargar de encontrarnos, pero por favor aceptá a la prensa, ellos tienen que cumplir con su trabajo, son unos minutos solamente —le aconsejé.

Bobby suspiró haciendo gestos, y luego contestó:

—De acuerdo, lo hago por vos; sabés muy bien que no me gusta que me acosen. Voy a hablar unos pocos minutos con el periodismo y después me iré con Danna.

—¿Qué le pareció el partido? —preguntó uno de los reporteros.

—Bueno —dijo Bobby con un suspiro.

—¿Hace mucho tiempo que juega profesionalmente? ¿De dónde viene?

No tenemos registro de que usted haya jugado en algún otro club

anteriormente.

Bobby no contestó y el periodista insistió.

—No he pasado por ningún otro club —contestó finalmente.

—¿Se da cuenta que se metió en el corazón de la hinchada y que todo el mundo deportivo hoy está hablando de usted?

Él se encogió ligeramente de hombros.

—¿Siempre le pega a la pelota con tanta justeza? —preguntaron ansiosos los reporteros.

Fue un bombardeo incesante de preguntas, del que Bobby logró salir indemne. Contestó las preguntas referidas al fútbol, pero no dio detalles de su vida personal; cuando alguien insistió en el tema, se levantó de su asiento y dio por terminada la conferencia de prensa.

Cuando llegamos a la confitería del club, rodeados de eufóricos simpatizantes, nos encontramos con Estefanía y Danna, que corrieron a nuestro encuentro. Nos abrazamos como colegiales a punto de terminar el ciclo anual, Danna no dejó de besar a Bobby y, con lágrimas, le confesó:

—Estaba segura de que ibas a triunfar, mi amor. Lo sabía.

Él le acarició el rostro—. Vos me ayudaste a no bajar los brazos, también es tu triunfo.

Al verlos tan enamorados, los contemplamos en silencio, mientras

Estefanía, sonriente, me apretaba con fuerza el brazo.

—No te imaginás los momentos felices que hemos vivido. Toda la gente hablaba de vos, coreaba tu nombre, me lo pasé llorando casi todo el partido. Desde la platea te veía tan hermoso que deseaba entrar a la cancha para abrazarte —le comentó Danna, emocionada.

—Estuviste sensacional, la hinchada estaba como enloquecida; y estamos hablando de la platea, no quiero ni pensar lo que habrá sido la popular —agregó Estefanía.

—Basta de halagos, a ver si todavía me la creo. ¿Mañana es mi día libre, verdad? —dijo, mirándome.

—Es todo tuyo, solamente te pido que te cuides. El próximo domingo tenemos un partido muy complicado en Rosario —le advertí.

—No te hagas problemas, Alberto, seré su sombra hasta el martes — señaló Danna, volviendo a abrazarlo.

Después de aceptar a regañadientes una corta entrevista con un programa deportivo, los chicos decidieron irse, la madre de Danna los estaba esperando. Bobby había rechazado esa tarde la invitación de un canal de televisión donde se iban a emitir algunos fragmentos del partido.

—No cambio una cálida cena por un frío estudio —me confesó cuando nos despedimos.

—Escuché muchos elogios para Bobby por la radio y la televisión, creo que nunca había gritado un gol en mi vida, pero hoy tiraba todo lo que tenía a mi alcance cuando venían los goles —comentó Érika apenas se encontraron.

—¡Quién lo diría! ¡Mi querida madre grita goles! —dijo Dana, con una sonrisa de oreja a oreja.

—No son goles que los hizo cualquiera, fue nada menos que mi futuro yerno.

—Gracias —dijo él, sonriendo—, el próximo gol se lo dedicó a usted.

—Te tomo la palabra. Pero ahora dejemos al gran héroe de la jornada en paz, hija, y disfrutemos de la cena —señaló Érika.

—Es cierto, estoy agotado, pero feliz. Hoy no fue un día común en mi vida y lo tengo que vivir como tal. Después de la cena veremos el partido por televisión. Seguramente me harán algunas críticas, por rechazar la invitación —manifestó, mientras dejó escapar un largo suspiro.

—Por lo que se vio esta tarde en el estadio del Atlas United, creo que estamos ante la presencia de un futuro *crack* en el fútbol Argentino —señaló el periodista en la apertura del programa.

—Si pensamos que este fue su primer partido oficial en primera división, tenemos la sensación de estar ante un talento que nuestro fútbol hace tiempo estaba esperando. Sin embargo, no me gustó su arrogancia y la poca

atención que les dio a los medios de prensa. Creo que el señor Achával Méndez o Bobby, como lo quieran llamar, va a tener que cambiar de actitud. La prensa está cumpliendo su trabajo, y lo tiene que entender —comentó otro periodista. Danna intercambió una mirada con su madre, y ambas hicieron un gesto de fastidio por los dichos de los cronistas.

Finalmente, la ciudad de Rosario pudo ver las maravillas del Atlas United en su segundo partido. Bobby no los defraudó y, muchos simpatizantes se acercaron al hotel donde estábamos concentrados para saludar al equipo, pero en especial al héroe del pasado domingo. El Atlas United siguió con su racha ganadora, Bobby convirtió los tres goles del partido y volvió a ser la figura de la cancha. Cuando restaban quince minutos para finalizar el encuentro, lo hice salir porque noté que las piernas ya no le respondían. Me emocioné cuando el público local, y en especial la platea, se paró para aplaudirlo a pesar de la derrota.

Los éxitos siguieron. Yo vivía un sueño del que no quería despertar. La figura de Bobby se acrecentaba y su fama cruzaba las fronteras, ya se hablaba de un pase millonario a un equipo europeo, al término del campeonato.

El Atlas United se fue recuperando financieramente gracias a que, cuando jugaba de local o de visitante, lograba que los hinchas colmaran los estadios. En menos de un mes, el club recibió cinco mil nuevos socios.

Cuando entre semanas viajábamos al interior del país a jugar algún amistoso, las entradas se agotaban un día antes. Daba la sensación de que Bobby no pertenecía al Atlas United, sino que era el ídolo de los argentinos, jugase donde jugase, y eso se sentía en todos los partidos en los que se presentaba.

XVIII

Un desgarro de tres milímetros en la pierna derecha alejó a Bobby de las canchas por tres semanas. Este accidente, común entre los futbolistas, le impuso un merecido descanso, y a mí, un gran dolor de cabeza.

Constanza lo despertó con un beso. Recién salido del sueño y apoyado contra la almohada, Bobby bostezó.

—Hola, hermana cruel, tengo sueño atrasado pero, en fin, veo que no podré seguir durmiendo.

Constanza se sentó a su lado y comentó sonriendo:

—Vale la pena que te haya despertado, tengo muy buenas noticias para vos.

Arrugó la frente ligeramente—. ¿Papá me regaló una chequera en blanco?

—Conociéndolo a papá, es más que una chequera en blanco: lo descubrí

viendo por televisión el último partido que jugaste, acompañado por Domínguez. Lo vi muy emocionado cuando comentaba tus jugadas, y ni te cuento cuando te ovacionaban. Además, se suscribió a todas las revistas deportivas. Se las descubrí en su habitación.

Bobby enarcó una ceja y no supo qué contestar.

—¡Es verdad! —insistió ella.

—Bueno, por lo que me contás, se me agregaron dos hinchas más.

—¿Cómo dos hinchas más? ¿A mí no me contás?

—¡Uy, se pudrió todo! —dijo él, entre dientes.

—No me pierdo un partido del Atlas United. Las paredes de mi habitación están llenas de recortes de diarios y revistas con tu imagen. Grito tus goles y, además, estoy conociendo las reglas de juego, aunque me pongo muy nerviosa cuando te pegan. Eso sí, ustedes los jugadores son unos artistas, cuando caen al piso con gestos desgarradores de dolor da la impresión que hasta el hospital no paran, pero al minuto se levantan como si no hubiese pasado nada.

—No creas, a veces duelen las patadas de los rivales. Lo que sucede es que algunos jugadores lo hacen más dramático para sacar alguna ventaja en el juego, pero en la mayoría de las faltas, los jueces no se comen el anzuelo. Bueno, por unos días no quiero hablar de fútbol ¿Qué más tenés para decirme?

—quiso saber, dando un nuevo bostezo.

—¡Que papá quiere conocer a Danna! —respondió Constanza, con cierto gesto de fastidio.

—Dijiste que no la celarías, además, hicimos una tregua, ¿verdad? —le aclaró, señalándola con el dedo.

Constanza se mordió el labio inferior—. Bueno, sí, ese fue el trato —dijo después de una pausa.

—Ah, me alegro que lo reconozcas —dijo él, tratando de disimular su duda.

—Te veo feliz y eso es lo más importante, más allá de lo que yo sienta.

—Lo sé —le contestó él tomándola de la mano, mientras ella se la apretó y le devolvió una tenue sonrisa.

Bobby retiró la mano y trató de salir del tema, que no le agradaba para nada, y fingiendo sorpresa preguntó:

—No puedo creer que papá quiera conocer a Danna, si apenas le hablé de ella.

—En algún momento me preguntó por tu relación con Danna, aunque yo creo que lo sabía, y realmente se sorprendió por el tiempo que llevan juntos. También le dije que es muy hermosa y toca muy bien el piano.

—¿Seguro que no estoy soñando? —dijo él, restregándole los ojos.

—No lo estás. Dije la verdad sobre ella y creo que eso es lo que corresponde —y, cambiando abruptamente de tema, agregó rápidamente:

—En una revista de modas hablan de tu figura. Dice la nota que, de no ser deportista, podrías ser modelo o galán de cine.

Bobby frunció el ceño y, después de un par de segundos, contestó:

—Estoy jugando en un club muy importante, donde se mueven millones de dólares y mucho *marketing*. Soy la figura y eso trasciende a otros medios. Hoy me ven rubio de ojos azules y con estatura de príncipe; mañana, cuando no les sirva, volveré a ser el de antes.

—La revista no exagera. Mis amigas mueren por vos, y no precisamente por que juegues al fútbol, y además, para mí sos un príncipe de verdad —respondió, acercándose.

—Y vos sos un sol, y ahora quiero dormir —contestó, dándose vuelta y tapándose con la almohada.

—Hace meses que no me decís que soy un sol y eso me pone muy feliz. —Y, dándole un beso en el cuello, le susurró—: ¿Cuándo vamos a ir a la pileta a jugar al subacuático?

Bobby se dio vuelta con expresión perpleja y, realmente sorprendido, agregó:

—¿No creés que estamos demasiado grandes para jugar al

subacuático?

Ella se encogió ligeramente de hombros y no le contestó. Bobby lanzó un suspiro y, cambiando el tono de voz, le señaló—: Si me dejás dormir, te prometo que en cualquier momento nos damos una zambullida.

—Te lo voy a recordar, y seguramente te seguiré ganando —le dijo loca de contenta, alejándose, mientras él la seguía con la mirada, sin comprender.

Se quedó dormido con las últimas palabras de su hermana. Luego, entre sueños, oyó extraños ruidos fuera de su alcoba que no lo inquietaron hasta que, de repente, la puerta de su habitación se abrió abruptamente. Sus amigos aparecieron frente a él.

—¡¡Aquí estamos!! Los amigos siempre vuelven —dijeron a coro, mientras se arrojaban sobre su humanidad.

Sacándoselos de encima, dijo con voz de resignación:

—Veo que hoy no voy a poder descansar en paz, pero me alegro volver a verlos.

—¿Descansar? ¿Quién habla de descansar? Solamente podemos verte por la tele, nos abandonaste y ahora nos recibís con mala cara —le reprochó Eduardo.

—Es la verdad. ¿Nos podés explicar qué es lo que te pasa? ¿O acaso ya

te olvidaste de nosotros? —preguntó Venus.

—Para nada —dijo él, después de una pausa—. Solamente tengo obligaciones.

—Está bien que te hayas tomado en serio lo del fútbol, pero da la sensación que nos borraste a todos, y eso para mí no está bien —agregó Malala, besándolo y sentándose en la cama.

Trató de alejarla con la mano—. Jamás voy a olvidar a mis amigos. Lo que sucede es que no tengo tiempo ni para ir a tomar un café. Créanme, esto es en serio, vivo cansado y concentrado.

—Ahora estás con nosotros y lo tenemos que festejar —dijo el gordo Quiki.

Bobby hizo muecas.

—Vamos a divertirnos un par de horas a un *pub*, y luego nos contás todas tus aventuras en el fútbol —sugirió la exuberante Venus.

—Están locos. Estoy lesionado y tengo que hacer la rehabilitación de la pierna. Además, no puedo abandonar la dieta —advirtió Bobby, muy seriamente.

—¿Nos estás cargando? ¿De qué dieta nos hablás? ¿Somos tus amigos o no? —contestó otro amigo.

—Sí, por supuesto —respondió lentamente.

—Hace siglos que no nos vemos, ¿qué te puede suceder si salís a divertirte un poco con nosotros? Todos los chicos te extrañan. Sabés muy bien que sos nuestro líder, y nos cuesta acostumbrarnos a tu ausencia —le recriminó Eduardo.

—No nos plantes, es solamente una salida, y te perdonamos la deuda de diez mil dólares de la apuesta —le propuso Polo, extendiéndole la mano.

Bobby los observó en silencio y tardó en contestar; sus amigos esperaban una respuesta en silencio. Hasta que, de repente, una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en el rostro de Bobby—. ¿Y por qué no? Después de todo son mis amigos, y una salida no me vendría mal, diría más, me despejaría. Hace siglos que no bebo una gota de alcohol, me muero por un Cuba Libre, por una cerveza helada —exclamó eufórico, levantando las manos sobre la cabeza, ante los gritos de júbilo de sus amigos.

Mucho champán, mucha cerveza y algo más. Hasta ahí, nada fuera de lo común para la noche porteña, pero después todo se desmadró. Cuando un cronista del espectáculo lo reconoció, pintarrajeado, con un pañuelo sobre la cabeza y bailado con dos hermosas jóvenes arriba de una mesa, no lo podía creer. Sin que Bobby se diera cuenta, se dio el gran gusto de fotografiarlo tantas veces quiso. “Me consagro”, musitó, “mañana mis fotos recorrerán la Argentina y el mundo entero, mostrando al gran ídolo argentino, un día de semana, a las cinco de la mañana, ebrio hasta la punta de los pies y rodeado

de alegres amigos no muy recomendables”.

XIX

Cuando Bobby despertó, el día ya brillaba en las ventanas. Miró el reloj y se metió presuroso en la bañera. En plena ducha, pensó que le quedaría tiempo para ir a visitar a Danna y luego ir al club a terminar con su recuperación.

“Dos docenas de claveles y un beso al piojo” —como la llamaba cariñosamente— “me van a dar fuerzas para empezar con los ejercicios del día”, se dijo, mientras manejaba su auto *súper sport*.

Entró sonriendo al negocio y extendió las flores a Danna, quien las recibió con una alegre sonrisa. Bobby intentó abrazarla pero, ante su asombro, la muchacha le arrojó el ramo por cabeza.

Bobby abrió bien los ojos como platos, y se quedó sin saber qué responder. Danna volvió detrás el mostrador, recogió un diario y se lo puso ante sus ojos.

—Sos un caradura —dijo ella, alzando la voz.

—¿Por qué? —quiso saber Bobby, totalmente sorprendido.

—Con mucha bronca e impotencia tuve que leer en el diario de la mañana la crónica de tu fiesta desenfundada con tus queridos amigos. Y ahora, para completarla, venís a traerme flores, seguramente, para convencerme de tu fidelidad ¿Creés que soy una idiota? —le espetó, mientras intentaba reprimir la ira que la embargaba.

Bobby tomó el diario y se vio en primera plana, arriba de una mesa, con Malala y Venus, bajo un título más que suspicaz: “Al ídolo se le dio por festejar por adelantado el campeonato con dos monísimas jovencitas”.

Hundió la cabeza entre las manos y dijo desconsolado:

— No lo puedo creer... Estos malditos periodistas me esgracharon —negó con la cabeza—. No es verdad lo que dice este diario, solamente fui a tomar una copa con mis amigos.

—Sí, te creo —dijo irónica—. Y después te llevaron por la fuerza arriba de una mesa, te pintarrajearon, te pusieron una cinta en tu hueca cabeza y te obligaron a bailar con tus amigas. Estúpida de mí. Te creía en tu casa, recuperándote de la lesión. ¡Sos un farsante! Llevate esos claveles, que me están ensuciando el piso —le ordenó. Luego, se dio vuelta en forma brusca y desapareció en la trastienda.

—Oh —exclamó él, en forma de disculpa—. Lo siento mucho. No sabía...

—¡Andate! —le gritó ella.

Bobby se sentó en una silla, tomó el diario, lo volvió a hojear y lo rompió en mil pedazos; luego, con desgano, recogió las flores y las dejó en una pequeña repisa.

Ya en su automóvil, rumbo al estadio, vociferó toda su bronca.

—Cómo no me di cuenta que me podían cazar los periodistas. ¡Maldición! ¿Con qué armas me defiendo? Seguramente Alberto me debe estar esperando con los brazos cruzados acompañado por la dirigencia a pleno. ¿Si me borro y me voy a Punta del Este hasta que pase la tormenta? No es mala idea. ¿Pero no sería cavarme mi propia tumba? Sonrió y pensó en Danna—. ¡Qué hermosa se la ve enojada! ¿Y ahora cómo arreglo este escándalo?

Entró al estadio sin detenerse, palpitando que un enjambre de periodistas lo estaría aguardando; y no se equivocó. Paró el automóvil lejos del alcance de la prensa y me llamó por su celular.

No estaba de buen humor esa mañana. Toda la prensa me buscó, preguntaban por él, y querían saber sobre su escandalosa aparición en la noche porteña. Solamente me limité a dirigir la práctica. Recuerdo que no lo traté bien cuando hablamos. Le sugerí que entrara por una puerta lateral del estadio, para eludir a los reporteros.

Lo encontré en los vestuarios, tomándose la cabeza. Hice un gran esfuerzo para no reír, porque tenía que mantenerme firme, la disciplina del plantel era lo esencial y no tenía que haber privilegios por más ídolo que fuese.

Me contó su verdad y que nunca tuvo intenciones de pasarse de la raya.

—Sólo quise tomar una copa con mis amigos, y después todo se me fue de las manos, nunca pensé que iba ser tapa de los diarios. Si tenés que tomar una medida, no lo dudes, soy uno más del plantel —me dijo, con un tono de culpa en su voz.

—Hablaré con el presidente. Todavía te quedan varios días de recuperación. Hoy te vas, y por favor no salgas de tu casa. A la noche nos vemos. Me olvidaba, llamó Estefanía, habló con Danna.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dijo? —quiso saber, abriendo bien los ojos.

—Tu enamorada esta furiosa, te quiere matar —comenté, simulando preocupación.

—Me tiró por la cabeza los claveles que inocentemente le compré. Me sorprendió su actitud, más allá de la gran metida de pata que me mandé — señaló, esperando un consejo de mi parte.

Un coro de carcajadas se me adelantó. Sus compañeros alcanzaron a escuchar sus últimas palabras y las convirtieron en cantos de tribuna. Bobby

se dio vuelta para descargar su bronca, pero sólo les hizo un gesto grosero con el dedo mayor, ahorrándose así sus habituales palabrotas.

XX

—Quizás no sabés que el corazón tiene razones que la razón no entiende, no lo estoy defendiendo, lo estoy comprendiendo —dijo Érika a su hija.

—¿Comprendiendo? ¿Cómo lo podés comprender, mamá, cuando le brindé todo mi amor, toda mi confianza, y por su culpa paso a ser ahora el hazmerreír de todo el barrio? Saben que Bobby es mi novio, ¿no? Doña Lola y compañía se encargaron de hacérmelo saber con un diario en la mano, y el caradura aparece a media mañana, sonriendo y con un ramo de claveles —le replicó Danna roja de ira.

Érika sonrió y acariciándola, respondió:

—Bobby no se quiso burlar de tus sentimientos, ni tampoco quiso figurar en ningún medio de prensa. Él fue a su mundo porque su pasado todavía está ahí, seguramente, muchas veces sentirá deseos enormes de volver, pero el gran amor que siente por vos lo retiene. Creeme, hija, esa es la verdad.

—Será su verdad, mamá, pero la realidad no dice lo mismo. Me dio mucha bronca cuando lo vi en las fotos abrazado a las supuestas amigas. Sentí

que se estaba burlando de mí —dijo después de una pausa—. Cuando pienso en él, en su voz, en sus ojos y la magnífica fuerza de su personalidad, no quiero otra cosa que estar con él. Pero me engañó, y... —Un sollozo interrumpió sus palabras, se dejó caer en la cama, y le dio la espalda a su madre.

XXI

Cuando llegamos esa noche a la casa de Danna, él no se atrevió a abrir la boca, esperó que ella hablara, pero Danna, también en silencio y a punto de llorar, le clavó sus ojos azules. Él se le acercó y le rodeó la cintura con el brazo, fue entonces cuando ella lo abrazó.

Estefanía y yo invitamos a Érika a dar un corto paseo en automóvil; ella accedió, pensando, como nosotros, que los chicos necesitaban estar solos.

Bobby le explicó a Danna que los claveles que le llevó por la mañana no fueron para que lo perdonara—. Para nada quise tapar lo que inconscientemente había hecho la noche anterior —se sinceró.

—La bronca ya se me fue, pero a veces pienso en tu posición social, en tu familia, en tu fama, en todo lo que te rodea, y creeme que por momentos me siento tan pequeña a tu lado que quisiera desaparecer —le confesó.

—¿Qué estás diciendo? No podés sentirte pequeña a mi lado, me guiaste con tu amor, me agigantaste en una cancha de fútbol, me enseñaste a valorizar la verdadera amistad. Sin vos no sería nada, seguiría en la oscuridad. Mi madre era de origen humilde. Mi padre la amaba y luchó por su amor contra los prejuicios de mis abuelos y de toda una sociedad. Estuvo a punto de perderlo todo, hasta que el amor triunfó —señaló conmovido.

Hubo un largo y profundo silencio, hasta que, de repente, la sonrisa volvió al rostro de ella, y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Perdoname, soy una tonta, sabés lo mucho que te amo, pero hay momentos en los que por mi mente pasan pensamientos que no me gustaría tener, soy tan feliz a tu lado que no quiero despertar de este hermoso sueño que Dios me dio.

—No despertemos, piojo, nadie nos puede quitar este sueño que juntos construimos. Nada nos separará jamás, sos demasiado fuerte para que eso suceda —respondió él, mientras la besaba apasionadamente. Ella se dejó llevar por esos besos ardientes y, sin pensarlo, se recostó en el sofá. Bobby la volvió a besar, mientras le levantaba el vestido y la empezaba a acariciar, pero Danna cambió de actitud y, separándolo con la mano, suplicó:

—No, mi amor, por favor, ahora no, no lo hagas.

—¿Por qué, no? ¿Acaso tenés miedo? —le inquirió.

—No, por supuesto que no —dijo después de una pausa—. Solamente que no estoy preparada, porque nunca tuve esta clase de relación. Pero me muero por estar contigo.

—Siempre hay una primera vez, pero no te voy a forzar a hacer algo que no querés.

—Todo tiene su momento, y el nuestro, seguramente, pronto llegará, pero no ahora —le respondió, alisando su vestido mientras se incorporaba.

Bobby se sentó en el sofá y hundió las manos en el rostro.

—¿Estás enojado? —preguntó ella, con un dejo de culpa en la voz.

—No, para nada.

—¿Importa mucho no hacerlo? —dijo ella con total ingenuidad.

Bobby la miró sorprendido, luego, riendo, contestó:

—Depende del momento.

—Soy una tonta, ¿verdad?

—Sos un ser maravilloso, y te quiero más que ayer —dijo él, tomándole la mano.

—No fue normal mi actitud, pero quiero que sepas lo mucho que te amo, y que seré solo para vos.

—Lo sé. Yo también te amo más de lo que te podés imaginar —le dijo,

mientras besaba sus ojos claros, brillosos y profundos.

XXII

Sugerí a la comisión directiva que dejara pasar por alto el episodio del *pub* unos días, hasta que la prensa enfriara el tema. Nos favoreció que Bobby estaba lesionado y, además, le prometí al presidente que Bobby no volvería incurrir en actos de indisciplina que perjudicaran a la institución y a su propia carrera profesional. El caso quedó cerrado.

El sábado que Bobby nos invitó a su residencia para la presentación de Danna, el presidente del club me informó que había recibido un correo electrónico de Europa, en el que se invitaba al equipo a jugar varios partidos en el viejo continente. Nos pagarían una suma nada despreciable, pero con la condición que esté presente la máxima figura de plantel. Bobby estaría físicamente bien para esa fecha, ya que la próxima semana se habría recuperado de su desgarró y se integraría a los entrenamientos. De concretarse la mini gira, tendríamos que dejar un equipo de emergencia para el campeonato local, pero solamente por dos partidos.

Ese sábado me sentí realmente feliz. El Atlas United iba primero en la liga y, además, tenía el mejor jugador del campeonato. Los medios deportivos señalaban a Bobby como el jugador que se convertiría en el ídolo de todos los

tiempos. La noticia de nuestro posible viaje llegó rápidamente a los medios de prensa. “A Bobby le faltan partidos internacionales, y en Europa está su oportunidad para mostrarse y consagrarse definitivamente”, informaron esa noche diversas cadenas deportivas.

Cuando llegué a la residencia de los Achával Méndez, dudé en entrar. ¡Cuántas luces, cuánta riqueza, cuánta servidumbre a disposición de los invitados! De inmediato comprendí algunas actitudes anteriores de Bobby. Estefanía y yo fuimos unos de los pocos invitados personales, esa distinción nos halagó y nos demostró que nos apreciaba, quizás, más de lo que realmente imaginábamos.

Bobby se bajó del coche e hizo un rodeo para abrirle la puerta y tenderle la mano a Danna. A la muchacha le temblaban las piernas cuando bajó del automóvil, acompañada por su madre. Pensó que no era lo mismo ir a tocar el piano a una residencia cuando la mayoría de los presentes ni le prestaban atención, que llegar como prometida del hijo de uno de los más acaudalados empresarios de la Argentina.

Recuerdo que lucía un vestido de seda turquesa, con una capa negra, que resaltaba aún más sus claros ojos azules; Bobby, que vestía ropa informal, la tomó de la cintura y la guió hacia al gran salón donde los esperaban su padre y los demás invitados. A su lado estaba una joven, no dudé que se trataba de

Constanza, quien se alzaba en toda su estatura, como solo las mujeres ricas lo saben hacer. Su rostro era perfecto, como los que pocas mujeres suelen tener, excepto en las fotografías retocadas de una revista de modas. Confieso que su belleza me impresionó. Era el tipo de mujer que lograba lo que quería y cuando quería. Danna le había revelado a Estefanía que la hermana de Bobby era muy bonita y también arrogante, y que rara vez se separaba de su hermano.

—Papá, ella es Danna, la chica que amo, y que supo cambiar gran parte de mi vida —le señaló Bobby.

Julián tardó en contestar. La observó unos segundos que parecieron siglos. Luego, por fin, habló:

—Sos muy hermosa, Danna, y si tu hermosura iguala tu bondad y amor hacia mi hijo, serás la mujer que siempre deseé para él —le dijo, tomándola de las manos.

—Gracias, señor. Me siento muy halagada por sus palabras, quizás un poco nerviosa, pero muy feliz de estar aquí.

Constanza le clavó sus ojos verdes, fueron apenas un par de segundos. Pero al final, la abrazó.

—Bienvenida a casa —le dijo con una sonrisa fingida. Bobby observó la escena y suspiró.

—Papá, te presento a Érika, la mamá de Danna, la mujer más hermosa de todo el barrio de San Telmo —se adelantó a decir.

—Bueno —dijo después de una pausa—. Creo que no exagerás para nada, hijo.

Érika, ruborizada, saludó a Julián y a Constanza, tratando de minimizar los cumplidos que Bobby le había dispensado.

—No exageró mi hijo. Danna es su fiel retrato, la felicito y me da mucho gusto que haya venido —le respondió Julián. Después de un par de minutos, Bobby nos presentó a Estefanía y a mí.

—Mi hijo me habló de usted, señor Nievas, realmente lo estima mucho. Pero quizás se desilusione de mí. Yo, de fútbol, entiendo muy poco; en mi familia jamás se respiró fútbol, pero mi chofer es un fanático y me contó algunas cosas, como por ejemplo que usted ha sido un muy buen jugador y que fue transferido muy joven a Europa.

—Así es, señor Achával. En el viejo continente tuve suerte, diría que más suerte que en la Argentina, futbolísticamente hablando. Adquirí la experiencia que volqué luego en la dirección técnica de los planteles profesionales. El Atlas United me dio la posibilidad de volver a la Argentina y descubrir a su hijo, y créame que va camino a ser uno de los jugadores mejor dotados técnicamente de la historia —le señalé.

—Bueno —dijo con una expresión que denotaba satisfacción—, me halaga que hable bien de mi hijo. De vez en cuando miro algún partido por televisión; la verdad es que me estoy entusiasmando, y más cuando juega Bobby.

Bobby frunció el ceño e intercambió una mirada con Constanza, ésta sonrió y, siguiendo el hilo de la conversación, pensó: “¡Viejo mentiroso! Está pegado a la televisión cada vez que emiten programas deportivos, y sobre todo si el programa está dedicado al Atlas United”.

Después del brindis, Bobby nos invitó a dar un paseo por el extenso e iluminado jardín de la residencia, en cuyo centro había una fuente que derramaba chorros de agua cristalina, al son de una delicada melodía. Aproveché el momento para comunicarle la noticia del próximo viaje del equipo a Europa. Danna miró a Bobby y simuló un gesto de fastidio que Estefanía advirtió.

—Sé perfectamente lo que estás sintiendo. Yo lo experimenté muchas veces con Alberto, pero tenés que comprender que se deben a su profesión, y que Bobby seguramente va ser reconocido mundialmente como el gran jugador que es.

—Bueno, sí —asintió Danna, no muy convencida—. Con tal de que no lo vea en algún noticiero de Europa subido a una mesa y bailando con exuberantes chicas.

Sus palabras nos hicieron sonreír, mientras Bobby simuló no escucharla y llamó a un mozo que pasaba cerca con una bandeja llena de masas y de bebidas.

—Dos semanas pasan pronto. Además, yo cuidaré de Bobby —me apresuré a decir, medio en broma, medio en serio.

—¿Y a vos, quién te va a cuidar? —espetó Estefanía, clavándome los ojos.

—Bueno, se supone que soy una persona seria, responsable y, además, soy el director técnico —respondí muy convencido.

El diálogo con Estefanía hizo distender a los chicos. Los dejamos solos. La noche estrellada, las flores, las luces de colores que rodeaban el gran jardín y la tenue música que acompañaba a los racimos de agua que se precipitaban sobre la fuente, eran propicios para enamorados. Entonces Bobby besó en los labios a Danna y ella lo abrazó.

—¿Te casarías conmigo cuando regrese? —propuso él. Danna abrió bien los ojos.

—¿Hablás en serio? Decime que no es una broma.

—No lo es. Los jugadores de fútbol se casan muy jóvenes, quizás por las interminables concentraciones o, tal vez, porque esperan que los contraten en el exterior, y yo no quiero ser la excepción.

—Es maravilloso lo que me estás proponiendo, no sé cómo me contengo para no salir corriendo y gritarle al mundo lo feliz que soy —le contestó, abrazándolo nuevamente.

Bobby no estaba aún en condiciones de reaparecer. Sin el jugador estrella, el rendimiento del equipo había disminuido notablemente, y eso se notó también en las bajas recaudaciones. Bobby vio el partido desde la platea, junto a Danna y Estefanía, acosado permanentemente por simpatizantes que le pedían autógrafos. Hasta que, de repente, un grupo de chicas se abalanzó para abrazarlo y besarlo. Danna intentó defender a su novio, pero Estefanía la tomó de un brazo y le hizo comprender que esa situación era normal cuando una figura de la talla de Bobby se exponía al público.

Danna no le contestó, se sentó bruscamente en su butaca, miró el partido y comenzó a hacer muecas. Luego hundió su gorro hasta los ojos, ante la mirada comprensiva y sonriente de su amiga.

XXIII

Bobby llegó tarde esa noche a su casa. Cuando observó luz en la

biblioteca, pensó en su padre, pero luego recordó que estaba en el exterior por viajes de negocios; seguramente estaría Constanza, y decidió ir a saludarla.

—Hola, hermanito —le dijo, con una cálida sonrisa, y cerró su libro. Luego se sacó los lentes y se paró, vestía una corta bata de seda azul, que apenas cubría su desnudez, estaba descalza, y el cabello le caía largo y desordenado por la espalda. Bobby nunca reparó en la vestimenta de su hermana, pero esta vez lo inquietó.

—¿Te sorprende mi *look*? —dijo ella, poniéndose al descubierto.

—Para nada, solamente que para otros ojos sería infartante.

—Y para vos, no, ¿verdad?

—Eres un sol, y a pesar de tu hermoso cuerpo, solamente te veo como mi hermana, porque así debe ser —le contestó, mientras la besaba en la frente.

—Olvidá por un momento que soy tu hermana. —Lo abrazó y lo besó en la boca. Sorprendido, Bobby abrió bien los ojos, pero no pudo resistir en su pecho esos senos, casi desnudos y turgentes, y le respondió el beso, tan ardiente como el de ella.

Cuando reaccionó, inspiró hondo y trató de alejarla—. ¡Me volvés loco!

—¿Por qué? ¿Porque nos dimos un beso?

—¡Basta, por favor! —le imploró él, gritando—. Sos mi hermana, no me obligues.

—¿A qué? —cuestionó ella con una voz marcadamente seductora.

—A tener sexo con vos —le respondió él, tratando de alejar todo deseo hacia ella.

Por unos segundos Constanza se quedó mirándolo sin saber qué responder, cuando lo hizo, su voz sonó a reproche.

—¿Acaso me despreciás? —Y levantó su mirada.

—Para nada, sabés cuánto te quiero, pero esto es diferente.

—Vos lo hacés diferente y difícil —le manifestó ella, ahora con los ojos brillosos.

—No lo sería, si no fueses mi hermana —le confesó, tratando de alejarse. Pero fue inútil, lo siguió acosando, procurando volverlo a besar. Hasta que de repente, con ansiedad y olvidándose de quién estaba frente a él, la dio vuelta y la tomó de los pechos, ahora desnudos, besó varias veces su cuello y mordió sus orejas, mientras ella inspiraba, y se dejaba hacer, moviendo su pelvis, excitándolo aún más—. Me volvés loco. —La levantó y la apoyó en un escritorio.

—¿Qué vas hacer? —le murmuró con una débil voz, tratando de separarse de él.

—Lo que querés que te haga y lo que no quisiera hacer —le contestó, con una irritación que lo sorprendió, mientras le subía la bata, y con una impropia brusquedad en él, la penetró por atrás, con una excitación y un deseo que ya no podía controlar. Ella arqueada en el filo del mueble, lanzó un gemido de dolor, pero cuanto más la penetraba, ese dolor se iba transformando en jadeos y gemidos de placer, que él sintió y lo excitó a tal extremo que eyaculó de una forma como jamás había experimentado.

—Ay, mi amor —balbuceó ella en susurros al llegar al orgasmo, y le pidió que siguiera, para luego darse vuelta y abrazarlo, con un excesivamente exultante rostro. Él la abrazó por debajo de la cintura y le acarició los pechos ardientes, con los labios. De pronto, dejó de besarla.

—¡No! No me obligues a seguir —dijo separándose, con un dejo de culpa en la voz.

—Ella lo miró con una expresión de perplejidad, con los ojos bien abiertos.

—¿Por qué no más? Si ya lo empezamos. —Constanza no lo comprendía.

—Es anormal esta situación. ¡Por Dios!, no hagas que el deseo siga obnubilando mi mente —contestó, dando grandes zancadas hacia la puerta.

—¿Acaso no te gustó? —quiso saber.

—¡Sí! Más de lo imaginado, si del sexo se trata, pero no es el caso —aseveró a disgusto, apenas dándose vuelta.

—Entonces, terminá con lo que empezaste —le ordenó.

Él se dio vuelta y la miró a los ojos, ella retuvo la mirada.

—No lo haré —le gritó, señalándola con el dedo—. Vos planeaste todo esto. Tenías puesta solamente la bata. Me estabas esperando.

—Siempre te espero. Además, no sé de qué te quejás con todo lo que disfrutaste —le reprochó ella.

—Hablás como una prostituta, ¡andate al diablo! —la insultó con bronca, pero la culpa se apoderó prontamente de él.

Las palabras de él la irritaron profundamente, pero le respondió sin alterarse, mientras se acomodaba la bata.

—Huis de mí, porque está Danna en el medio.

—Sabés muy bien que Danna no tiene nada que ver con todo esto. ¡Sos mi hermana! ¿No lo entendés? —le gritó, y se alejó hacia su cuarto.

—Sí que lo entiendo, pero mi amor hacia vos es más fuerte que todo eso —exclamó, sollozando y arrodillado en el piso.

En su cuarto, Bobby trabó la puerta y trató de tranquilizarse, de ordenar sus ideas, pero no pudo. Se sentó en la cama y hundió sus manos en su cara, y maldijo el haber perdido por largos segundos la cabeza, aunque el deseo

muchas veces no se puede controlar. “Cuando uno actúa por instinto no evalúa los hechos”, pensó. De repente, observó que el picaporte de la puerta de su cuarto giraba lentamente, ella estaba allí detrás de esa abertura dispuesta a entrar, pero no pudo abrirla. Entonces, se deslizó por la puerta hacia el piso, gimiendo. “No me va a convencer con su llanto”, reflexionó él. Después de un par de minutos, ella seguía allí, lo presentía, pero ya no lloraba. Él tardó en abrir la puerta, cuando lo hizo, se alarmó al ver a su hermana temblando y acurrucada en el suelo. Entonces, se acercó a ella y acarició su rostro.

—Estamos enfermos, Constanza, y lo tenemos que asumir.

—No, no es así —negó con la cabeza y levantó los ojos llenos de gruesas lágrimas—. La enferma soy yo. Tu amor de hermano hacia mí es puro y verdadero, el mío es enfermizo. Te insté permanentemente al deseo y siempre pusiste barreras, pero lo de recién fue difícil de controlar. No te culpes.

Bobby asintió, y la miró a los ojos. —¿Fui muy bruto en la biblioteca, verdad?

Ella suspiró—. Y sí, pero después fue todo placer.

Creeme que no quise hacerte daño, pero la realidad no se puede negar. Cuando me besaste en la boca sentí tu cuerpo pegado al mío, tu piel y todo lo demás me enloqueció.

—Lo sé, pero lo nuestro no es incestuoso ni lo será jamás.

—¿Y qué es, si no es incestuoso?

—Es un amor que va contra las reglas de la sociedad, solamente eso.

—Y, en seguida, fue más sincera—. Además de nuestro deseo incontrolable.

—¿Por qué nos pasa todo esto, por qué no podemos ser dos hermanos normales?

Constanza le puso la mano en la boca y tardó en contestar.

—Aquella relación que tuvimos de adolescentes marcó mi vida, ese día me enamoré de vos...

—Pero vos lo tomaste como un juego de niños, siempre me lo decís cuando me lo reprocho —interrumpió él, realmente sorprendido.

Constanza lo miró a los ojos y supo que era el momento de confesarse.

—Fue tan maravilloso lo que viví esa noche que jamás lo pude olvidar.

—Pero... ¿estás segura de que fue así?

—Sí, ¡tan segura!

Bobby contuvo el aliento y luego respondió:

—No se puede romper lo que está hecho, Constanza, pero sí ponerle fin.

—Quizás yo tenga la solución, más allá de que no la compartas.

—¿Cuál?

—Eso ya lo sabrás.

Bobby frunció el ceño y respondió:

—Andate a dormir, mañana hablaremos.

—No me iré hasta que me escuches —le advirtió ella, cambiando el tono de voz.

Bobby hizo un gesto de fastidio, luego la ayudó a levantarse y se encaminó hacia el cuarto de ella.

Constanza le susurró algo, con el rostro todavía recostado sobre su pecho.

Él la miró con expresión perpleja, y luego de unos segundos contestó con incomodidad:

—No es el camino correcto, si todo sale mal te vas a hacer mucho más daño y no lo podrás superar.

—Lo sé y ya lo tengo asumido, pero si no lo enfrento jamás sabré la verdad —le explicó entre lágrimas.

Bobby la arrojó a la cama y cuando se encaminaba hacia la salida, Constanza le recordó:

—Pensalo, pero no te tortures por lo que hagas o dejes de hacer, jamás te lo voy a reprochar.

Bobby entró a su cuarto, se recostó en su cama y, mirando una antigua foto junto a su hermana, pensó: “Cuántos hombres darían todo por estar con ella, cuántas mujeres la envidian y otras seguramente la admiran”.

Una vez un amigo le comentó: “Tu hermana no es una mujer, es una diosa y algo más”, y casi pierde su amistad, porque terminaron a las trompadas. Él sabía todo eso, pero nunca la miró de ese modo, estaba orgulloso de su belleza, de ser su hermano, y además deseaba verla en pareja y feliz, pero sucumbía algunas veces ante su acoso y sus besos.

Trataba de distanciar a Danna del problema con su hermana, las amaba demasiado como para enfrentarlas. Cuando Danna lo veía deprimido por discusiones con Constanza, él ponía la excusa de la presión que ejercía el fútbol.

Mientras un trueno y otros más presagiaban una pronta e intensa lluvia, recordó una y otra vez lo que había sucedido en la biblioteca, y pensó en la mujer, solamente en la mujer. Ese cuerpo grácil que la naturaleza hizo casi a la perfección, y que fue todo para él, pero por un tiempo demasiado corto, y también pensó en lo que ella le susurró cuando la llevaba rumbo a su habitación, y se convenció de que ya nada lo haría retroceder y que el deseo de poseerla otra vez tapanía por algunas horas los remordimientos, que

seguramente lo estarían esperando a su vuelta a la realidad.

La encontró en su cama recostada de espaldas, vestida con la misma bata. Iluminaba el lugar un pequeño *spot* de luz muy tenue, empotrado en la pared.

Se sentó a su lado y, timorato, estiró la mano a hacia ella, pero se detuvo, al observar y descubrir partes de ese hermoso cuerpo. Contuvo la respiración por un par de segundos, y luego apoyó suave la mano en su cabeza, acariciándole el pelo y la espalda. Constanza elevó su brazo y tomó su mano, dándose vuelta. Sus ojos excesivamente grandes y verdes se clavaron en su rostro, se miraron un instante, como si quedara algo más que decir, pero ya todo estaba resuelto. Lo atrajo hacia ella y pensó que ya no era un sueño, que él ya no se alejaría de esos besos ardientes y que había venido para quedarse, para terminar también lo que había empezado, y mucho más. Mientras la lluvia golpeaba tenazmente en los cristales del ventanal del cuarto, los truenos, amenazantes, anunciaban una oscura y larga noche de tormenta.

XXIV

Brenda hundió las manos en el rostro y contuvo el aliento, luego miró a

Constanza por lo menos un minuto, y se quedó boquiabierta como si no diera crédito a lo que acababa de oír. Luego, preguntó con total perplejidad:

—No es posible, seguramente tuviste otro sueño, ¿verdad?

Constanza desvió la mirada, y después de un par de segundos respondió:

—No fue un sueño, fue la realidad y aunque me juzgues, te diré que no me arrepiento de nada, más allá de lo incestuoso que te pueda parecer. Le rogué hacerlo porque estaba convencida de que ahí estaba el secreto para poder despegarme de él, y no me equivoqué.

—¿Cuándo pasó esto?

Constanza vaciló.

—Hace un par de noches.

—¿Es increíble! ¿Acaso dejaste de amarlo por el solo hecho de que te acostaste con él?

—Yo lo sigo amando —respondió, con un dejo de tristeza en la voz.

—No siempre el amor y el deseo recorren el mismo camino —le recordó Brenda.

—¿Lo sé! No hablo de sexo.

—¿Tan mal te fue?

—Sin pensar que se trataba de mi hermano, fue maravilloso y creo que para él también. Antes del amanecer nos despertamos abrazados y sin culpas. Pero quedaba algo más.

—¿Qué más? —quiso saber Brenda, quien abrió los ojos con asombro.

—Le pedí que se quedara un tiempo más, cuando el deseo lo tenés al alcance no querés dejarlo escapar. En la piscina, exhaustos, pero con mucha pasión, se terminó de cumplir aquel hermoso sueño que un día te conté.

—Convengamos que no fue precisamente un acto de sacrificio lo que realizaron —le contestó su amiga, con cierto tono de ironía.

—Seguramente en algún momento lo fue para él, pese a que lo superó el deseo hacia mí.

—Vos lo llevaste hacia el deseo. Esa es la realidad —le recordó Brenda, con tono severo.

—Bueno, sí. No pongo excusas.

—¿Cómo fue el encuentro con él, después de la noche que pasaron juntos?

—Bobby se encerró en su habitación y no quiso verme, cuando lo convencí de que me abriera la puerta, se puso a llorar y me pidió perdón, porque en esa larga noche, según él, nunca había sentido deseos de irse. Cuando lo abracé sentí que era mi hermano y no la persona que había deseado.

Además, ya no siento celos de Danna.

—¿No sentís celos? Te estás mintiendo.

Negó con la cabeza—. Es lo que siento ahora. La llamé para invitarla a salir y seguramente seré su amiga.

—¿Tuviste otro encuentro con él, volvieron a hablar del tema?

—Sí, hoy por la mañana, antes de que se fuera a los entrenamientos. Me confesó que el viaje a Europa que realizará en breve nos va a ayudar a reflexionar sobre lo sucedido, y me propuso tener a su regreso una larga charla para no volver a cometer los mismos errores. Y además, estaba sorprendido por mi cambio de actitud respecto a Danna. “¿Te hace feliz que sea su amiga?”, le pregunté cuando se iba. “Sí, muy feliz, porque son las personas que más amo en el mundo”, me aseguró Bobby, y luego me abrazó.

Brenda hizo muecas y frunció el ceño.

Constanza la miró sorprendida:

—¿Acaso no es normal lo que dije?

—Viéndolo desde el punto de vista de dos hermanos, es normal que haya dicho lo que dijo, pero lo de ustedes nunca lo fue, diría más, no te asombres si cambian los roles y ya no te vea más como a una hermana.

—¿Por qué?

—Porque te pudo haber descubierto como mujer, además, no sos

precisamente una joven común. No quiero convertir esta charla en un morbo, porque sencillamente esa no es mi intención, pero convengamos que, a pesar de que él siempre se negó a una relación incestuosa, no hizo el menor esfuerzo por separarse de vos en algún momento de la noche, y eso es lo más grave, lo que pasó por su mente. Y no hablo de la relación tempestuosa que vivieron en la biblioteca, porque le cerraste los otros caminos para que llegara a lo que llegó.

Constanza suspiró, miró el cielo, y después contestó:

—Si realmente es así, te prometo que haré todo lo posible para que no suceda. Padezco esta situación desde hace años y no quiero que él pase por lo mismo.

—No creo que sea lo mismo para él. Es hombre, además es demasiado joven, y el deseo muchas veces es algo que los hombres no pueden controlar, más allá de las privaciones culturales. Cuando las barreras de lo moral se rompen ya nada importa, y todo se vuelve confuso, espantoso, y eso es lo terriblemente peligroso. Una relación tan fuerte como la que tuvieron no se corta porque sí, seguramente habrá otras, quizás llevadas por la misma pasión. Pero hay algo que tendrías que evitar, el peor de todos los males.

Su frente se arrugó ligeramente—. ¿Cuál?

—Que se convierta en tu amante.

—¿Bobby, mi amante?

Constanza asintió:

—¿Y qué debemos hacer para que todo quede superado, y mirarnos a los ojos sin reprocharnos nada? —suplicó.

—No dejar pasar el tiempo y charlarlo como él te sugirió, tantas veces como sea necesario, enfrentar la realidad sin ocultar nada de lo sucedido, seguramente ese será el camino correcto para volver a una normalidad de hermanos, que en años no han tenido.

Constanza se tomó un par de segundos para responder. Cuando lo hizo, en su rostro asomaron pequeñas lágrimas, que trató de secarse con sus manos.

—Bueno, sí... Yo quiero su felicidad y si es feliz, seguramente algún día también lo seré yo.

—Sos muy valiente, pero sos un ser humano, es imposible que hayas borrado de tu mente, y en tan pocos días, el trauma de varios años con tu hermano.

—Estoy segura. —Su voz sonó triste.

—Lo dudo —dijo Brenda después de una pausa—. Seguramente su llanto te conmovió y se impuso a tus sentimientos; de cualquier manera, tu cambio de actitud es una buena señal.

—¿No sos muy dura conmigo?

—Un día me pediste que te ayude, pero no me diste la oportunidad de por lo menos intentarlo —le reprochó.

—¡Disculpame! Lo siento mucho, pero todo eso me superó.

—Bueno, sí, te creo —dijo con cierta dosis de ironía—, pero no me considero dura contigo. Como profesional, creo que dije lo correcto, como amiga quizás lo fui, pero pienso que a un amigo hay que decirle lo que verdaderamente uno siente y no decir lo que el otro espera que le digan.

Constanza enarcó una ceja, y después dijo con un tono de voz que, aunque firme, denotaba tristeza.

—Estoy segura de que algún día lo superaré, más allá de que quedarán recuerdos y secuelas imposibles de borrar.

A punto de partir hacia Europa, llegaron al aeropuerto Danna y Constanza. Creo que la alegría que le provocaba verlas juntas borró aquellos días en que se encontraba distraído, en los que no quería compartir reuniones con sus compañeros. Ahora su semblante había cambiado, era el Bobby que todos queríamos ver.

—¡Volveré pronto! —. Y las abrazó.

XXV

El viejo continente trajo días de júbilo y gloria para nuestro club. Jugamos un cuadrangular con los tres equipos más representativos de Italia, superamos todo lo imaginable. No solo ganamos los tres partidos, sino que Bobby marcó cinco de los siete goles que convertimos, y se consagró como figura excluyente del cuadrangular. Con sumas millonarias tentaron a nuestro presidente para que Bobby se quedara a jugar en Europa. Un cuarto partido, que no estaba incluido en la gira, se realizó en Madrid con un estadio colmado. El Atlas United goleó al cuadro local. Los dos goles de Bobby dejaron a los madrileños la sensación de que hacía muchos años que no pasaba por sus canchas un jugador de la categoría del argentino: “Los ídolos nacen, no se hacen. Este jugador que nos hace vibrar en nuestros asientos cada vez que la pelota pasa por sus pies, me anima a decir que estamos ante el renacimiento del fútbol de la era moderna”, señaló en su comentario para la televisión un conocido periodista deportivo.

XXVI

Danna había estrechado cierto vínculo con Constanza, sin embargo, cuando estaba junto a ella se sentía algo molesta.

—Su belleza muchas veces me incomoda, porque la mayoría de los hombres, al verla, no dejan de admirarla y desearla, más allá de que yo no tenga que envidiarle a ninguna joven sus beldades. El tener tanta belleza como dinero, seguramente para muchos es pasarse de la raya.

—Sí, por supuesto —le respondió Estefanía.

—Me confesó Bobby que en un viaje en familia, cuando era una adolescente, un director de cine muy conocido la descubrió en el aeropuerto de París, cuando estaba a punto de hacer un transbordo. Los siguió por todos lados, rogándole a su papá una dirección para poder contactarse, porque, según él, la singular belleza de Constanza la convertía en la persona indicada para su próxima película. “Va a ganar millones de dólares, además de ser famosa”, les gritó. A pesar de la negativa de Julián, el hombre siguió insistiendo, hasta que intervino personal de seguridad del aeropuerto y lo hizo desistir.

—Bueno, algunas veces una decisión cambia el destino de la gente, ¿no?

—Y, sí. Pero creo que ella está por encima de todo eso.

Estefanía frunció el ceño.

—Creelo —insistió Danna—. Son muchos los lugares que frecuenta Constanza. Me hizo conocer los mejores restaurantes, las confiterías, las casas de alta costura, los desfiles de modas, los principales hoteles, museos de arte, lugares que eran para mí desconocidos. Y también algunas discos de onda a las que suele ir con amigas. Le gusta mucho el deporte, tiene personal *trainer* y, en su mansión, un gran gimnasio con aparatos de última generación, además de una piscina olímpica climatizada. Maneja mucho dinero, y con bastante prudencia su auto *súper sport*, aunque algunas veces transgrede algunas normas de tránsito.

—Casi nada. A pesar de que es muy joven, ¿tiene pareja?

—Pretendientes, seguramente a montones, pero ¿una pareja?, por lo que sé, no la tiene. Una vez se lo pregunté a Bobby y me dio la sensación de que le incomodó la pregunta.

—Raro, ¿no?—contestó Estefanía, mientras Danna asentía.

—El cambio de Constanza hacia vos, ¿te dice algo?

—Confieso que me sorprendió su actitud, después de haberme ignorado cuando fui a su casa o de hablarme displicente cuando llamaba por teléfono, pero creo que es propio de los celos de hermanos. Ella lo quiere mucho a Bobby, y yo era una simple desconocida, seguramente la seriedad de nuestro

noviazgo la hizo cambiar de parecer.

—En muchas cosas la vida de ellos es muy distinta a la nuestra, pero seguramente tendrás que adaptarte cuando te cases con él, aunque disfrutes del bienestar de la familia —le señaló Estefanía.

—Por supuesto que a lo bueno es fácil adaptarse, pero no es mi meta. Amo a Bobby por encima de todo su dinero y quizás sería más feliz si fuese como nosotros.

Una de mis grandes emociones fue cuando el avión tocó tierra en suelo argentino. Miles de simpatizantes, familiares de los jugadores y una gran cantidad de periodistas deportivos nos estaban aguardando. Habíamos dejado bien parado en el viejo continente al fútbol sudamericano. Por supuesto, la mayoría buscaba a su ídolo, pero fue imposible rescatarlo de sus fans y del periodismo. Bobby se prestó a un corto reportaje y se sintió muy emocionado por el recibimiento. Pero la mirada del ídolo buceó inquieta en la multitud buscando dos ojos azules. Nunca podré entender cómo hizo Bobby para salir de esa maraña de brazos y de micrófonos, para abrazarse con Danna. También estaba Estefanía, pero lo nuestro no fue tan apasionado, seguramente por las vivencias de viajes y desencuentros que alguna vez tuvimos. Pero aún así, fue muy agradable volver a ver esa cálida sonrisa y su delgada figura.

Aunque habíamos cumplido, todavía nos quedaba un largo camino por recorrer. Vendrían muchas alegrías, muchos halagos deportivos, pero también vendrían etapas muy difíciles, inimaginables en estos momentos de triunfos y de gloria.

XXVII

Cuando Bobby llegó a su casa, nadie lo recibió, encontró encendido el plasma donde se repetían su imagen y los comentarios que había hecho a la prensa sobre la reciente gira. Luego, oyó unos ruidos extraños que venían de la piscina. Pensó en Constanza y no se equivocó. La encontró haciendo una puesta de espalda con la velocidad que él jamás pudo igualar. Hasta que, de repente, recordó lo que muchas veces no había querido recordar: su relación con ella antes de la partida hacia Europa.

—¡Que todo sea normal, por Dios! —rogó entre dientes, suspiró y miró al cielo. Cuando ella lo vio, saltó loca de contenta, y luego fue nadando hacia él. En el corto recorrido, ella recordó las palabras de Brenda: “Seguramente, en algún momento, otro encuentro íntimo van a tener”. Y pidió, para que eso ahora no sucediera, amaba a su hermano por sobre todas las cosas, pero era justo el momento de cambiar y borrar el pasado.

Cuando salió de la pileta y lo enfrentó, se miraron un par de segundos, sin saber qué decir; de repente, él levantó los brazos y con una sonrisa de oreja a oreja la abrazó. Ella sintió que ese abrazo era el que estaba esperando, y llorando de alegría señaló:

—Estoy orgullosa del hermano que tengo. Todo el mundo te alaba y habla maravillas de vos. Papá está loco de contento, y hasta le quisieron hacer un reportaje. “Su hijo va camino a hacer uno de los más brillantes jugadores de todos los tiempos, y es bueno que la gente conozca a su padre”, le dijeron, por supuesto, papá hasta ahora se negó.

—Increíble, pero real, ya hablaré con papá. ¿Qué te parece un subacuático, como en los viejos tiempos? No me vendría nada mal después de tantas horas vuelo —le sugirió, mientras miraba la pileta.

—Bueno, fantástico —contestó ella, y se zambulló, mientras él, presuroso, fue por una malla.

Si alguna duda les quedaba en el subacuático se convencieron de que por ahora habían superado esa relación incestuosa, y eso los hacía inmensamente felices.

La gira había llevado a nuestro equipo al tercer puesto en la tabla de posiciones. Si bien los jugadores suplentes cumplieron, no era lo mismo jugar con los titulares. Sin embargo, poco le costó al Atlas United encaramarse de nuevo en el primer puesto del campeonato. Lo que me tuvo preocupado en esos días fue la cantidad de representantes europeos que se acercaron al club a pedir cotizaciones por Bobby. Cuando se lo comuniqué, me miró con cara de asombro y luego se hecho a reír.

—¡Están locos! ¿Irme del país?, ni soñando. Sabés muy bien que no es por dinero que juego al fútbol, más allá que me tientan los dólares. Ellos podrán hacer la oferta más millonaria por mi pase. El Atlas United las podrá aceptar o no, pero lo que vale aquí es mi firma y sin ella no hay transferencia. Si te preocupa que me puedan tentar, olvidate. Además, con Danna estamos planeando nuestra boda para cuando finalice el campeonato —me confesó.

Me dieron ganas de abrazarlo. Estúpido de mí, conociéndolo como lo conocía, debí imaginarlo. Bobby jamás hubiera aceptado en estos momentos ir a jugar al exterior. La proximidad de su casamiento y los afectos fueron, sin lugar a dudas, el factor preponderante para no aceptar una millonaria transferencia.

Faltaban cuatro fechas para que el campeonato concluyera. El Atlas United con sólo ganar un partido se consagraría campeón; nos tocó jugar en nuestro estadio. Desde muy temprano, una multitud pugnó para entrar al coloso de cemento, con el fin de vivir los momentos más felices que tiene un hincha de fútbol: ver a su equipo campeón y disfrutar de una vuelta olímpica. Un centenar de niños de las divisiones inferiores formaron un cordón y saludaron al futuro campeón cuando ingresó al campo de juego. Fue tal el recibimiento de las tribunas, que tuvieron que pasar un par de minutos hasta que se disipara el humo de las bombas de estruendo, las bengalas de humo negro y anaranjado, que exaltaban los colores del club, los papelitos de mil colores que seguían flotando en el aire y los juegos de artificio que iluminaron el atardecer de aquel día inolvidable antes de que comenzara el partido.

Ganamos cuatro a cero, con tres goles de Bobby. Fue tal la organización que impuso el Atlas United, que ningún simpatizante pudo ingresar al campo de juego a entorpecer la fiesta. Y ahí fueron mis muchachos tomados de los hombros, dando la tan ansiada vuelta olímpica ante el delirio de su hinchada. Cuando llegaron a la platea principal, Bobby se sacó la camiseta y se la arrojó con un beso a Danna, quien, parada y vestida con los colores del club, la recibió más que emocionada. Concluida la vuelta olímpica y rumbo a los vestuarios, los jugadores me levantaron en andas. Era un día de júbilo para ellos, histórico para el club y también lo era para mí, de modo que no me

avergoncé cuando los ojos se me llenaron de lágrimas.

Con el equipo ya consagrado campeón, no quise que el Atlas United se desmotivara. Todavía faltaban dos fechas para la culminación del campeonato. La fecha anterior la habíamos jugado entre semana, y habíamos empatado cero a cero. Pero aún quedaban muchas cosas en juego en este campeonato. El fantasma del descenso rondaba a varios equipos, y precisamente uno de esos posibles condenados se jugaba a todo o nada contra nosotros.

—No quiero desconcentración ni que exista alguna suspicacia en cuanto a que ayudamos a nuestro rival. Jueguen como si fuera el primer partido del campeonato. Se habló mucho esta semana de que el Atlas United no le iba a hacer fuerza a este rival, pero se equivocan los que piensan de esa manera. Somos campeones y grandes de verdad, y no nos vamos a regalar, así que no me defrauden —les señalé en forma enérgica a los jugadores.

Pero todo se complicó esa tarde, el día era frío y lluvioso, sin embargo, la gente igual acompañó al equipo y se llenaron las tribunas. Iban siete minutos del encuentro cuando una genialidad de Bobby dejó a tres rivales en el camino y se enfrentó con el último defensor. El rival salió con la pierna hacia delante, en plancha. Bobby no lo pudo esquivar y el golpe mal intencionado dio contra su pierna izquierda. Un ruido seco, un grito de dolor paralizó a sus compañeros más cercanos, cuando quedó inmóvil en el césped.

—¡Me fracturó, el maldito me fracturó! —exclamó Bobby, hundiéndose las

manos en la cara.

La desesperación cundió dentro de la cancha y fuera de ella. Ruiz Moreno y Besossi buscaron en el tumulto al jugador que cometió la falta para hacer justicia por mano propia. Hubo forcejeos y golpes. El traumatólogo de nuestro equipo salió presuroso del banco de suplentes y les advirtió que no lo movieran, mientras Bobby, con gestos de dolor, golpeaba sus puños sobre el césped, maldiciendo a su agresor.

—¡Santo cielo! ¿Qué le sucedió a Bobby? —gritó Danna.

—Lo fracturó, ese maldito lo fracturó —declaró colérico un hincha, desde la platea.

—¿Cómo que lo fracturó? —preguntó Danna, abriendo bien los ojos con extremado asombro, no desprovisto de temor. Pronunció su nombre varias veces y se lamentó. Estefanía tuvo que contenerla, porque estaba fuera de sí y quería arrojarse hacia la cancha.

Con una rabia sorda que se apoderó de mí y me llenó de impotencia, corrí hacia él; cuando me vio llegar, me tendió su brazo.

—Me fracturó, Alberto, sentí un ruido seco en la pierna. —Hizo gestos de dolor.

—Tranquilízate —llegué a decir, disimulando mi angustia. Lo llevaron en camilla a los vestuarios. Luego, se le inmovilizó la pierna, mientras una

ambulancia estaba presta a trasladarlo a una clínica privada. El partido fue suspendido y varios jugadores, expulsados. La gente, indignada, peleó por entrar al campo de juego; solamente los gases lacrimógenos disparados por la policía y los chorros de agua arrojados por los bomberos pudieron contener la marea humana que quiso vengar a su ídolo.

Cuando transportaron a Bobby a la ambulancia, me encontré con Estefanía y con Danna.

—Te fracturaron, mi amor, que no sea nada grave —musitó mientras lo abrazaba.

—No te preocupes, piojo. Todo va a salir bien, es solamente una lesión —le respondió, en tanto que fingía una sonrisa.

Danna, Estefanía y el médico acompañaron en la ambulancia a Bobby. Nadie quiso hablar en los vestuarios, todos presumíamos lo que había sucedido. Un centenar de periodistas nos esperó en la puerta, pero ningún jugador ni el cuerpo técnico quisieron hacer declaraciones. Cuando todo se tranquilizó corrí hacia el sanatorio y al llegar intercepté al médico de nuestro club, que venía de la sala de rayos.

—Lo que suponíamos: fractura de tibia y peroné a la altura del tobillo. Se le dio una inyección para calmar el dolor y fue enyesado para resguardar la zona afectada; por suerte no fue fractura expuesta. Dentro de las cuarenta y

ocho horas seguramente será operado, después de los análisis correspondientes —diagnosticó el médico, preocupado.

—¿Cuánto tiempo creés que tardará en recuperarse? —pregunté, en tanto que apretaba mis puños.

—Si todo sale bien, entre seis y ocho meses vuelve a jugar —agregó el médico.

—¿Tanto tiempo? —interrogué molesto.

—Cuando se trata de problemas de hueso, no hay recetas mágicas —me contestó.

Fui hacia la habitación que le habían designado, mascullando toda mi bronca e impotencia. En la puerta encontré a Estefanía, luego entré a la habitación y vi a Danna sentada en la cama junto a Bobby, adormecido seguramente por el efecto de los calmantes. Cuando despertó nos miró sin comprender, hasta que vio el yeso en la pierna, suspiró, y con un asomo de sonrisa dijo:

—Por un largo tiempo te quedarás sin Bobby. Mala leche la de ese jugador. Justo ahora que estaba por terminar el campeonato.

—La evolución es rápida, en noventa días seguramente estarás de nuevo en una cancha.

—Mentiras piadosas —me dijo, mientras le sujetaba la mano a

Danna.

—Lo único que me consuela es que estaré más tiempo con Danna, pero sin boda, por ahora, ¿verdad, mi amor? —farfulló con un gesto de dolor.

—No es lo más importante en estos momentos, primero está tu recuperación. Tenemos mucho tiempo por delante para organizar nuestra vida. Además, pediré licencia en mi trabajo para estar todo el tiempo junto a vos. —Luego lo besó.

—Es muy buena idea que no te separes de él, en estos momentos hay que mimarlo más —le sugirió Estefanía, que hacía un rato había entrado a la habitación.

Sentimos murmullos en los pasillos y la puerta del cuarto se abrió abruptamente. El padre de Bobby y su hermana Constanza habían llegado. Vieron las escenas por televisión y estaban muy alterados, a pesar de que Bobby los había tranquilizado por su celular, camino al sanatorio. Constanza tenía en su bello rostro una expresión de desconcierto al ver a su hermano en la cama, enyesado, pero enseguida lo abrazó, más tarde nos saludó y se sentó en la cama. Lo mismo hizo su padre, que escuchó el escueto relato de Bobby sobre el accidentado partido. Luego, insistió en llevar a su hijo a un sanatorio del cual era accionista. Con el presidente del club y los miembros de la comisión directiva lo convencimos de que el doctor Horacio Moreda, el cirujano que lo iba a operar, era un especialista en la materia, además de

integrar el cuerpo médico de la Selección Argentina. No conforme con nuestra información, se comunicó por celular con un conocido traumatólogo y, para nuestra tranquilidad, el doctor le comentó que su hijo estaba en buenas manos, conocía profesionalmente al doctor Moreda y creía que no había razones para su traslado.

Cuando nos retiramos del sanatorio, un gran número de reporteros se nos tiró encima en busca de información. El personal de seguridad del sanatorio había vallado la zona para impedir el acceso al periodismo y a los cientos de simpatizantes que querían dar su apoyo a su ídolo. Les informé el último parte médico y les di todos los detalles sobre su estado, para no tener una salida traumática hacia mi automóvil.

XXIX

Esa madrugada Bobby despertó molesto y con dolor, suspiró, luego sonrió cuando vio a través de una luz difusa a Danna y a Constanza dormidas en un sillón. Las dos eran bellas, diferentes, pero bellas al fin. Las amaba, pero había diferencias, Danna era su novia, ella había cambiado para bien parte de su vida. A Constanza la amaba como hermano, quizás en demasía. A

pesar de que en aquel momento se habían aclarado algunos de sus sentimientos, pensaba: “Pero no es verdad, nada es verdad. ¿Quién soy? ¿El despreocupado joven millonario al que solo le interesa él y su séquito de amigos, y que hizo bailar una noche a Agustina completamente alcoholizada, arriba de una mesa, para luego arrojarla a sus amigos, con el fin de saciar sus instintos sexuales? Claro, la seducción es bastante divertida cuando no es uno el que sufre el engaño. ¿El jugador de fútbol que juega por jugar y miles de hinchas se inclinan a sus pies con una deferencia más que exagerada para poder tocarlo o para pedirle un simple autógrafo? ¿El que sedujo a una hermosa joven, creyendo tal vez que algún día podría cambiar? Soy un farsante, alguien que aparenta ser lo que en verdad no es. A decir verdad, no soy mejor que Constanza, porque ella nunca fingió sus deseos y su verdadero amor hacia mí. Soy solo un pecador y, seguramente, no me alcanzará la vida para arrepentirme de haber abusado y haber tenido relaciones cuantas veces quise con mi propia hermana. Pude parar el incesto, pero mis deseos hacia ella me superaron. El anhelo del momento, como siempre. Pero también es verdad que no fue sólo mi culpa. No soy el peor de los mortales. Si bien es cierto que los pecados que he cometido son más grandes que los de algunos, seguramente son más pequeños que los de muchos”. Es verdad que Constanza lo sedujo con su belleza y con sus besos ardientes, y que sus veinte años lo arrastraron a un deseo incontrolable. Sin embargo, no fue su culpa lo que pasó,

su mente se lo recordaba y hubiera querido algún día borrarlo de su memoria, pero sabía que nadie puede dejar de oír su propia conciencia.

XXX

Los medios gráficos, los radiales y los televisivos no dejaron de comentar en todo momento el accidente que sufrió Bobby, y además los más fanatizados periodistas del ídolo condenaron abiertamente al jugador agresor, a tal punto que pedían que se le aplicara una severa suspensión por la alevosa y mal intencionada jugada.

—El ídolo del Atlas United intentó solamente jugar y dar un muy buen espectáculo a los amantes del buen fútbol —comentó un conocido periodista de la televisión, indignado. También estaban los otros columnistas que dieron informaciones erróneas sobre el caso. A tal punto que en un programa televisivo de mucho *rating*, el comentarista llegó a decir que le quedaban ciertas dudas acerca de que Bobby volviera a jugar.

Le pedí a Anselmi que momentáneamente se quedara a cargo del primer equipo. Quería estar junto a Bobby y, además, no estaba motivado para seguir. El campeonato ya llegaba a su fin, y mi amigo se podía arreglar sin mí.

Nuestros jugadores estaban muy dolidos por lo que estaba viviendo Bobby y mostrándole su solidaridad lo acompañaban, turnándose durante el día.

Cuarenta y ocho horas después del accidente, Bobby fue llevado a la sala de operaciones. Nunca supe cómo hizo la prensa para burlar el vallado impuesto por la seguridad del sanatorio. Lo cierto fue que una multitud de periodistas aguardaban en los pasillos el paso de Bobby en camilla hacia el quirófano. Él se sorprendió al verlos y, con una inusual sonrisa, manifestó:

—Todo está bien. Gracias por preocuparse por mí. Después de la operación hablamos.

—¡Mucha suerte! —respondieron, mientras las cámaras televisivas seguían el recorrido de la camilla, y los fotógrafos iluminaban el pasillo con sus *flashes*. Lo despedimos en el ascensor que conducía al quirófano, Danna besó su frente, y Constanza lo tomó fuertemente de la mano. Su padre llegó presuroso y alentó a su hijo. A Estefanía y a mí nos hizo una seña con el pulgar derecho, antes de que la puerta del elevador se cerrara.

Dos horas y media después el camillero transportó a Bobby hasta su habitación, inconsciente y con una cofia en la cabeza. A los pocos minutos llegó el doctor Moreda con un colega, y muy expectantes escuchamos su informe.

—La operación fue todo un éxito, le colocaron un clavo en la zona de la

tibia. El tiempo de recuperación será de seis meses y tendrá que permanecer dos sin pisar.

—¿Seis meses sin jugar?

El médico asintió con la cabeza—. El joven volverá a las canchas sin ningún tipo de problemas. La recuperación en estos casos es lenta, pero mucho depende de él. También es muy importante el trabajo de kinesiología. Ahora es conveniente dejarlo descansar, todavía se encuentra bajo los efectos de la anestesia.

Entonces recordé: “No siempre estas operaciones salen bien en la primera intervención. Conozco casos de jugadores que han pasado por el quirófano repetidas veces por la misma lesión, sin llegar a recuperarse totalmente”.

Recuerdo que al día siguiente Bobby tenía otro semblante, con el pie totalmente vendado, no dejó de preguntar a los médicos que fueron a visitarlo cuándo le darían el alta. El padre de Bobby y su hermana se habían retirado, luego sentimos que golpeaban la puerta. Me adelanté a abrir pensando en sus compañeros o en alguno de sus amigos. Me equivoqué, parado frente a mí se encontraba Gabriel González, el corpulento defensor que lo había fracturado. Se quedó mirándome, yo no dije nada, entró a la habitación en silencio. Bobby se sorprendió al verlo. Danna también lo miró sorprendida, porque simplemente no lo conocía. Se sentó en la cama junto a Bobby, negando con su

cabeza la situación. Vi en su moreno rostro una lágrima que se le escapó de sus achinados ojos negros, y cómo su temblorosa mano tocaba la pierna vendada.

—Lo siento Bobby, creeme que lo siento. No fue mi intención hacerte daño. Estoy muerto, no sé cómo tuve el valor de venir a verte —confesó González.

Bobby hizo un gesto y le tendió la mano.

—Eso tiene mucho valor para mí, González. Reconozco que en caliente dije que tu intención no fue precisamente hacer una jugada con la pelota. Pero ahora, más tranquilo, creo que no hay jugador profesional que quiera fracturar a algún rival, son cosas del juego y hay que aceptarlas.

—Sos un grande en la cancha y también fuera de ella. Quizás no debí jugar el domingo. No son excusas, pero cuando salí de mi casa rumbo a la concentración dejé a mi pequeña hija con fiebre y a mi esposa con muy poco dinero. —Hizo una pausa—. Hace tres meses que no cobramos nuestro sueldo, y, como si fuese poco, tenemos encima el fantasma del descenso en cada partido que disputamos. ¿Cómo creés que puede sentirse un jugador en estas condiciones? No me estoy justificando, pero en cada pelota nos jugamos la vida. Me pregunté porqué, una y mil veces después que te fracturé. Por la presión de la gente, que no se aguanta un descenso, o de los directivos que prometen y prometen, pero nunca nos dan un peso. Mucha gente piensa que al

llegar a primera ya lo tenés todo. Ilusos. Son pocos los jugadores que cobran grandes sueldos y tienen buenos contratos. En los clubes chicos, como el nuestro, sobrevivimos como podemos y encima nos presionan para que ganemos como sea.

—Es una realidad, muchos colegas me cuentan lo que sucede en sus clubes. Hay mucha hipocresía en el fútbol, y muchos lo ignoran. En los equipos denominados grandes también hay graves problemas, pero tienen más recursos financieros y tapan más fácilmente las grandes falencias económicas —le respondí, tocándole el hombro a González.

—No lo puedo entender. Fuiste a la concentración, dejando a tu nena enferma y a tu señora sin dinero, ¿cómo se puede entrar así a una cancha a jugar un partido decisivo? Eso es imposible —reflexionó Bobby.

—Pensar que siempre creí que los jugadores de primera estaban en buenas condiciones económicas, pero la verdad es otra —agregó, preocupada, Danna.

—Es la cruda realidad. Creo que en el fútbol actual hay muchas cosas para cambiar, no estoy justificando la acción de Gabriel, pero muchas veces la situación económica, las presiones que meten los hinchas y los dirigentes hacen que sucedan estas cosas, a pesar de cualquier accidente que se pueda producir dentro de una cancha —señalé.

—Si en algo te puedo ayudar no tenés más que pedírmelo. No te guardo ningún rencor y lamento el trago amargo por el que estás pasando, con toda la jauría de periodistas en tu contra y los fanatizados hinchas del Atlas United, que seguramente te quieren despedazar —dijo Bobby.

—Yo solamente vine a pedirte perdón y con eso estoy bien. Lo demás ya pasará. Dentro de unos días se olvidarán de mí. ¿Quién soy yo para ellos? Un don nadie que juega en un club chico a punto de irse a la “B”.

—No sos un don nadie —me apresuré a decir—, sos un muy buen jugador. Te he observado en varios encuentros y es muy probable que te tenga en cuenta para el próximo campeonato.

Se le iluminaron los ojos a Gabriel González. Me tendió la mano y luego abrazó a Bobby.

—Vine derrotado y me voy como un triunfador. Sería algo maravilloso jugar en un club grande como el Atlas United, también sería mi sueño jugar al lado de un ídolo como Bobby. —Y se despidió desde la puerta de la habitación.

La sinceridad y la alegría que experimentó González nos llegaron a todos, y nos sacó de todo ese estrés que vivíamos desde el domingo pasado.

XXXI

Dado de alta, Bobby se movilizó en una silla de ruedas. Dos noches habían pasado cuando Constanza le cubrió las piernas con una manta y se sentó a su lado, sobre el piso alfombrado. A él le costaba conciliar el sueño, por la inactividad que tenía en el día. Apagó molesto el control remoto del televisor, cerró los ojos y dejó escapar un largo suspiro. Constanza lo miró en silencio, pero no dijo nada. Luego, él murmuró:

—Gracias por estar. Es tarde, andate a dormir, yo me arreglo para llegar a mi habitación.

—Sabés que no me iré hasta que estés en tu habitación, podés tropezar y hacerte daño, aún no tenés colocado el yeso, y no podés apoyar la pierna operada.

—Me cuidan como si fuese un bebé, no estoy enfermo, solamente operado y muy bien vendado, nada me puede suceder —respondió él, elevando el tono de voz.

—¿Acaso vos no harías lo mismo si yo estuviese en tu lugar? —Y se puso de pie.

—No, no lo haría, andate y dejame en paz —le contestó y prendió el televisor.

—¡Sos un ingrato! —Le arrebató el control remonto y apagó el plasma.

Bobby le iba a contestar, cuando vio que los ojos le brillaban a punto de llorar.

—Perdoname, no quise ser duro con vos, lo que sucede es que no me aguanto estar inmovilizado. Además, algunas veces los hermanos se pelean, ¿no? —la consoló suavizando la voz.

Constanza se encogió de hombros y asintió ligeramente.

De repente, Bobby cambió de tema—. Quiero agradecerte cómo te portás con Danna, ella no tiene más que elogios hacia vos y eso me hace sentir bien.

—Bueno, sí, es mi obligación. Sabés que no fue fácil para mí aceptarla. Danna lo tiene todo, es la mujer que merecés tener, se pasa horas a tu lado y lo hace con mucho amor. Seguramente, algún día la querré como debe ser. Te veo feliz junto a ella y eso ahora es lo más importante. Pronto viajaré a Europa por un tiempo prolongado, alejarme será lo mejor. A pesar de que huir sea una forma difícil de vivir —anunció, desviando su mirada.

Bobby no dijo nada, porque no tenía nada que decir, mientras ella se volvió a sentar a su lado. Él la cubrió con su manta y la abrazó. Constanza se acurrucó más a él, y se quedó dormida.

—Qué hermosa es, ¡por Dios! —Suspiró, mientras la contemplaba.

Luego, le pasó la mano por su pelo negro y alisado, hasta que se inclinó y la besó, suave, en el cuello. Los ojos de ella se ensancharon y brillaron en la penumbra del lugar, en tanto que una tenue sonrisa iluminó su cara. En silencio lo tomó del rostro y le acarició la boca con sus labios, tan largo fue el beso como larga la noche que los cobijó.

XXXII

Después de un par de días, que para Bobby fueron interminables, le colocaron el yeso y empezó a caminar apoyado en un par de muletas. Luego, vino el bastón, hasta el día tan ansiado en que le liberaron la pierna. Nos contó Constanza que Bobby no durmió la noche anterior, pensando en el momento en que se vería libre de esa pesada carga. Por supuesto que no quisimos perdernos el acontecimiento y fuimos con Estefanía al sanatorio. Cuando el enfermero le quitó la bota de yeso, el doctor Moreda dio la orden para que de inmediato le realizaran estudios radiológicos. En cuanto el facultativo tuvo los resultados en sus manos, creo que nadie pestañeó esperando el dictamen.

—Perfecto, muchacho. Todo está bien. La primera etapa ya está superada —diagnosticó el médico, con una amplia sonrisa.

—¿La primera etapa?, ¿no estoy curado?

—Lo está, pero ahora no crea que va a salir caminando normalmente. Necesitará de un tiempo prudencial para recuperar la pierna. Hágalo despacio, agarrándose de mesas y de sillas, o apoyándose en un bastón; de lo demás se encargará el equipo de kinesiología. Le sugiero un descanso fuera de la ciudad, si está cerca del mar, mucho mejor. Consejo de viejo: la arena posee mucho yodo y eso le va a fortalecer y deshinchar la parte afectada, el músculo se tiene que reactivar —le sugirió, luego se despidió tendiéndole la mano.

Tomado del brazo de Danna, y algunas veces de su hermana, Bobby volvió a caminar. No se olvidó de la recomendación del doctor Moreda de cambiar de aire, ya que en cada salida no sólo lo perseguían sus más fanatizados admiradores, también los periodistas, los camarógrafos y los fotógrafos hacían guardia permanente frente a su residencia. Esto lo irritó muchas veces. Entonces, con el permiso del cuerpo médico, Bobby decidió trasladarse unos días a Mar del Plata, donde su familia tenía una confortable residencia frente al mar.

—Constanza y papá viajan a Europa, así que ya descarté a mi hermana para que me acompañara. Por supuesto que puede ir Domínguez, nuestro chofer, o algún personal a nuestro servicio, también algún amigo, pero mi

sueño es ir vos. Sé que no será nada fácil convencer a tu mamá, pero no te preocupes; si ella quiere, la llevaremos —le propuso Bobby, tomándole la mano.

—Ya lo estuve pensando. Sería maravilloso estar juntos, pero la verdad es que no tengo la suficiente valentía para hablar con mamá. Además, sería como presionarla para que me dejara ir sola vos. Ella tiene su trabajo y no es tiempo de vacaciones, es muy difícil que nos pueda acompañar —le respondió Danna, con cierto tono de tristeza.

—No le ocultes la verdad; sabés cuánto te amo, necesito tu compañía, no quiero a mi lado a ninguna otra persona —insistió él y la besó.

—Lo sé, mi amor. Me moriría de solo pensar que estás lejos de mí. Te lo prometo, hablaré con mamá —agregó ella, ahora pensativa.

XXXIII

Frente a su madre, Danna no encontró palabras para comunicarle su decisión de acompañar a Bobby al mar. Ya le había manifestado que él se tomaría un descanso en Mar del Plata, pero no hizo mención de quién lo acompañaría. Érika la miró y no contestó, siguió leyendo muy interesada una

revista de modas.

—Pensamos que vos nos podrías acompañar —dijo, después de una pausa, mordiéndose el labio inferior—. Constanza viaja a Europa con su padre y...

—Sabés que yo no puedo dejar mi trabajo, los tiempos están muy difíciles; necesito ese empleo —la interrumpió Érika, sin dejar de hojear la revista.

—Lo sé, mamá, no creas que te estoy presionando, yo solamente pensaba cómo ayudarlo para que no se encuentre en soledad, después de lo que le sucedió —dijo ella, dubitativa, tragando saliva.

—¿Y cuál es el problema que tienen, si yo no voy con ustedes? Simplemente se libran de mí. No veo mal que lo acompañes. ¿Vos lo amas, verdad? Se van a casar, ¿qué te impide ir con él?

Danna abrió bien los ojos y lanzó un suspiro, loca de contenta.

—Gracias, mamá. Te quiero mucho. Me siento tan feliz junto a Bobby que hay momentos que tengo miedo de perderlo. Lo amo tanto como a mi propia vida —le confesó, sin dejar de abrazarla.

Érika le acarició los dorados y largos cabellos, y con una sonrisa le respondió:

—Lo sé, hija. Diste muchas vueltas para pedirme permiso, y eso para mí

tiene un gran valor. Es verdad que cuando realmente amamos, en algún momento de nuestra vida, tenemos miedo de perderlo todo. Pero no tiene que ser así. Viví sin miedos este hermoso presente, que el futuro se encargará de sí mismo.

XXXIV

El mar golpeaba con furia contra las eternas rocas. La residencia de la familia Achával Méndez, de sobrio estilo gótico, aún conservaba todo su encanto, a pesar de los años. Hacía frío, aunque la primavera ya se animaba en los brotes de las plantas silvestres que cubrían la pequeña ladera en donde se encontraba la casa. Bobby encendió el hogar de leños, y el amplio living con un gran ventanal que miraba hacia el mar pronto se entibió.

Danna se sorprendió al observar cada detalle de la mansión. Antes de conocerla, pensaba que solo se trataría de una casa de fin de semana, pero al recorrerla creyó estar en un pequeño castillo medieval, y se maravilló. En su andar descubrió un viejo piano, le quitó la funda y lo hizo sonar.

—Es hermoso, jamás vi un piano tan antiguo y tan bien cuidado.

—En un viaje a Europa mi padre se lo compró a mi madre el día de su

cumpleaños. Cuando ella murió, papá no quiso que nadie volviera a tocarlo y por eso lo hizo trasladar aquí —recordó, con un dejo de tristeza, acariciando el piano.

Danna en silencio tomó la funda para cubrir el piano, pero Bobby se lo impidió.

—No, no lo cubras. Quiero que toques *Para Elisa*.

—Bueno, sí —dijo ella después de una pausa—. Por supuesto que lo haré tantas veces me lo pidas, pero además recordá que también es mi tema preferido. —Ella esbozó una sonrisa y acarició el teclado.

Bobby escuchó la melodía, mirando a través del amplio ventanal la inmensidad del mar, recordó a su madre, su niñez, y se emocionó.

Danna siguió con otras piezas de su amplio repertorio. Cuando concluyó, Bobby la tomó de la cintura y la besó suavemente en los labios.

—Por fin estamos solos, ahora a disfrutar de todo lo que no pudimos en estos meses.

Danna lo miró e intentó quitar la mano que apretaba todavía su cintura.

—Sí, es verdad, solos, mi amor, pero con hambre. —Y se separó de él.

—Bueno, sí, vamos a comer a un restaurante —respondió él,

suspirando.

—¡Qué restaurante!, aquí estamos en el paraíso, con el frío que hace afuera no me pienso mover. Además, traje un pollo que pienso preparar con todos los condimentos. Por supuesto, si dejás de perseguirme —propuso, sacándole la lengua.

—De acuerdo, no te perseguiré por ahora. Mientras tanto haré un par de llamadas a Buenos Aires para avisar que todo está bien —contestó con resignación, mirando a Danna, que se alejaba hacia la cocina.

Para no pensar en Bobby, Danna trató de abocarse de lleno a la comida y evitar que se le quemara el pollo. Sentía la necesidad de estar junto a él, abrazarlo y besarlo. Pero se contuvo, y lo observó repetidas veces, sentado de espaldas en un amplio sillón.

Cuando Danna entró al comedor con la fuente donde llevaba el pollo asado, se desilusionó al no verlo. Depositó la bandeja en la mesa, y cuando se dio vuelta los brazos de Bobby la levantaron en el aire. Ella pegó un grito; mientras él la bajaba lentamente y la besaba, Danna le contestó, y luego amagó una tibia defensa.

—El pollo está listo, se enfría, mi amor.

—¿Qué pollo? —respondió, y la volvió a besar.

—El que está en la fuente —contestó ella, con rapidez.

—Te adoro —dijo él, mientras la acurrucó en el pecho.

—Yo también te amo, mi vida es tuya, lo ha sido desde el momento en que te conocí —le confesó ella, mirándolo a los ojos.

—Lo sé, mi amor también es tuyo. No te podés imaginar cuánto esperé este momento de tenerte toda para mí —le dijo él, acariciándole el rostro.

Bobby la levantó en brazos, la llevó hasta la habitación más próxima y la recostó en una acolchada cama. Ella no se resistió y lo besó, apasionada. Esa noche Danna, por primera vez, se entregó al hombre que amaba tanto como a su propia existencia.

XXXV

Sentada en una silla playera, Danna observaba cómo Bobby hundía los pies descalzos en la arena. Él sintió un poco de temor cuando apoyó con firmeza la pierna que estuvo fracturada, pero con el correr de los minutos se sintió más seguro, y se concentró en los ejercicios recomendados por su preparador físico. En varias oportunidades pasó por donde se encontraba sentada, ella esperó el momento en que él volviera a pasar para arrojarle un puñado de arena.

Bobby se paró y suspiró mirando al cielo—. Estoy trabajando, por favor, no me molestes.

Danna asintió ligeramente, pero cuando él le dio la espalda, volvió arrojarle arena y comenzó a correr. Bobby la alcanzó y, tomándola de la cintura, rodaron por la playa, casi al borde del agua, rieron como dos adolescentes y se besaron apasionadamente. Hasta que, de repente, la lluvia comenzó a caer mientras el viento hacía volar a un lugar incierto la pequeña silla. Bobby intentó incorporarse, pero ella lo detuvo y se echó encima de él.

—Quiero ser tuya una vez más, dejá que la lluvia caiga y que el mar sea testigo de nuestro amor, le dijo ella y lo besó, a la vez que se cubrían con la larga campera que ella se sacó. Después, riendo y empapados por la lluvia que no dejaba de caer, Bobby le rodeó la cintura con el brazo, y ambos echaron andar presurosos en dirección a la casa.

Desde el ventanal contemplaban las olas que se agigantaban y tapaban las rocas, oyeron el viento casi huracanado que hizo crujir puertas, ventanas y también los cimientos de la centenaria casona.

—¿Tenés miedo, piojo? —preguntó él, abrazándola.

—¿Miedo? ¡Si es lo más romántico que vi en mi vida! Estar frente al mar y junto a vos me llena de dicha el corazón —contestó ella, y luego apoyó

la frente en el vidrio del ventanal y quedó un par de segundos en silencio.

Bobby la miró sorprendido, y luego preguntó:

—¿Te sucede algo?

Ella tardó en contestar y, desviando la mirada hacia él, con los ojos brillantes, le respondió:

—No, nada, solamente, recuerdos.

—¿Qué clase de recuerdos? —inquirió él.

—Un hermoso sueño —dijo recostando la cabeza sobre su pecho.

—Una noche tuve un sueño en el que me sentía flotar. Divisé un hermoso valle, vi una casa blanca, con un gran jardín de rosas, hasta que, de repente, apareciste sonriendo. Había nubes blancas que nos rodeaban y a las que podíamos tocar. Era un paraíso del que no quería despertar. Pero de pronto, todo cambió, el lugar se volvió oscuro y tenebroso, la casa ya no era blanca y las flores estaban muertas y desparramadas en el suelo.

Él le miró sus ojos claros, llorosos y profundos, y acarició su rubia cabellera—. Fue un sueño, solamente eso. Cuando nos casemos, te prometo que viviremos en una casa blanca, rodeada por un gran jardín de rosas.

—Soy una tonta, cuando recuerdo el sueño me pongo a llorar. Era tan real lo que soñé que hasta pensé que ya no pertenecíamos a este mundo.

—Pero estábamos juntos, vivos o muertos, eso es lo más importante.

Nuestra ilusión era casarnos cuando regresáramos a Buenos Aires, pero el inesperado viaje de papá con Constanza a Europa y luego al Medio Oriente, por razones empresariales, hace que nuestro sueño se dilate por unos meses — le explicó, tomándole la cara.

Ella asintió varias veces y, finalmente, dijo:

—Podríamos vivir en pareja, hasta que nos casemos. Pero, no, la ilusión de mamá es que me vaya de casa con el vestido blanco.

—Seguramente serás la novia más hermosa que haya pisado una iglesia.

—No es tan así, soy una chica común. Solo tu amor hacia mí te hace ver cosas que realmente no son.

—No te subestimes, sos hermosa para mí y también para el resto.

—¿Y vos? —preguntó ella, con una sonrisa.

Bobby arqueó una ceja.

—Sos la perfección de hombre que toda mujer desea tener. —De repente, ella lo besó y mordió su lengua. Él la levantó y la sentó en el brazo de un sillón, dándole besos apasionados, mientras ella, como podía, se despojaba de sus prendas.

Ya habían pasado varios días del permiso otorgado por el cuerpo médico para que Bobby se recuperara. A mí siempre me gustó el mar y un poco de tranquilidad. Entonces, aproveché el fin de semana que el Atlas United no jugó para invitar a Estefanía y hacerle una visita a los chicos, y de paso recordarle que las mini vacaciones, para él y su piojo, habían terminado.

Los contemplamos desde lejos, me sorprendió la recuperación de Bobby cuando lo vi corriendo normalmente en la arena, mientras Danna, sentada en una silla, le controlaba las pasadas con un reloj en la mano.

—Se les acabó la tranquilidad, criaturas —señalé.

Danna se sorprendió y luego saltó de la silla, dando muestras de mucho afecto por nuestra llegada. Esperamos que Bobby diera su vuelta, y también sentimos, cuando nos vio, su sincera alegría.

—Nos alegramos que hayan venido —dijo Bobby, abrazándome, y besando a Estefanía.

—Lo sé, nosotros también compartimos la misma alegría de volver a verlos, aunque sentimos que les arruinamos los últimas horas de intimidad — le respondí, sonriendo.

—Para nada. Ustedes son nuestros amigos. Además, ya estaba extrañando a mi confidente —agregó Danna, mirando, sonriente, a Estefanía.

—Estuve observando tus corridas y me sorprendió, creo que la pierna está mejor de lo que piensa el cuerpo médico. —En tanto que observaba la pantorrilla de la pierna afectada.

—Evolucioné mucho, es verdad. Te puedo asegurar que no dejé de venir un solo día a trotar a la playa —contestó, secándose el rostro con una pequeña toalla .

Mientras Danna y Estefanía caminaban por la playa, Bobby se sentó en la arena y con una rama comenzó hacer arabescos.

—¿Supongo que tengo que volver a Buenos Aires? —preguntó, desviando la mirada.

—Se supone que sí. No te olvides que ya estás en condiciones para volver a jugar. No tenés la menor idea de cuánto te extrañaron tus compañeros. El Atlas United te necesita más que nunca. La hinchada en cada partido corea tu nombre. La prensa está dispuesta a pagar cualquier precio con tal de localizarte. Por suerte pocos sabemos de tu refugio y nadie habló —le conté, mirando la inmensidad del mar.

—Tener a la prensa aquí, observando mi intimidad y mis corridas por la playa, seguro que me hubiese provocado un infarto —dijo, ofuscado, arrojando la rama.

Sus palabras me hicieron sonreír y comenté:

—Es su trabajo. Si bien algunos se exceden en perseguir a ídolos como vos, otros lo hacen con un gran profesionalismo.

No me contestó. Salió trotando hacía donde caminaban las mujeres y se interpuso en el medio tomándolas de los hombros, y ese gesto me emocionó.

Bobby nos quiso demostrar que no sólo sabía jugar al fútbol, sino que también era experto en preparar un buen asado. Bueno, eso de que era el mejor jugador de fútbol de ese momento no se discutía, pero como asador dejaba mucho que desear. El asado lo tuve que terminar yo, previos baldes de agua que arrojamos sobre el exagerado fuego, que el experto asador había preparado.

XXXVII

El recibimiento que tuvo Bobby de parte de su hinchada fue más que emocionante. Dos días antes del partido se habían agotado las entradas. También fue una conmoción el aplauso de la hinchada visitante, cuando levantó su brazo derecho, saludando a los cuatro costados del estadio. Es que en aquellos días, Bobby le pertenecía a todos los hinchas de fútbol, fuesen o no simpatizantes del Atlas United.

Nuestro equipo volvió a los triunfos espectaculares. Ganamos una Copa de América, y a pesar de que jugábamos dos campeonatos, poco nos costó encaramarnos en el primer puesto de la liga local. Todo volvía a la normalidad, y habíamos jurado ganar el último título del año.

Ese domingo de sol fue también el día fatídico que inició un verdadero calvario para todos nosotros. Danna y Estefanía estaban presenciando un partido que disputábamos con un rival de menor jerarquía. Las dos amigas hacían olas con la hinchada, cuando Bobby hacía de las suyas con la pelota.

De repente, Danna hundió las manos en la cara y se sintió desfallecer. Trató de buscar su butaca, pero cayó en los brazos de Estefanía.

—¡Por Dios! ¿Qué te sucede? —exclamó, sorprendida, mientras intentaba con mucho esfuerzo sentarla.

Danna tardó en contestar, cuando lo hizo su voz sonó cortada y excesivamente lenta.

—Nada..., no me pa... pasa nada.

Después de un par de segundos reaccionó.

—Creo que fue sólo un mareo. Debe ser la vista. Por momentos me duele mucho la cabeza, ya me sucedió un par de veces, seguramente tendré que

ir a visitar a un oculista —respondió, y suspiró profundo.

Estefanía la observó con expresión perpleja, luego le tomó las manos y señaló:

—Tenés las manos frías. Buen susto me diste. ¿Le comentaste a Bobby respecto a estos mareos?

—No —dijo, después de una pausa—. No lo quiero preocupar. Te digo que es la vista, la semana que viene iré a ver al médico. Ya estoy bien. Gracias por tu ayuda.

Estefanía arqueó una ceja, y luego sonrió de oreja a oreja—. ¿No será que estás embarazada, nena?

—Qué cosas se te ocurren. Te prometo que serás tía, pero todo a su debido tiempo —respondió, abrazándola.

Cuando nos reunimos con Bobby después del partido, Estefanía no dijo nada de lo sucedido con Danna, me lo comentó camino a casa.

—Creeme que me asusté cuando vi la palidez de su rostro. Se lo tendría que haber comentado a Bobby, pero ella me rogó que no lo alarmara.

—Es probable que le hayan bajado las defensas. La juventud de hoy se preocupa mucho por mantener la figura y no se alimenta como corresponde.

—Sí, tal vez tengas razón. Danna es de hacer régimen, a pesar que tiene una figura de modelo. De cualquier manera lo sucedido me inquietó, y mañana

por la mañana le hablaré para acompañarla al médico —agregó Estefanía, con tono preocupado.

XXXVIII

Esa noche Danna no pudo dormir, el dolor de cabeza era cada vez más intenso, se sintió muy débil y por momentos las piernas no le respondían. Tomó un fuerte calmante y se quedó sentada en un sillón, hasta que, después de largos minutos, se recuperó. Bobby vendría a buscarla como todo los lunes, era su día libre. A él le encantaba hacer compras, comer en un muy buen restaurante y pasear por los lugares más insólitos, alejados de la ciudad. Como si todo hubiese sido un mal sueño, Danna se sintió mejor esa mañana, los dolores habían cesado. “No tiene sentido preocuparlo contándole mis dolencias”, pensó.

XXXIX

A los pocos días, en pleno trabajo del plantel, Érika llamó a Bobby a su

celular. Danna no se sentía bien esa mañana y prefirió quedarse en cama. Cuando él me lo contó le aconsejé que fuera a verla y que llamara a un médico. Me miró sorprendido.

—¿Un médico? ¿No estás exagerando? De cualquier manera ella no es de quedarse en cama porque sí. Me voy volando a verla y después te llamo.

Cuando llegó a la casa, Bobby notó un gesto de inquietud en la cara de Érika, pero no comentó nada. A Danna la encontró sentada en la cama, con el rostro demacrado, la abrazó y le preguntó, tratando de alejar su tono preocupante:

—Qué es lo que sucede, piojo, ¿acaso hoy no quieres ir a trabajar?

—Nada malo. Solamente es un simple dolor de cabeza. Mamá se asustó, porque no me levanté a la hora de siempre y por eso te llamó —contestó con una tenue sonrisa.

—Vamos a ver a un médico amigo de la familia, para que te haga un chequeo —sugirió Bobby, tomándola de la mano.

—¿Un chequeo? Creo que exagerás. El dolor de cabeza ya se me está pasando.

—Lo mejor es que te vea un médico —sugirió Érika, mientras miraba de soslayo a Bobby.

—Bueno —dijo Danna, haciendo muecas—. Les haré caso, así se

tranquilizan.

XL

El doctor Guido Iantorno, reconocido mundialmente como uno de los mejores neurocirujanos, atendió a Danna en un moderno sanatorio de alta complejidad. Bobby me llamó por su celular y me dio la dirección. Cuando llegamos con Estefanía, Danna todavía se encontraba en el consultorio. Tratamos con Estefanía de minimizar lo que le estaba sucediendo, pero no tuvimos eco, la preocupación había ganado sus rostros y también los nuestros.

Estefanía contó lo sucedido con Danna aquel domingo a la tarde en la cancha.

—La llamé a la mañana siguiente para acompañarla al médico, pero me dijo que se encontraba bien y que los fuertes dolores de cabeza habían cesado. No conforme con su afirmación, volví a comunicarme con ella al día siguiente y me expresó lo mismo.

Bobby también contó acerca de su salida del día lunes.

—No la encontré desmejorada, de haberlo notado seguramente la

hubiese traído antes al sanatorio.

—Yo la noté demacrada en estos días, pero me dijo lo mismo que a Estefanía: “No tengo nada, mamá, simplemente es un dolor de cabeza que ya pasará” —recordó Érika, con cierto tono de inquietud.

El doctor Iantorno abrió la puerta de su consultorio y llamó a Bobby y a Érika. Bobby quiso que todos estuviésemos presentes y el facultativo no puso reparos. Danna se encontraba sentada en la camilla, su sonrisa fue tenue cuando entramos.

—La joven deberá permanecer en observación en esta clínica hasta que tengamos el resultado de los estudios que de inmediato ordenaré. Aconsejo su internación por el solo hecho de que son necesarios estudios de alta complejidad —indicó el médico.

Sus palabras cayeron como un balde de agua fría, intercambiamos una mirada de desconcierto. El neurocirujano advirtió nuestra preocupación y se adelantó a decirnos:

—Les ruego que no se alarmen. Solamente lo hago por precaución. La joven aparenta un cuadro de debilidad avanzada. Con el estudio de fondo de ojos que acabo de realizarle, no tengo la certeza suficiente de su diagnóstico.

—¿Qué clase de estudios le harán a mi hija? —preguntó Érika, con excesiva agitación nerviosa, tomando de la mano a Danna.

—De sangre y orina, los más comunes. Además, un electroencefalograma, una tomografía computada y, para tener un diagnóstico preciso, no descartaría una resonancia magnética.

—Perdone mi ignorancia, ¿todos esos estudios serán realizados al cerebro de mi hija?

—Correcto, señora. Pero les repito que no se alarmen. Es normal que se hagan esta clase de estudios. La tecnología de la cual hoy disponemos nos da la seguridad para diagnosticar con certeza el mal, o no, del paciente.

Bobby acarició el rostro de Danna, ella lo abrazó, con una sonrisa de resignación.

Todo va a salir bien. Ya escuchaste al doctor, los estudios que te realizarán son para tu tranquilidad y la nuestra —señaló Bobby.

—Es verdad lo que dijo Achával, todos nos asustamos cuando acudimos al médico por algún síntoma y nos realizan estudios. Créanme que a mí también me pone más que nervioso cuando los estudios me los hacen a mí. En cuarenta y ocho horas tendremos los resultados y te podrás ir a tu casa. Además, podrás gritar el próximo domingo los goles de este fenómeno, al que conozco de muy pequeño —agregó el doctor, tomándole el hombro a Bobby.

Danna asintió—. Gracias, doctor. Ahora me siento más tranquila y, además, ya no me duele tanto la cabeza.

Con Estefanía acompañamos a Érika hasta su domicilio para que recogiera algunas pertenencias. Danna fue trasladada a una habitación. Cuando quedó a solas con Bobby lo abrazó y se puso a llorar.

—Tengo miedo. Mucho miedo. Intenté ser fuerte delante de mamá, pero ya no aguanto más —confesó, entre sollozos.

Bobby se estremeció, pero trató de mantener la calma.

—No va a pasar nada, piojo. Son solamente estudios, y en un par de días estarás de nuevo en casa. Hiciste muy mal en ocultármelo, seguramente fue para no preocuparme, pero lo bueno y lo malo siempre hay que compartirlo con la persona que uno ama. Me voy a quedar con vos hasta que te den los resultados. —En tanto que le secaba con un pañuelo las lágrimas.

—¡Pero tenés que entrenar y jugar el próximo domingo! —le recordó ella.

—No es lo más importante para mí en estos momentos. Hablaré con Alberto para que me excluya del equipo. No pienso moverme un minuto de tu lado —agregó, abrazándola.

Bobby la acompañó, junto a Érika, durante todo el día, a todos los estudios que le realizaban. Danna tenía que ser transportada en silla de ruedas, sin embargo, él insistió en llevarla en brazos, por lo cual fue observado por un médico, quien le recriminó su actitud.

Tres días después de la internación el doctor Iantorno los llamó. Bobby me pidió que lo acompañara. Danna no había mejorado, y los resultados de los exámenes habían tardado más de lo esperado, e inclusive los médicos habían tenido que repetir varios de ellos.

—Lamento comunicarles que los estudios que se le han efectuado a la joven dan un resultado negativo. —Hizo una pausa. Nosotros intercambiamos una mirada de desconcierto.

—Se le ha detectado un tumor en el cerebro; tendrá que ser intervenida de inmediato.

Érika hundió sus manos en el rostro, y luego preguntó en voz alta:

—¿Un tumor? ¿Qué clase de tumor tiene mi hija, ¡por Dios!, doctor?

—No lo sabemos con certeza. Lo cierto es que hay que operarla con urgencia, el tumor crece y debe ser extirpado cuanto antes. Si bien la operación es de alto riesgo, la ciencia está muy avanzada en la investigación de estos casos. Conozco muchos pacientes con tumores malignos que han salido de este trance, y hoy hacen una vida completamente normal. Ya le comuniqué a su hija que la vamos a intervenir quirúrgicamente. Con mis colegas le mostramos, en un monitor, la operación que le vamos a realizar; ella tomó la noticia con mucha serenidad. Espero que ustedes sigan su ejemplo y no denoten ningún tipo de flaqueza frente a ella —respondió él médico, con

firmeza.

Mientras Érika, con fingida serenidad, seguía con sus consultas al facultativo, Bobby se apresuró en llegar hasta la habitación de Danna. Cuando ella lo vio entrar, lo abrazó.

—Me van a operar de un pequeño tumor que tengo en el cerebro. El doctor Iantorno me da la tranquilidad que necesito en estos momentos, pero tengo miedo, mi amor, mucho miedo.

Bobby la tomó de las manos, y trató de disimular su angustia.

—Es una operación simple, para lo avanzado que está la ciencia. Dentro de un par de semanas todo habrá pasado y este mal momento quedará solamente como una anécdota.

Ella asintió varias veces, y luego protestó, con un dejo de bronca en la voz.

—Todo estaba bien. Nuestra felicidad era completa y ahora todo esto. Además, nuestros planes de casamiento se volvieron a postergar, si bien una libreta no hace la felicidad. ¡Por Dios, no entiendo, creeme que no lo entiendo!, ¿por qué tenemos que vivir esta horrible pesadilla?

—Son escollos que tenemos que superar y que pronto pasarán. Nuestro amor es mucho más fuerte que todo eso y juntos lograremos vencer esta adversidad. —Él la tranquilizó, abrazándola y ocultando el rostro angustiado a

sus espaldas.

XLI

Bobby le envió un *e-mail* a su hermana que estaba en Europa, junto a su padre, para contarle todo lo concerniente a la enfermedad de Danna. Si bien ya estaban enterados de los primeros estudios médicos, se sorprendió cuando leyó la palabra “operación”. Su padre sugirió que Constanza retornara de inmediato a Buenos Aires, para apoyar a Danna en todo lo que fuese necesario, pero Bobby se opuso, pensando que después de Europa la gira se iba a extender por Medio Oriente, y lo sensato era que Constanza estuviese al lado de su padre. Él estaba sumergido en un profundo dolor, pero estaba bien acompañado. No quería sumar al momento que estaba viviendo algún otro problema, por pequeño que fuera, que le pudiera ocasionar el regreso de su hermana.

Era muy difícil para Bobby ocultar el desconsuelo que le producía la enfermedad de Danna, y eso se reflejaba en la cancha. El Atlas United perdió dos partidos muy importantes en menos de cuatro días. La hinchada, que siempre acompañó al equipo y disfrutó de sus grandes logros deportivos, se

estaba poniendo nerviosa. Las silbatinas a los jugadores ya se dejaban oír. El bajo desempeño de Bobby en cada partido contagiaba a sus compañeros, quienes dependían en mucho de sus grandes jugadas. Es verdad que a un ídolo siempre se le perdona una mala actuación, pero ya eran varios los partidos en los que Bobby deambulaba por la cancha sin aportar su magia salvadora, y la hinchada no estaba acostumbrada a ver a su máxima figura jugar sin motivación. Le reclamaba ese vigor que lo caracterizaba y que siempre aportó.

XLII

Tras nuevos estudios clínicos, se postergó por unos días la operación. Durante gran parte del día Bobby no se despegaba de Danna y muchas noches se lo podía encontrar deambulando por los pasillos del sanatorio, o durmiendo en algún sillón, mientras Érika permanecía durante las veinticuatro horas al lado de su hija. Nosotros, conscientes del momento que se vivía, tratábamos en lo posible en colaborar en todo lo que necesitaban.

—El domingo estaré a tu lado todo el día. Tuve un esguince de tobillo y no podré jugar la próxima fecha —le dijo, en un tono que denotaba preocupación.

—Me estás engañando. Sé perfectamente que no tenés ninguna lesión. Solamente la inventás para estar a mi lado. También sé que estás jugando muy

mal, todos los medios deportivos lo dicen. Quiero que el domingo juegues. Yo te estaré alentando desde aquí.

Él no le respondió. Los ojos se le humedecieron por las lágrimas, mientras disimulaba mirar por el ventanal de la habitación .

—Mirame y no ocultes tu dolor —le indicó ella, alzando la voz.

—No puedo, creeme que no puedo. No puedo correr, no puedo jugar — creyó que se le iba a quebrar una vez más la voz y calló.

—¡Vas a poder! El domingo tenés que jugar; lo harás por mí, por nuestro amor y por toda la hinchada que te idolatra y te reclama.

Bobby tardó en contestar. Cuando lo hizo, su voz sonó como un lamento.

—Si me lo pedís, jugaré, solamente lo haré por vos. No me interesa la hinchada. No me interesa el fútbol.

—Sos un profesional y lo tenés que demostrar. Es verdad que nuestro amor te hizo ver cosas positivas que antes no veías. Pero vos lo conseguiste todo. Vos llegaste a ser un gran jugador y te convertiste en ídolo, porque un día comprendiste que hay cosas en la vida que solamente uno, con empeño, puede lograr.

Alcancé a oír las últimas palabras de Danna al entrar a la habitación y en verdad me conmovieron. Cuánta sabiduría y serenidad había en ella, a

pesar de su juventud, a pesar de su enfermedad y de los momentos que estaba viviendo. Tuve ganas de abrazarla, pero simulé no haber escuchado nada.

XLIII

Bobby jugó ese domingo, confieso que fue un grave error de mi parte ponerlo en esas condiciones físicas y anímicas. Perdimos dos a cero. Los gritos, los insultos, la silbatina de todo el público iban dirigidos al equipo, por supuesto que también a mí, pero en especial a Bobby, quien había sido expulsado minutos antes que finalizara el encuentro, por un fuerte golpe que le dio a un rival. Era el fin. Habíamos perdido la oportunidad de pelear el campeonato, y la gente se enardecía. Cuando Bobby, después de ducharse, salió presuroso rumbo a las cocheras, se encontró con un grupo de hinchas que lo estaban aguardando.

—Sos un vendido, Bobby. Solamente te interesa el dinero. Querés que te vendan a Europa y por eso jugás de mala gana. Sos un nene de mamá. Se te subieron los humos a la cabeza, hijo de mil puta —lo insultó uno de los hinchas.

Bobby le clavó los ojos, pero no le contestó y trató de subir a su

automóvil, pero un grupo de inadaptados lo empujó haciéndole perder el equilibrio, lejos de amedrentarse les arrojó el bolso que traía y comenzó a pelear. Acudimos en su defensa, hasta que intervino el personal de seguridad del estadio y los agresores emprendieron la fuga. En el piso y con la cara ensangrentada, yacía Bobby, quien continuaba insultándolos. El médico constató que las heridas en su rostro eran superficiales. Cuando logramos tranquilizarlo, lo convencí de acompañarlo al sanatorio, pero igual descargó su ira:

—Idiotas. Me dijeron “vendido”, justamente a mí, que no sé lo que es un contrato, que jamás tuve un representante. Te das cuenta, Alberto, ellos quieren que se gane, que se gane siempre, creen que el jugador de fútbol es un robot, se olvidan del ser humano ¿Escuchaste cómo me abucheaban y pedían por mi cabeza?

—Sí, los escuché, son los inadaptados de siempre, pero no toda la hinchada es así —dije, tratando de calmarlo.

—¿Y dónde está esa hinchada? —preguntó con ironía—. Son los mismos que semanas atrás me idolatraban, los que besaban la camiseta con mi rostro, los que amenazaban con incendiar el club, si me vendían a Europa. Les di todo lo que un jugador les puede brindar, y ahora no me perdonan una, son mala leche y no saben por lo que estoy pasando. Ante el éxito es muy fácil reconocer los méritos, pero cuando uno no gana, es raro que te tengan

contemplación.

No le contesté. Yo había sido jugador y sabía de halagos, pero más sabía de amarguras. Es verdad, la mayoría de los hinchas de fútbol son así. Cuando vienen los triunfos y se ganan campeonatos somos unos fenómenos, unos semidioses. Cuando no se gana, cuando las cosas no se dan, somos unos vendidos, unos amargos y, en algunos casos, no solo te agreden de palabras, sino también con golpes.

Solo unas pocas personas allegadas al presidente del club sabían el drama que estaba viviendo Bobby. Él pidió que no trascendiera la enfermedad que aquejaba Danna.

—No quiero un show mediático alrededor de ella, lo prefiero así, que piensen de mí lo que quieran. La prensa y la hinchada del Atlas me tienen sin cuidado —dijo, a punto de llorar.

XLIV

Danna lo abrazó y lo besó como si hubiese pasado mucho tiempo sin verlo. Sabía de la derrota del Atlas United, pero también sabía que desde que

ella enfermó, él no era el mismo jugador que había brillado en cada partido. Bobby no pudo ocultar las lesiones de su rostro a pesar de las enormes gafas oscuras.

—¿Qué tenés en la cara?, ¡por Dios! ¿Qué te hicieron? —le preguntó ella, angustiada.

—No tengo nada, solamente tuve un choque con un jugador rival, fue sin mala intención, son contingencias del juego —respondió tratando de disimular su fastidio.

Ella frunció el ceño, y luego dijo:

—Me estás mintiendo, sé que tuviste un altercado con algunos integrantes de la barra brava al término del encuentro. La audición deportiva lo informó por radio, pero no creí que fueran tan miserables como para agredirte.

—Son los sinsabores de esta profesión —me apresuré a decir.

—Bobby no se merece este trato —alegó ella, expresando toda su bronca.

—La ingratitud va de la mano de la violencia. Son los dirigentes que tienen que parar a estos vándalos que están muy bien identificados; simplemente tienen que impedirles el acceso al club, para que no se repitan actos canallescós como los de hoy —contesté.

—No creo que sea para tanto. Solamente fue un pequeño grupo de inadaptados. No carguemos las tintas contra toda la hinchada que me hizo ídolo y me alentó siempre —replicó Bobby.

—Bueno, sí —dijo, con más calma, Danna—. Es verdad. He visto gente llorar de alegría, y ahora cuesta creer que te insulten y te agredan. Pero creo que esto es parte del folclore del fútbol, la pasión del hincha es delirante.

—Los estallidos de ira colectiva suelen ser pasajeros. La prueba está en que el mejor jugador puede hacer un partido horrible, y todo es indignación y odio contra el hombre. Pero si juega bien en el partido siguiente, y marca el gol de la victoria, seguramente será un héroe, al menos, por un día — señalé.

—Eso vale, pero igual les diré que no crean que se la llevaron de arriba, yo también pegué algunas trompadas, les puedo asegurar que no me quedé con los brazos cruzados —confesó Bobby, ahora sonriente.

—Creo que no se te puede dejar solo un instante, porque seguramente volvés a pelearte a trompadas —le recriminó Danna.

Pero todas no fueron malas noticias ese día, Danna recibió el alta médica hasta el día de la operación.

—Estás compensada y medicada. Estamos evaluando y siguiendo

atentamente el crecimiento del tumor, que por suerte está encapsulado en una parte del cerebro. Esto nos da cierta tranquilidad para su extracción y la posibilidad de que no haya complicaciones por metástasis —señaló el doctor Iantorno, con una buena dosis de optimismo.

Si bien todos nos alegramos por el alta de Danna, también percibíamos que no todo estaba bien. Sabíamos a ciencia cierta que la operación era muy compleja y de alto riesgo quirúrgico y que la demora en la intervención se debió exclusivamente a que el tumor estaba localizado en una zona muy desfavorable para su extracción y se estaban estudiando varias alternativas con el fin de no correr riesgos.

XLV

Bobby fue sancionado con dos fechas de suspensión debido a su expulsión en el último encuentro. Si bien su presencia siempre fue gratificante en la cancha, en los últimos partidos no había tenido el desempeño deseado. Habíamos quedado fuera de la competencia del torneo local, solamente nos quedaba la ilusión de llegar a disputar la Copa Intercontinental, pero para esto teníamos que jugar las semifinales en América.

XLVI

Días después un camillero vino en busca de Danna; había llegado el día de su intervención. Bobby la levantó en brazos y la recostó en la camilla.

—Recordá que estás en manos de excelentes profesionales. —La tranquilizó, tratando de disimular su angustia.

Ella lo acarició y con una tenue sonrisa respondió:

—Por favor, no te vayas de la habitación. Esperame.

—No, no me iré, aquí te estaré esperando. —Luego la besó en la frente.

Érika tomó de las manos a Danna.

—Dios está junto a vos, hija. Todo va a salir bien, y este mal momento que hoy estás viviendo, seguramente, muy pronto quedará en el olvido.

—Lo sé, mamá. Dios es grande y está de nuestro lado. Gracias por acompañarnos —nos dijo a Estefanía y a mí, y se despidió. Cuando el camillero se la llevó, Érika se refugió en los brazos de Bobby, y luego de un par de segundos dejó escapar un sollozo que nos inquietó.

Bobby prefirió aguardar el regreso de Danna cerca del ascensor que conducía al quirófano. Decidí acompañarlo junto a un grupo de jugadores del Atlas United que se hicieron presentes para darle su apoyo; Érika y Estefanía

decidieron aguardar en la habitación.

Después de que se retiraron sus compañeros, fueron muy pocas las palabras que le pude sacar a Bobby durante las horas que permanecimos sentados en los sillones del pasillo del sanatorio. Eludió hablar de la enfermedad de Danna y de su intervención. Recuerdo que habló de su padre y de su hermana; que estaban en Europa, más precisamente en Suiza, y que pronto viajarían a Medio Oriente, donde tenían intereses comerciales.

Las horas fueron pasando, cada ruido del ascensor nos hacía esperar con el regreso de Danna, pero no fue precisamente a ella a la que pudimos ver. Fue al doctor lantorno, quien, con en el rostro sudoroso y denotando agotamiento, se nos acercó.

—La operación acaba de concluir. Desde el punto de vista médico, la intervención fue un éxito —señaló, y todos suspiramos aliviados. El doctor hizo una pausa—. La joven permanecerá en terapia intensiva las primeras cuarenta y ocho horas, el posoperatorio cumple un papel muy importante en estas intervenciones. Como preveíamos, el tumor extraído de su cerebro se encontraba encapsulado.

—¿Qué clase de tumor, doctor? —se apresuró a decir Bobby.

—No lo sabemos, el tumor está siendo analizado por el anatomopatólogo. El resultado lo tendremos en una semana, aproximadamente.

Después que supere la anestesia, y respetando los horarios que exige terapia, podrán verla.

—Bobby asintió con la cabeza.

—Que las visitas por ahora sean mínimas y breves. Por favor, comuníqueme a la madre que la espero en mi consultorio dentro de media hora, para darle el informe completo sobre la operación. Por supuesto que no difiere en absoluto de lo ya expuesto —aclaró el médico y se despidió.

Eufórico, Bobby le comentó el resultado de la operación a Érika. El llanto mezclado con alegría no la dejaba hablar. Estefanía la abrazó, y tampoco pudo contener las lágrimas.

—Gracias por todo lo que están haciendo por mi hija —susurró.

—Apreciamos mucho a los chicos. Conocemos casi todos sus secretos desde que se conocieron. El amor de ellos nació junto a nuestra amistad —le contesté, conmovido.

—Sí, es verdad, nos acompañaron siempre en este mal momento. Son los amigos que siempre quise tener, que en las buenas y en las malas están siempre juntos —comentó Bobby, ahora más distendido.

—Por favor, son ustedes los que nos dieron mucho. Nos hicieron compartir cosas hermosas. Nos incorporaron como amigos, a pesar de la diferencia de edad, y eso hizo que nos sintiéramos más jóvenes —respondió

Estefanía.

—Sos un ser extraordinario, y además, una dulce y encantadora mujer. Alberto no se equivocó cuando se enamoró de vos —contestó Bobby, abrazándola.

Confieso que me emocioné hasta las lágrimas y le pedí al Todopoderoso que Danna se recuperara, que no la abandonara y que pronto les devolviera la felicidad y los sueños que alguna vez tuvieron.

XLVII

A dos horas de la autorización para las visitas a terapia intensiva, Bobby no se quiso mover de la puerta de entrada. Se sentó junto a Érika en un banco del pasillo, esperando el momento. Sorpresivamente, una enfermera les notificó que ese día iba a ser imposible ver a Danna.

La duda y la aprehensión sobre el estado de Danna hicieron reaccionar a Bobby, quien, excesivamente nervioso, pidió hablar con el doctor Iantorno.

—La joven se está recuperando satisfactoriamente. Pero el jefe de terapia ordenó que la paciente no recibiera visitas por ahora —le informó la

asistente, tratando de calmarlo.

Convencimos a Érika de que fuera a descasar, entonces la acompañamos a su domicilio. Bobby prefirió quedarse en el sanatorio a pesar de que, seguramente, pasarían muchas horas hasta que la pudiese ver.

Cuando por la mañana regresamos al sanatorio, encontramos a Bobby dormido en el mismo sitio donde lo habíamos dejado. Nos manifestó que durante la madrugada el doctor Iantorno había ingresado a terapia en varias oportunidades, sin darle ningún tipo de información, sólo le aclaró que la prohibición de visitar a Danna correspondía en exclusividad al jefe de guardia de terapia intensiva.

“Algo anda mal y no quiero alarmarlo. Si el médico nos dijo que dos veces al día podían ingresar las visitas a la sala de terapia intensiva, no me cierra que, a más de un día de la operación, los familiares más directos no puedan verla”, pensé.

Después de tanta tensión y espera, Danna fue trasladada por unas horas a terapia intermedia y de ahí a su habitación. Recuerdo que la miré con extremado asombro. Su cabeza estaba completamente vendada, mientras sus pálidos ojos azules parecían sudar en aquel rostro congestionado, solamente balbuceaba algunas palabras que no llegaban a comprenderse, mientras Bobby buscaba en mí una mirada o una palabra alentadora. Preferí no hablar y solamente retuve la mirada. Poco después el doctor Iantorno se hizo presente

con varios colegas, y con un gesto amable nos hizo salir de la habitación. Luego de un par de minutos nos llamó en el pasillo.

—Tiene que reaccionar, no se impacienten. Se le seguirá suministrando suero. Además, ya ordené una resonancia magnética y un medicamento inyectable para estabilizar su presión. Su primera reacción en terapia intensiva nos había dado la esperanza de que quedara consciente, pero algo se complicó.

—No nos engañe, doctor, siento que mi hija está muy mal. No veo una reacción favorable. Por Dios, díganos la verdad —le suplicó Érika, con lágrimas en los ojos.

—¡Cálmese, señora! No he mentado. La operación que le realizamos a su hija, en términos científicos, fue perfecta, pero los resultados en medicina no se pueden garantizar. Seguramente, se produjo un daño en las células neurológicas.

—¿Un daño? ¿Qué clase de daño? —preguntó Bobby, denotando una agitación nerviosa. En tanto que Érika nos miraba con expresión perpleja.

—Es normal que en esta clase de enfermedades al paciente le queden secuelas neurológicas después de la operación. El tumor genera una compresión intracraneana y se produce un edema posquirúrgico que puede durar semanas. Es irrelevante si el tumor es benigno o maligno. Créanme que

se está haciendo todo lo posible para que Danna salga del estado en que se encuentra. Les repito, hay que esperar su evolución. Sé perfectamente la tensión que están viviendo, pero confíen en la ciencia —respondió el médico, con voz calma y reflexiva.

A pesar de las explicaciones del doctor Iantorno, todos vivíamos días de mucha inquietud y angustia al ver que Danna no mejoraba.

—Esperar, esperar —repetía Bobby, hundiendo las manos en la cara, sentado en un sillón.

—Y sí, eso fue lo que dijo el médico —agregué, por decir algo.

—La veo mal, Alberto, y nada puedo hacer para ayudarla. Confié en la ciencia, en el profesionalismo del doctor Iantorno y de todo su equipo, pero la realidad es otra. Danna se está muriendo, lo presiento.

—Pero ¿qué es lo que estás diciendo? —le dije en tono de reproche— Danna se va a recuperar, tenés que entender que no fue una intervención sencilla la que se le practicó, y que dejó secuelas. Además, todavía no dieron el resultado de la biopsia.

—Ya me lo dieron.

—¿Sabés el resultado? —pregunté, temiendo lo peor.

—Le extirparon un tumor maligno —confesó—. Érika no lo sabe.

—A pesar del resultado, el tumor estaba encapsulado y no hubo

metástasis. Danna se puede recuperar satisfactoriamente —repliqué, tratando de calmarlo.

—Si todo fuese tan sencillo, ya estaría recuperada. Hay algo más grave que los médicos ocultan y que seguramente la está matando —expresó, con una profunda tristeza en la voz.

—No lo creo. Confío plenamente en el doctor Iantorno. Recordá que dijo que la recuperación de Danna puede tardar semanas. Estás muy impaciente y eso no es bueno. Sé cómo la amás, pero no ganás nada con enloquecerte —le advertí, seriamente.

—Sí, claro... Pero la realidad es otra, y vos lo sabés tanto como yo —dijo, apesadumbrado—. Quizás estoy pagando algo que hice mal, y la factura no tardó en llegar.

Lo miré con expresión perpleja, y después de un par de segundos pregunté:

—¿A qué te referís? Sé lo mucho que la amás, y nunca vi nada que enturbiara tu amor hacia ella, salvo alguna que otra locura con tus amigos.

—Ojalá sea eso, es algo personal —comentó, desviando la mirada.

—¿Personal? —inquirí, arqueando una ceja.

Bobby suspiró, y luego me contó todo, si, todo, de principio a fin, en lo referente a su hermana. Me quedé boquiabierto, como si no diera crédito a lo

que acababa de escuchar.

—¿Fue en verdad así? —alcance a preguntar.

Asintió ligeramente y luego permaneció con la mirada fija en sus rodillas.

Me costó reiniciar el diálogo, porque algunas veces es preferible callar y no de decir ciertas cosas, ya que para nada ayudan a la persona que confió tamaño secreto. Pero al final me decidí hablar, pero sobre Danna.

—La enfermedad de Danna, por desgracia, es hereditaria.

—¿Hereditaria? —preguntó, arrugando ligeramente la frente.

—Érika le confesó a Estefanía que en su familia hubo personas que padecieron el mismo mal, y lamentablemente todas murieron. Pero hoy la realidad es distinta, la ciencia avanzó a pasos agigantados y la posibilidad de vida en esta clase de tumores es mucho mayor.

—No lo sabía, ¡por Dios! —exclamó, alzando los ojos, mientras mordía su labio inferior.

Después de una pausa, hablé de lo que pensaba respecto a su relación con su hermana.

—El incesto existe desde tiempos remotos y está instalado en la sociedad, aunque muchas veces se lo quiera ocultar. Tu caso es distinto.

—No, no lo es —replicó, hundiendo las manos en la cara.

—Tu hermana se enamoró de vos, no priorizó la cama. Se enamoró de un hombre, a pesar de las prohibiciones que le impuso la sociedad, con las cuales no estaba para nada de acuerdo. No te culpes de algo que siempre quisiste eludir o de que en algún momento la belleza de Constanza y los ímpetus de juventud hayan obnubilado tu cerebro.

Bobby negó con un gesto y mantuvo sus ojos en otro lugar—. Cuando regresé de Europa, creí que lo habíamos superado. Pero no fue así. —Suspiró—. También, sé que si bien la conciencia me condena, siempre traté de evitarlo, pero aun así no me siento menos culpable. Viví vidas paralelas de las cuales me fue difícil despegarme. Las horas de pasión que viví con Constanza no fueron una fantasía, y no fui ajeno de su belleza y de su atractivo cuerpo. A pesar de esto nunca deje de amar a Danna, mi amor hacia ella siempre fue verdadero. Y en el medio de todo eso estaba el fútbol. El hincha fanatizado que llena los estadios y te exige en cada partido que seas la maquina perfecta, jugar bien y ganar, y muchas veces tenés que fingir hasta la emoción al gritar un gol, porque tu cabeza simplemente está en otra parte.

—Fue muy duro enfrentar a Danna después de lo sucedido. Mi estado de ánimo no era el mejor. Me estremecía ante la idea de que ella pudiera llegar a sospechar de mi relación con Constanza. Sabía que si eso sucedía, la perdería para siempre. Fingí discusiones y peleas con mis compañeros, y también cansancio deportivo, hasta que me fui normalizando, cuando mi hermana viajó

a Europa con mi papá. —Inspiró hondo—. Nuestro amor de hermanos ya superó todo lo prohibido, y aunque sintiéramos aún cierta atracción, el tiempo se encargará de borrar todo. Necesitaba contárselo a alguien, no me equivoqué en la elección.

Sólo asentí con la cabeza. No dije nada, porque no sabía qué decir, solamente lo acompañé en silencio.

Luego me juré no contárselo a Estefanía, aunque ella siempre tuvo dudas acerca del comportamiento de Constanza.

—Desde luego, no puedo contarte lo que no vi... —me dijo una noche Estefanía.

—¿A qué te referís? —quise saber.

—Ya te lo dije. No puedo decirlo.

Traté de sacarme de la mente el morbo que me produjo la confesión de Bobby, sin dejar de pensar en la figura de Constanza, una de las mujeres más bellas que he conocido en mi vida. Pero, si alguien descubriera su secreto, seguramente pensaría que aunque Dios tal vez aborrece a los pecadores, algunas veces, los premia con los mejores dones.

Cuando el viejo cura asturiano observó con discreción al joven parado en actitud extraña en la mitad de la iglesia, recordó que el día anterior también lo había visto sentado en los últimos bancos, como si tuviese algún temor de acercarse al altar.

“¿Dónde he visto ese rostro antes? Me estoy poniendo viejo y esclerótico. ¡Pero qué cabeza la mía! ¿Es suerte o destino?”, pensó, tomándose la nuca cuando reconoció al joven que se cruzó frente a él.

—Sos Bobby, ¿verdad? —le preguntó el prelado, obligándolo a detenerse.

El asintió con una sonrisa que le salió sólo a medias y no dijo nada.

El viejo cura se encontró con un joven angustiado, y no dudó un instante que aquel ídolo que tenía frente a él, seguramente, estaba pasando por momentos muy difíciles.

—¿Qué te sucede, hijo? —inquirió, tomándolo de un brazo.

—¡Nada! —dijo después de una pausa—. No me sucede nada. Ya me retiraba. Pasaba por aquí y entré unos segundos, ¡no sé por qué entré! No soy una persona de muchas plegarias —se apresuró a decir.

—Se nota en tu rostro que estás pasando momentos difíciles. Aquí estás en la casa de Dios y a Él le podés confiar todos tus pesares. El Señor te

conoce muy bien. Sos un ídolo, el te dio el don y te convirtió en uno de los mejores jugadores del mundo. Todas las personas que apreciamos el buen el fútbol, te admiramos.

Bobby se encogió de hombros y respondió:

—¡Qué importa lo que Dios me dio! ¡Qué importa mi fama! Si lo que más quiero en mi vida, Dios me lo va a quitar. ¿Acaso me sirve todo lo demás?

—El Señor, hijo, no abandona a los que sufren. Viniste por Él, y Él escuchará tus ruegos. Bienaventurados aquellos que sufren y ayudan a los demás —agregó el sacerdote.

—¡No!, Dios no escucha mis ruegos porque jamás me acerqué a Él. Vine a la iglesia solamente pensando en Danna, que es el ser que amo. Tiene apenas diecinueve años y se está muriendo. Esa es la realidad. —De repente, su voz se notó fría y cortante—. ¿Cuál es el sentido de seguir hablando? Usted solamente es un desconocido para mí.

Le dio la espalda y se encaminó hacia la salida. El sacerdote lo observó unos segundos, y luego le dijo con voz punzante:

—Si un desconocido quiere ser tu amigo, dale una oportunidad, de lo contrario, siempre será un desconocido. Y creeme que no sólo lo digo por mí.

Bobby se detuvo y, luego de un par de segundos, volvió sobre sus pasos, caminó hacia el altar como un autómata y se arrodilló en el púlpito, mientras las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas. El viejo cura se alejó sonriendo, pensó que ya no hacía falta su presencia. Bobby ya no estaba solo.

L

Lo cierto fue que Danna se recuperó, aunque no pudo prescindir de la silla de ruedas, y por momentos le costaba coordinar palabras. La Danna que conocí, de rostro aniñado y de cabellos dorados que le caían como cascadas sobre los hombros, ya no existía. Pero el doctor Iantorno nos ilusionó.

—No se impacienten, a medida que pasen las semanas se recuperará. Algunas células continúan dormidas en el cerebro después de la operación, pero cuando se fortalezcan, se activarán y volverá a tener una vida normal.

LI

El otoño frío y ventoso despojaba despiadadamente a los árboles de sus hojas secas, que caían e inundaban con su color amarillento el embaldosado piso desgastado de la vieja plazoleta de Retiro, casi desolada.

Siempre que su actividad deportiva se lo permitía, Bobby, con anteojos oscuros y con la capucha de la campera bien calzada sobre la cabeza, paseaba a Danna en silla de ruedas, por la plaza del barrio. Danna le había rogado que por el gran amor que sentía por ella no abandonara el fútbol, que pronto se recuperaría y estarían juntos otra vez en todos los estadios en los que él jugara.

Érika, desde la ventana de su departamento, los vio alejarse esa tarde y descargó toda su impotencia y su angustia contenida.

—Hija querida. Ya no reís como antes. Las piernas apenas te responden. Solamente te sostiene el gran amor que Bobby profesa por vos —dijo, sollozando.

Danna contaba las horas esperando a Bobby. Le encantaba que la llevara a la plaza, era feliz cuando la tomaba en los brazos y la sentaba con un beso en un viejo banco de madera.

—¿Cuándo me recuperaré, cuándo dejaré para siempre esta silla de ruedas, y volveré a saltar los escalones de mármol de mi edificio? —se lamentó, con una voz que sonaba a ruego.

—Pronto lo harás. Veo todos los días progresos en tu recuperación, volverás a ser la hermosa Danna de quien un día me enamoré a primera vista —le respondió y la besó.

—Seguramente, si me hubieses conocido en este estado, no te habrías enamorado de mí —dijo, melancólica.

—No es verdad. Fue tu cálida sonrisa en ese hermoso rostro y ese par de ojos azules los que me enamoraron. ¿Acaso perdiste todo eso? Te olvidás que cuando te conocí estabas sentada tocando el piano —le recordó, sonriendo.

—No, jamás lo olvidaré, porque ese día yo también me enamoré de vos —confesó, ahora emocionada.

De pronto, hubo algo extraño en la voz de Danna, que, aunque firme, tenía un tono cargado de lamento.

—¿Qué es la muerte?, ¿la oscuridad, la soledad, la nada?, o ¿una luz encantada que te transporta, acompañada de ángeles y con una música celestial? Todos tenemos que morir algún día; pero no quiero morir ahora. Quiero vivir, estar siempre a tu lado, aunque tenga que estar toda mi vida postrada en una silla de ruedas.

—Pero ¿qué es lo que estás diciendo? Ya superaste el mal, ahora sólo queda un corto tiempo para tu recuperación, y después todo volverá a ser como antes —le recordó él, tomándole las manos.

—No le temo a la muerte, temo dejar todo lo que amo en esta vida. Me aterra pensar en no verte más y dejarte solo. No sentir más las caricias de mi

madre, no ver el sol de cada mañana, ni escuchar el canto de los pájaros — agregó, desviando la mirada.

A Bobby se le llenaron los ojos de lágrimas, la abrazó, quizás, pensando que con ese abrazo nadie se atrevería a arrebatársela de su vida.

Hasta que, de repente, una llovizna helada y un viento que agitaba hojas y ramas hizo que retornaran presurosos a la casa. Bobby cubrió la cabeza de Danna con una pequeña frazada. No pudo contener su angustia, escondió la cara y se puso a llorar. Danna, sin mirarlo, escuchó el llanto en silencio, luego, extendió el brazo y le acarició sus manos, que estaban frías y temblorosas.

Cuando llegué a casa esa noche, todo estaba a oscuras. Me extrañó no encontrar a Estefanía esperándome con sus sabrosas comidas. Pensé que, seguramente, se habría ido a visitar a su hermano que vive al sur de la ciudad. De repente, las luces se encendieron y apareció ella con una torta de cumpleaños. “¡Por Dios!, es mi cumpleaños y me he olvidado”, recordé. Es que mi mente estaba en cosas más importantes. La cruel enfermedad de Danna, mi equipo que no iba bien en el campeonato, y Bobby que, si bien concurría a todos los entrenamientos, había bajado su nivel de juego en forma alarmante.

—Los años hay que festejarlos, ¿o acaso ya no los festejás más? — comentó Estefanía, dándome un beso.

—Bueno, sí, es una grata sorpresa —dije conmovido, con una sonrisa a medias.

—Lo ideal hubiese sido festejarlo como te lo merecés, pero sé que en tu cabeza, como en la mía, está pendiente la enfermedad y la recuperación de Danna y el mal momento que está pasando Bobby.

Me dejé caer en mi sillón favorito, que era, ni más ni menos, mi segunda cama, donde muchas veces cierro los ojos y recuerdo todo lo vivido en el día, y me quedo dormido.

—Es imposible no estar pendiente de los chicos. Roguemos para que Danna salga de este mal trance. Bobby está tan angustiado que hay momentos que me asusta lo que le pueda suceder —mencioné, preocupado.

—Danna se está recuperando y pronto dejará la silla de ruedas y, si todo va bien, el próximo domingo estará en la cancha para ver el partido que el Atlas United jugará con su clásico rival.

—Pero ¿cómo es posible que el médico la autorice a ir a la cancha en ese estado? ¿Acaso Bobby lo sabe? —le pregunté, con cierto tono de asombro, levantándome del sillón.

—No, no lo sabe. Danna se lo pidió al doctor Iantorno y le manifestó que se sentía cada día mejor. Además, quiere darle una sorpresa a Bobby. El doctor, que es hincha del Atlas United y admira a Bobby, muy gustoso se

ofreció a acompañarla. Por supuesto que yo también iré —respondió ella, emocionada.

—¡Qué bueno! Es la mejor noticia que he recibido en días, además de la sorpresa que me diste esta noche —aclaré, abrazándola.

Después de muchas semanas de incertidumbre pasé junto a Estefanía una maravillosa noche, refugiándome en el absurdo egoísmo de vivir un poco para uno mismo, y olvidándome, por unas horas, de las cosas que no se pueden evitar.

LII

Aquel domingo fue una gran fiesta. Ganamos el clásico y Bobby fue la figura de la cancha. Danna disfrutó hasta la última jugada, loca de contenta. Bobby, que se enteró en el primer tiempo de su presencia, al término del partido se acercó a la platea y le arrojó su camiseta, la cual ella luego besó y agitó.

LIII

A la madrugada siguiente del partido, una fuerte cefalea con mareos y continuos vómitos hizo que trasladaran a Danna al sanatorio del doctor Iantorno, donde se le realizó de urgencia una tomografía computada.

—Todo venía bien. Su recuperación había sido notable. Estaba muy feliz por el domingo de fiesta que vivimos en la cancha, y ahora todo se vuelve a derrumbar —me dijo Bobby por el celular, con mucha bronca.

Me pidió que llevara a Estefanía, porque nos necesitaba más que nunca. —No la veo bien, Alberto, por favor, vengan lo más urgente posible, me repitió. Traté de calmarlo, mientras una impotencia interior me invadió como presagiando lo peor.

—No quiero oír el diagnóstico de Danna, no quiero enfrentarme con lo irreparable —confesó Bobby, llorando, cuando llegamos al sanatorio.

—Danna sufrió un accidente cerebro vascular hemorrágico, secundario a una metástasis cerebral —señalo el doctor Iantorno.

—¿Cuál es el pronóstico? —pregunté, mientras Bobby desvió la mirada.

—No es bueno —dijo, después de una pausa—. Su caso es irreversible.

—¿Irreversible? —preguntó Estefanía, con total asombro.

—Como médicos tenemos un límite, el resto depende de Dios —
contestó, consternado.

Bobby no quiso escuchar nada más y bajó presuroso las escaleras, ante el desconcierto de los demás. Lo encontré sentado en un banco, dos pisos más abajo, con la cabeza entre las manos, por donde se filtraban gruesas lágrimas. Me senté a su lado y puse mi mano en su hombro. No quise hablar. Lo observé con un sentimiento, en parte, de compasión y, en parte, de dolor. Miré su ancha espalda, ligeramente encorvada, y recordé a aquel joven soberbio y de modales irrespetuosos, que un día conocí. Nada quedaba de él. Había un hombre frente a mí que lloraba su dolor. El destino le había dado, en su corta vida, dinero, fama y un gran amor, pero le estaba quitando, por una cruel enfermedad, lo máspreciado que había conocido, su adorable Danna.

LIV

Las horas pasaron, y Danna no salía del estado de inconsciencia. Bobby le acariciaba permanentemente el rostro y besaba una y mil veces la frente, y también las manos. Érika no hablaba, hacía horas que no hablaba, y con Estefanía respetamos su silencio. Hasta que, de pronto, Danna entreabrió los ojos, sus labios se movieron y llamó a su madre.

—Mamá..., mamá.

Érika abrió bien los ojos y, tratando de ocultar su angustia, contestó:

—Sí, hijita, mamá está a tu lado.

Danna desvió la mirada hacia Bobby y, después de un par de segundos, balbuceó su nombre. Él le apretó la mano y sonrió. Hubo un largo y profundo silencio, y de repente, Danna habló.

—Veo... una casa blanca, rodeada... por un jardín de rosas..., te buscó, pero..., vos no estás...

—Sí, mi amor, es nuestro jardín de rosas —le contestó, acariciándola.

Bobby le siguió hablando, pero Danna no le contestaba. El grito desgarrador de Érika, llamando a su hija, nos hizo comprender que Danna ya no le podría responder.

LV

Dicen que el tiempo borra el recuerdo de los malos momentos vividos, también dicen que conserva el de los buenos. Para mí, ni uno ni otro. Habían pasado varios meses, y yo seguía detenido en el tiempo. A Bobby no lo había vuelto a ver desde aquel fatídico día, nadie sabía nada de él. Su residencia era una fortaleza, los llamados telefónicos los atendía el contestador automático o el personal de servicio. Además, sus celulares estaban apagados.

Aparecían noticias sensacionalistas: lo habían visto en algún conocido *pub*, o tirado en una calle, consumido por la droga o completamente borracho, durmiendo en un antiguo zaguán abandonado del barrio de San Telmo. Hasta se llegó a decir que una fría noche, dos pescadores lo habían visto arrojar a las aguas del Río de la Plata, todas conjeturas que nunca llegaron a descubrir la verdad. Fui a cientos de lugares a buscarlo, inclusive visité a sus amigos, que también me ayudaron, pero todo fue en vano. Hasta que, aquella mañana fría y destemplada, un anciano se coló dentro del estadio y pidió hablar conmigo. El personal de seguridad lo invitó a que se retirara:

—El director técnico no puede atenderlo está trabajando con el plantel.

—El hombre insistió, escuché la discusión y pedí que lo dejaran pasar.

Era de aspecto humilde y desaliñado, tenía barba blanca y unos pocos cabellos cubrían su cabeza, y en su boca apenas había dientes. Según dijo, se dedicaba a la venta callejera. Contó que había visto a Bobby en el barrio de Agronomía y que estaba irreconocible.

—Pero cuando uno admira a alguien, señor, y además es su ídolo, por más cambiado que esté físicamente, no es muy difícil reconocerlo. En la plaza pateó un par de pelotas a unos chicos que estaban jugando, a pesar de su aspecto reconocí su jugada y también su voz —me contó el anciano. Y yo le creí.

Un joven mal vestido, con el pelo largo y una barba de meses, dormitaba tapado con viejos diarios en un banco de plaza del barrio de Agronomía. Me senté a su lado en silencio, toqué su fría frente con mi mano temblorosa, y mis ojos se llenaron de lágrimas. Sorprendido, el joven abrió bien los ojos y se quedó mirándome fijamente con un asomo de sonrisa. De repente, su rostro se transformó, se paró bruscamente y dijo, con voz fuerte pero baja:

—Pero... ¿qué ven mis ojos? ¡El mejor entrenador del fútbol mundial ha venido a visitar al más querido ídolo de fútbol de todo los tiempos!

—Ya no sos un ídolo. Sos un ebrio y un drogadicto, y más que eso, sos un cobarde —le aclaré, con una rabia sorda que comenzaba apoderarse de mí.

Me clavó sus ojos oscuros y profundos, y luego empezó a reír.

—Ebrio porque tomo una copa de más, puede ser. Pero drogadicto no. Tampoco me siento cobarde. ¡Cobarde! ¿Por qué? ¿A quién le tengo que rendir cuentas? ¿Acaso a vos, entrenador? —respondió, sentándose abruptamente en el banco.

—Está bien, se ve que todo se encuentra bien para vos —respondí de

forma irónica.

—¡Por supuesto! —exclamó, dándose vuelta bruscamente hacia mí.

—Algún día, seguramente, tendrás que rendirle cuentas a alguien.

Bobby suspiró teatralmente y agitó la mano—. ¿A quién, a vos?

Negué con la cabeza—. A la que te hizo ver muchas verdades y te guió con su amor para que te convirtieras en el máximo ídolo de todos los tiempos; y a Dios le vas a rendir cuentas por tu cobardía de abandonar el don con el que te iluminó —contesté, con bronca.

—¿Te volviste poeta, entrenador? Tus palabras no me llegan. No me interesan tu poesía ni tus consejos. Dejame en paz con tu Dios —me espetó, recostándose nuevamente y tapándose el rostro con un pedazo de diario.

—No me iré. En todo caso, nos iremos, porque estoy seguro de que Danna está aquí conmigo, quizás llorando al verte en este estado calamitoso y sintiéndose culpable de haber fracasado —le dije, sacándole bruscamente el diario del rostro.

—No seas ridículo. Dejame en paz —gritó.

—No lo haré —respondí, más fuerte.

Daba la sensación de que me iba a atacar pero, de repente, dos lágrimas surcaron su barbado rostro, se quedó mirando el cielo y tardó en hablar, cuando lo hizo su voz sonó triste.

—Mi querida Danna. Tantos sueños. Tanta felicidad. ¡Qué lejos quedó todo aquello! ¡Qué lejos!

Se puso a llorar como una criatura, lo abracé fuertemente, y yo también lloré.

—No puedo vivir sin ella, creeme, mi vida ya no tiene sentido —expresó, secándose las lágrimas con la mano.

—Luchá, Bobby, luchá por su recuerdo, ella no te querría ver así. Algunas veces en la vida es más difícil sobrevivir que morir, pero no es tu caso. Tenés un largo camino para recorrer, sólo el tiempo borrará el dolor, dejá el pasado atrás —le aconsejé, tratando de que mi voz sonara firme.

—No puedo, en algún momento lo intenté, pero no pude. La voluntad no siempre puede con el pasado —reflexionó, con la mirada perdida.

—Tenés que poder. Demostrate a vos mismo que sos capaz de volver por tus propios medios. Sos un *crack*, seguís siendo un ídolo. Domingo tras domingo la hinchada corea tu nombre; la gente no se olvida de vos. Hemos hecho lo imposible para llegar a las finales de la Copa de Campeones, casi lo logramos, pero es muy difícil ganarla. Tuvimos que enfrentar al poderoso equipo inglés, el Norton. En el primer partido fuimos derrotados en Londres, y aquí, en Buenos Aires, lamentablemente será igual —predije, desconsolado.

—Lo sé, lo leí en alguna parte —respondió, suspirando.

—Solo hay un jugador que puede cambiar la historia de la equipo y ese jugador sos vos. Además, te informo que los italianos y los españoles insistieron por tu pase, están dispuestos a pagar millones de euros con tal de llevarte —señalé, tocándole el hombro.

Negó con la cabeza—. Lo que me estás pidiendo es un imposible. Hace meses que no entreno. De jugar, seguramente, no tocaría una pelota. Estoy muerto en vida. Y además, de poder irme a Europa, ¿vos creés que olvidaría este calvario que llevo dentro?

—No, no lo olvidarás, pero te ayudaría. Sólo hay un remedio para tu dolor y es el paso del tiempo. Dejame que te ayude. Volvé al fútbol.

—No, no puedo mover un pie —dijo, después de una pausa.

—Soy el director técnico del Atlas United, pero también soy tu amigo, y si veo que no podés seguir, no volveré a insistir —le señalé.

Tardó en contestar, en tanto que se mordía el labio inferior. Hasta que al final habló:

—¿Cuánto falta para el partido con los ingleses?

—Veintiocho días. Tuvimos suerte de que no fuera antes. El Norton tiene otro encuentro importante que disputar en Europa y propuso postergar la final.

—Bueno..., de acuerdo —dijo, finalmente— Buscaré mi revancha en la

vida.

LVI

Sus compañeros lo recibieron con una euforia sin límite. Era mucho lo que Bobby les había dado. Además, era un buen compañero, actitud que lo hacía más grande aún dentro de la cancha y fuera de ella.

La noticia de su regreso convulsionó el ambiente futbolístico. Cientos de reporteros gráficos, radiales y televisivos buscaron al más grande jugador que había dado en años la Argentina; pero todo fue inútil. Bobby me hizo recordar los primeros tiempos, cuando rechazaba los reportajes, quizás por su inmadurez y también por su soberbia, pero ahora tenía verdaderas razones para reaccionar de ese modo. También fue muy duro con su hinchada, cuando venían a verlo a los entrenamientos, él simplemente los ignoraba.

Con Estefanía lo convencimos de que viniese a vivir con nosotros, hasta la final de la Copa. Su padre y su hermana seguían ausentes del país, si bien había concluido el viaje a Medio Oriente, volvieron a Suiza, donde tenían una confortable residencia frente a los Alpes. Fue acertada nuestra decisión, Bobby se estaba recuperando a pesar de su dolor y del recuerdo permanente

de Danna. Entrenaba con todas sus fuerzas hasta agotarse. Dudé que estuviese en condiciones físicas para la gran final, pero su constancia en el trabajo y el gran esfuerzo que realizaba en todas las prácticas fueron dando los resultados que esperábamos.

LVII

Unos días antes de la final un poderoso club italiano pagó cincuenta millones de euros por la transferencia de Bobby. La cifra era descomunal, nunca antes se había pagado tanto dinero en la venta de un jugador argentino, pero el club europeo puso como condición que el máximo ídolo jugase solamente un solo partido contra los ingleses, de modo que estábamos obligados a ganar con una diferencia de dos goles, de lo contrario iríamos a un tercer partido, en un país neutral y, por supuesto, sin la presencia de Bobby.

No me despegaba en ningún momento de él. Pero una mañana el presidente del club me citó en sus oficinas por un asunto informal. Me sorprendí cuando llegué al estadio y Bobby no había llegado aún. Consulté por el celular a Estefanía, que con cierto tono de asombro me dijo que Bobby había salido hacia el club, como todos los días, a la misma hora. Llamé a su

celular, pero lo tenía apagado. Nadie sabía nada sobre él. El nerviosismo invadió al plantel. Traté de disimular su ausencia ante el periodismo, informé que Bobby no había concurrido esa mañana por razones particulares; muchos de ellos no lo creyeron y presionaban para que les diera más detalles sobre su ausencia. Hasta se corrió el rumor de un accidente y también que lo habían secuestrado. Confieso que mi pensamiento era otro. Que Bobby había abandonado el fútbol y había vuelto a entregarse al desgano y a la bebida, o que se había tomado un avión y se había ido a Europa para encontrarse con su familia. Cuando Estefanía llegó al club me dijo que tenía una corazonada, y eso me tranquilizó.

—Creo saber dónde lo podemos encontrar —insistió, invitándome a subir a su automóvil.

Estaba sentado en un pequeño banco de mármol con una rosa en la mano, al lado de una sepultura. Estefanía se adelantó y le tomó la otra mano. Hubo un largo y profundo silencio, luego, nos miró con los ojos brillantes, y nos abrazó.

Cuando se tranquilizó, nos dijo que tenía necesidad de venir a verla y que eso lo calmó.

—Estuve con ganas de abandonar todo e irme lejos, aunque no sé dónde, pero el recuerdo de ella y tu sincera amistad me hicieron desistir. Sé que he cometido muchos errores, antes de su muerte y después de ella, y no quiero

volver a cometerlos. Por eso le vine hablar, para que me dé las fuerzas necesarias con el fin de seguir adelante y no claudicar —confesó, poniendo la rosa en la cruz de la sepultura.

LVIII

Cuando el Atlas United ingresó al campo de juego, encabezado por Bobby, tuve la sensación de que el cemento del estadio se partía en dos. Centenares de banderas y miles de papelitos, que el viento agitaba, recibieron al equipo. Las gargantas de los simpatizantes, alentando y saltando, explotaron en gritos de euforia desmedida, cuando se escuchó una catarata de aplausos desde las tribunas para su ídolo preferido. Las expectativas más grandes del partido fueron colocadas sobre los hombros de Bobby, quien era el responsable de lograr el tan ansiado título.

Había llegado la hora de la verdad. Delante de mis muchachos teníamos al poderoso equipo inglés, el Norton, que nos arrolló con su juego en los primeros minutos del partido.

El Atlas United no pudo desplegar su juego en la primera etapa. Bobby permaneció estático, paralizado por momentos. La pelota le rebotaba en las

piernas cada vez que se la pasaba algún compañero. No le salió una sola jugada elaborada por su técnica, por eso no extrañó que los ingleses, al cabo de los primeros cuarenta y cinco minutos de juego, se fuesen con la ventaja de uno a cero.

En los vestuarios les pedí calma a mis jugadores y un esfuerzo supremo. Había que remontar el resultado en contra, y después ganar por la diferencia de tres goles.

—Parece imposible por la calidad de equipo que tenemos enfrente, pero esto es fútbol. Recuerden que es su última oportunidad de llegar al título. Sesenta mil almas los están alentando y millones lo están viviendo y sufriendo por radio, televisión y también, desde muy lejos, por Internet —le recordé, con voz firme.

A pesar de que el equipo no funcionó en el primer tiempo, sabía que la falla principal estaba en Bobby. Le pedí que pusiera todo para revertir el resultado. Recuerdo que me clavó sus ojos y, sin decir palabra, se fue tras sus compañeros, trotando rumbo al campo de juego. “Todo puede ocurrir en el mágico, imprevisible y misterioso universo del fútbol”, pensé cuando sentí la ovación de la gente al recibir nuevamente al equipo en la cancha.

Al borde del infarto, observé cómo la pelota pegó en el poste izquierdo de nuestra valla, al minuto de juego, cuando nuestro arquero estaba vencido.

Bobby siguió deambulando por la cancha sin aportar ninguna jugada importante. Las banderas ya no se agitaban; el público, en un silencio sepulcral, iba palpitando el sabor amargo de la derrota. Los sueños de ganar la Copa Mundial de Clubes estaban a punto de finalizar. Hundí las manos en el rostro y permanecí un par de minutos sentado en el banco de los suplentes, palpitando con resignación cómo el equipo inglés apabullaba a nuestros jugadores, y por momentos era aplaudido por la parcialidad local, en premio a su gran despliegue físico y de asombrosas jugadas.

Hasta que, de repente, en una jugada aislada, Bobby chocó con un jugador inglés, rodó por el piso, y cuando se detuvo frente a la platea baja, sus ojos se clavaron instintivamente en la butaca que solía ocupar Danna. Y creyó verla. Cerró los ojos y cuando los abrió nuevamente vio su imagen, ahora sonriente, junto a Estefanía. Cuando se incorporó, ayudado por los auxiliares de campo, tenía la certeza de que ella estaba allí. El corazón le empezó a latir a ritmo acelerado y una ansiedad extraña le recorrió el cuerpo.

Al reanudarse nuevamente el juego, un compañero le cedió la pelota y, como impulsado por un resorte, eliminó a cuatro adversarios, enfrentó al arquero inglés, y con un juego de cintura lo dejó fuera de juego, se metió con pelota dentro del arco y... ¡Gol! ¡Golazo! El estadio se estremeció con los gritos de la gente: “¡Bobby! ¡Bobby!”.

—Ahí está el *crack*, el gran ídolo que todos queríamos ver —exclamó

un viejo hincha, llorando.

Bobby salió de su letargo y volvió a ser el gran jugador que todos conocíamos. Pero las agujas del reloj no se detuvieron, faltaban muy pocos minutos para que concluyera el partido. Sus compañeros, alentados por ese fantástico gol, se volcaron al campo rival jugando los últimos minutos a matar o morir, como se dice vulgarmente en el fútbol. Había un tiro libre a nuestro favor a unos treinta metros del arco inglés. Al organizar la barrera, el arquero pidió seis hombres. Bobby tomó una corta carrera y le pegó con tal violencia a la pelota que, a pesar de la estirada del arquero, el balón se metió en el arco, levantando la red.

Delirio en las tribunas. En las plateas el público se paró de sus asientos, y en el banco de suplentes nos paramos todos. Faltaban solamente diez minutos para terminar el encuentro y nos faltaban dos goles para ser campeones. “¡Santo Dios! ¿Se producirá el milagro?”, exclamé, suspirando y mirando el cielo.

Cinco minutos finales y los ingleses sacaron la pelota hacia cualquier lado. Ya no podían parar al Atlas. Y en otra gran jugada, Bobby eludió a tres adversarios y al alzar sus ojos vio a su compañero Besossi, que entraba al área rival, y con una precisión digna de asombro, le puso la pelota en la cabeza, entonces pegó el frentazo y derrotó al arquero.

Con este resultado nos fuimos a un tercer partido. Respiré profundo y me

abracé con los ayudantes de campo y con los jugadores suplentes, pero sabía que con ese marcador no iba a tener a Bobby en la revancha. A pesar de la euforia del momento y haber forzado otro encuentro, me desalenté al pensar que no iba a contar con él en la definición de la Copa.

El reloj marcó los cuarenta y cinco minutos finales. Se jugó tiempo suplementario: tres minutos marcó el árbitro. Ruiz Moreno, el pequeño gran jugador uruguayo, tomó la pelota y emprendió una veloz carrera hacia el arco rival. Tres defensores ingleses lo fueron a buscar, a quince segundos del final. Levantó la cabeza y vio a Bobby al borde del área rival. Presuroso, tiró el centro por elevación, los defensores ingleses saltaron, pero Bobby se elevó mucho más, y como si hubiese tenido un imán, la pelota buscó su cabeza, entonces éste la cabeceó con la frente, con tal violencia que el balón pegó debajo del travesaño, se introdujo en el arco, ante el estéril y desesperado esfuerzo del arquero inglés y... ¡Gol, gol del Atlas United en el último suspiro del partido!

—¡Por Dios, campeones del mundo! No lo puedo creer —grité, haciendo retumbar mi voz en mi pecho. Bobby salió corriendo con los brazos sobre la cabeza, agitando su camiseta, y gritando el gol de la victoria. Corrió hacia mí, me abrazó, mientras sus compañeros se tiraban encima de él y también encima de mí, gritando el logro tan ansiado.

Los ingleses no podían entender cómo en los minutos finales se les había

escapado el campeonato. Algunos, sentados en el piso con la cabeza gacha, y otros, expresando toda su bronca e impotencia, lloraban por lo que se había perdido.

Cuando el presidente de la FIFA, en una corta y excitada ceremonia realizada en el campo de juego, le entregó la copa dorada a Bobby, por ser el capitán, lloré de emoción, pensando que algunas veces el destino nos devuelve los sueños que alguna vez pedimos.

Bobby besó la copa y se la mostró a sus compañeros, luego, la levantó por encima de su cabeza, mientras miles de *flashes* lo inmortalizaban. El estadio aplaudió de pie y no paró en ningún momento de corear su nombre.

Mi equipo empezó a dar la vuelta olímpica, y yo vivía la euforia de la victoria. De repente, percibí una imagen que jamás se borrará de mi mente. En una platea del estadio se desplegó una bandera argentina, justo en el momento que los jugadores pasaban por ese sector, Bobby la tomó en el aire, la besó y se cubrió con ella.

Cientos de cámaras me acibillaron con sus flashes, mientras los periodistas de todos los medios me buscaban para hacerme la que, seguramente, era para ellos la nota del día. No soy mediático, ni tampoco me presto seguido a los reportajes. Pero ese día fue diferente, era mi equipo el que había salido campeón del mundo, y yo era su director técnico, y por todo

eso accedí complacido a los reportajes.

LIX

En los vestuarios todo fue desborde y alegría, mientras los jugadores cantaban una canción ya preparada ante las cámaras de televisión, me abracé con el presidente del club, que no pudo contener su emoción y se sentó en un banco a llorar, estaba excesivamente fatigado.

Trajeron varias botellas de champán, los jugadores brindaron y después se empaparon con el delicioso líquido espumante.

—Con un gran esfuerzo de los jugadores, del cuerpo técnico y de la comisión directiva hemos cerrado un ciclo exitoso, donde se han conseguido campeonatos locales, americanos y la Copa Intercontinental. Y usted es uno de los máximos responsables —me dijo eufórico el presidente, ante los aplausos y hurras de los jugadores.

Bebiendo el último sorbo de una botella, Bobby salió del vestuario. Alguien quería verlo. Pasó entre la marea humana de brazos que se extendieron para tocarlo, para abrazarlo, pero no se detuvo. En un angosto pasillo, una mujer de ojos azules y con una tenue sonrisa lo estaba aguardando,

más atrás estaba Estefanía. Bobby se detuvo y la miró fijamente, mientras ella caminaba hacia él, emocionada:

—Hijo querido —le dijo, abrazándolo.

—Érika ¡Cuánto tiempo sin verte, por Dios! ¡Cuántas cosas pasaron!

—Gracias Bobby, gracias por volver a vivir. Sabía por lo que estabas pasando. De tu tormentosa soledad, lo sabía todo y muchas veces deseé verte para compartir nuestro dolor. Una noche soñé con Danna y me pidió que viniera a verte en tu último partido. Me dijo que no la llore más porque es feliz en el lugar donde se encuentra —le confesó Érika, con el rostro cubierto de lágrimas.

Bobby no le respondió. Acarició sus canosos cabellos, mientras las lágrimas brotaban de sus entristecidos ojos. Apoyó la cabeza en su hombro y entre sollozos recordó:

—La vi, juro que la vi. Estaba sentada en la platea en su lugar de siempre, alentándome. Danna está aquí con nosotros, lo sé, lo presiento.

—Siempre estará a tu lado, hijo, ella te dio las fuerzas necesarias para seguir de pie y triunfar.

—¿Para seguir? —dijo, después de una pausa—. Estoy muerto, desde que ella se fue no tengo consuelo. Mañana me voy muy lejos, pero me llevo mi dolor.

—Danna se fue de este mundo sabiendo de tu gran amor hacia ella. El consuelo que llevo en el alma es que mi hija a tu lado fue inmensamente feliz.

Bobby la abrazó y no dijo nada más, le dio la espalda y se alejó. Se fue muy despacio, rumbo a los camarines, como si no le importara llegar. En el estadio, en las calles, en toda la ciudad, su hinchada no paraba de festejar. Eran campeones, campeones del mundo. Y en un angosto pasillo, rumbo a su destino, el ídolo lloraba.

LX

Esa noche se realizó la cena de gala de los campeones, en un lujoso restaurante. Nos costó mucho convencer a Bobby para que asistiera. Además, el Atlas United obsequiaría a los jugadores y al cuerpo técnico un importante premio en dólares.

Bobby me pidió que su premio se lo hiciese llegar a Érika, cuando él partiera hacia Europa.

—Sé por Estefanía que Érika no la está pasando bien económicamente, y quisiera ayudarla. Es la única forma que ella aceptaría el dinero —me

advirtió, agregando más dinero al sobre.

LXI

Dentro de la manga que conducía al avión, Bobby levantó el brazo derecho sobre su cabeza, y aunque su imagen era borrosa, la hinchada lo reconoció, y la ovación ensordecedora de sus fanáticos duró largos minutos. Luego, el *boeing* carreteó lentamente en dirección inversa a su despegue y se perdió por unos instantes.

—Pasará tu avión como una flecha frente a mí y quedará grabada en mi mente tu triste partida, querido amigo —dije, recordándolo.

LXII

Vestía de negro, con un tul sobre la cabeza. Y mientras besaba la cruz, depositó un ramo de rosas sobre la tumba. Se quedó por lo menos un par de minutos inmóvil. Luego, esos ojos verdes y excesivamente grandes se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué? —dijo, lanzando un gemido, mientras se abrazaba a la lapida. Después de un silencio prolongado se levantó como pudo y se alejó del lugar, con paso vacilante, por un camino largo y calmo.

Estefanía quiso consolarla, pero yo la tomé de un brazo y la detuve con la mirada. También nosotros llevamos flores, y después de persignarse ella limpió con una franela la lapida sucia y llena de musgo. Fui yo el que depositó las flores, para luego quedarme al pie de la sepultura sin decir nada, en medio del silencio y del sol de la tarde.

Había un hombre de uniforme parado en la puerta de salida a punto de cerrar el pesado portón de hierro. Apuramos el paso, mientras el guardia con gesto desagradable miraba la hora en un reloj empotrado en uno de los pilares de la entrada. Cuando pasamos a su lado, el hombre me reconoció y sonrió de oreja a oreja, levantando al cielo el puño cerrado.

—Fuerza para el domingo, señor Nievas. Tenemos que ganar —me gritó.

Giré la cabeza, pero no reparé en el hombre que me saludaba con la mano alegremente, solamente observé el portón que se cerraba con un chirrido. Atrás quedaban los muertos, pero, también, quedaban los recuerdos del dolor, porque, seguramente, con el recuerdo del dolor llegará algún día el sosiego del consuelo, por las personas que en un tiempo había conocido y que jamás podré olvidar.

El sol se había ido, el viento soplaba fuerte y arrastraba las hojas sueltas de los árboles, algunas volaban y se arqueaban en el aire, para luego caer en una tumba solitaria llenas de flores frescas.

LXIII

De regreso a mi departamento me senté en mi sillón preferido, prendí el televisor y sin querer busqué un programa deportivo.

El periodista, después de presentar imágenes del fútbol europeo, se tomó unos segundos e hizo su comentario final.

—Hoy se cumplen dos años de la tragedia que enlutó al mundo futbolístico. Ese avión, que debía llegar a su destino, se quedó envuelto en llamas a metros del aeropuerto. Jamás olvidaremos al que fue para nosotros, y seguramente lo sería para el resto del mundo, el mejor jugador de todos los tiempos. Pero nos queda una pregunta que aún permanece sin respuesta: ¿Por qué los ídolos mueren jóvenes...? ¿Por qué?

FIN

